

FRANCISCO LACRUZ

EL
ALZAMIENTO
LA REVOLUCION
Y EL TERROR
EN
BARCELONA

1936 19 JULIO - 26 ENERO 1939

EL ALZAMIENTO
LA REVOLUCIÓN Y EL TERROR
EN BARCELONA



FRANCISCO LACRUZ

EL ALZAMIENTO
LA REVOLUCIÓN Y EL TERROR
EN BARCELONA

DEPÓSITO:
LIBRERÍA ARYSEL
VÍA LAYETANA, 176
BARCELONA
1943

ES PROPIEDAD

Copyright, 1943
by Francisco Lacruz

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra
sin autorización del editor

AL EJÉRCITO SALVADOR DE LA PATRIA,
Y, EN ESPECIAL, A LA MEMORIA
DE AQUELLOS INSIGNES MÁRTIRES Y HÉROES
QUE SUCUMBIERON EN BARCELONA
LUCHANDO
POR LA GLORIA DE LA ESPAÑA MATERNA E INMORTAL

¡Viva España!
F. J. Marín
1943

Este libro que ofrecemos hoy a la indulgencia del lector tiene dos partes, paralelas a dos finalidades o propósitos. La primera persigue la exaltación de la memoria de aquellos gloriosos militares que el 19 de julio de 1936 se alzaron en Barcelona por el honor de España, y relata la empresa heroica cuanto infortunada de aquel puñado de excelsos patriotas. Relato fiel y minucioso, compuesto con los datos y documentos que hemos conseguido adquirir a lo largo de tres años de pacientes consultas y rebuscas y contrastado por la aseveración de numerosos testigos y protagonistas de la memorable jornada.

La segunda finalidad a que aspiramos es la de mantener vivo en la quebradiza memoria de los españoles el recuerdo execrable de casi tres años de oprobio, de vejámenes y de crimen, durante los cuales sufrió Barcelona, como toda la zona retenida en cautiverio por los rojos, la tiranía más bárbara, caótica y sangrienta que recuerda la Historia. Tiranía y cautiverio que en Barcelona, donde la carga explosiva estallada al producirse la revolución roja había sido tremenda, adquirieron caracteres peculiares y tuvieron giros y vicisitudes diversas — siempre dentro del marco de lo monstruoso —, como especiales y características fueron también las circunstancias en que se produjo la explosión. La intervención del separatismo, factor fundamental en la revuelta y una de las causas esenciales que la generaron, y el viejo arraigo que en las provincias catalanas tenían las ideas ácratas, fueron los motivos de esta fisonomía sui generis de la subversión de Cataluña y del martirio de Barcelona.

Las gigantescas dimensiones del cataclismo político-social que se reseña en esta parte nos han obligado a realizar una labor de conjunto y a resumir en trazos generales el movimiento y desarrollo de la etapa revolucionaria, trabajo que hemos procurado realizar mediante un riguroso orden narrativo, dentro del más escrupuloso respeto a la verdad histórica, y sin detenernos en lo anecdótico más que lo indispensable para la claridad del relato.

Para escribir la historia definitiva de la revolución roja en Barcelona, serán necesarias todas las aportaciones. Se han escrito numerosos libros sobre aquella terrible conmoción, sin haber logrado nadie hasta el presente ofrecer ni siquiera una visión aproximada de los treinta meses de espanto y de muerte que vivieron los barceloneses. Creemos que nuestro libro significa un avance en el empeño de fijar en la Historia la verdad aterradora del periodo rojo. Con este anhelo lo hemos escrito y con tal esperanza lo ofrecemos a los lectores.

ÍNDICE

	Pág.
Dedicatoria	IX
Preámbulo	XI
I. Situación política y social de Barcelona antes del Alzamiento.	1
II. El Alzamiento	7
1. Preliminares.	7
2. Circunstancias de la acción militar	13
3. En la División.	16
4. El general Goded habla por teléfono con Burriel	16
5. Goded se dispone a salir de Palma	19
6. El general Goded en la División	21
7. El desenlace.	24
8. Goded y Companys frente a frente	26
III. Regimiento de Infantería de Badajoz	29
IV. Regimiento de Infantería de Alcántara	37
V. Regimiento de Montesa	43
VI. Regimiento de Santiago.	47
VII. Regimiento de Artillería de Montaña núm. 1	53
VIII. Regimiento de Artillería Ligera núm. 7	61
IX. Parque de Artillería	67
X. Los Ingenieros	71
XI. Atarazanas y Dependencias Militares	73
XII. La Aeronáutica Naval	85
XIII. Cuartel de San Agustín	89
XIV. Los Carabineros	91
XV. En el Castillo de Montjuich	93
XVI. Los soldados	95
XVII. Los elementos civiles.	97
XVIII. La Guardia civil.	99
XIX. Factores adversos	107
1. El Cuerpo de Seguridad y Asalto y la Policía de la Generalidad	107
2. Los Mozos de Escuadra	110
3. La Aviación Militar	111
4. La Intendencia.	113
XX. Causas del fracaso	115
XXI. La Revolución y el Terror	117
1. Los primeros asesinatos	117
2. Las milicias	118
3. Persecución de sacerdotes y religiosos	121
4. Incendio de iglesias	123
5. La «normalidad» ciudadana	128
6. El «Uruguay», prisión flotante	130
XXII. Los grupos obreros y la Revolución	133
1. El caos político y social	133
2. Sangrientas disensiones.	135
3. Las «Patrullas de control»	136
4. Aurelio Fernández y la Comisión de Investigación	137
5. El saqueo de Barcelona	141

	Págs.
XXIII. La Justicia revolucionaria	145
1. Dos Consejos de guerra	145
2. El fusilamiento de los generales Goded y Fernández Burrell, según un testigo rojo (Texto inédito)	147
3. El Tribunal Popular	151
4. Barriobero y la Oficina Jurídica	153
5. Asesinato de jueces, magistrados y fiscales	159
XXIV. La cultura soviétizada	161
1. Intervención de la Generalidad	161
2. Ideas anarquistas sobre la enseñanza	163
3. Catedráticos sacrificados por la persecución roja	165
XXV. La Olimpiada Popular, germen de las Brigadas Internacionales.	167
XXVI. Avance del Terror	169
1. Fariseísmo de Companys	169
2. Las hipócritas protestas de la F.A.I.	171
3. Ensañamiento de los rojos con sus víctimas	173
a) El Depósito de cadáveres del Hospital Clínico	173
b) Breve reseña de algunos de los abominables crímenes perpetrados	176
XXVII. Cómo fué asesinado el Obispo de Barcelona	185
1. Últimos días de D. Manuel Irurita y Almándoz	185
2. Martirio del Prelado	187
XXVIII. Fin de la hegemonía de la F.A.I.	191
1. Primeros síntomas	191
2. Más asesinatos y secuestros	193
3. Los sucesos de mayo	194
4. Disolución de las «Patrullas de control»	201
5. Desplazamiento de los anarquistas del Consejo de la Generalidad	203
6. Exterminio del P.O.U.M.	205
7. Comorera y el P.S.U.C.	206
XXIX. Los Consejos de Obreros y Soldados	209
1. El comité de los Carabineros	209
2. Escarnio y disolución de la Guardia civil	209
XXX. Última etapa del Terror	215
1. Llegada del «Gobierno» Negrín a Barcelona	215
2. Los dos «Gobiernos»	216
3. Instrumentos de la nueva etapa de represión	216
4. El S.I.M.	219
5. Las checas	222
a) El preventorio «D» de la calle de Vallmajor	222
b) El preventorio «G» de la calle dè Zaragoza	226
6. Un testimonio expresivo	228
7. El Tribunal Militar Permanente	229
XXXI. Ambiente de la retaguardia	231
1. Entre la zozobra y la congoja	231
a) La vida cotidiana	231
b) Abnegada labor de patriotismo	233
c) El hambre, la miseria moral y el imperio de los «sin Dios»	234
2. Intervenciones ocultas	235
a) La Masonería	235
b) Testimonios de su actuación	236

Indice

	Págs.
3. Floración religiosa	239
a) La fe y la caridad en acción	239
b) El culto clandestino	240
XXXII. La vida económica y social bajo el Terror	243
1. Los comités de control y los comités de empresa	243
2. La Generalidad incrementa el caos económico	244
3. Fracaso de sistemas y doctrinas	248
4. Ejemplos elocuentes	249
5. La revolución y la propiedad urbana	250
6. Los arbitrismos financieros de la Generalidad	253
7. La bacanal económica	254
8. Emisiones fiduciarias fraudulentas	255
XXXIII. Los espectáculos públicos bajo la Revolución	259
1. La colectivización	259
2. El teatro revolucionario	261
3. Intervención de la Generalidad	262
XXXIV. Epílogo	263
1. Final de la dictadura roja	263
2. Desbandada enemiga y rescate de la ciudad	263
Apéndices	269
A. Generales, jefes, oficiales, suboficiales y sus asimilados, y algunos de los elementos civiles adictos que en Barcelona intervinieron en el Alzamiento, o en su preparación, y páginas (caps. I al XX) en que se citan sus nombres	269
B. Elemento civil armado, perteneciente a Falange Española, que participó en la acción del 19 de julio de 1936, conjuntamente con el Regimiento de Infantería de Badajoz	279
C. Elemento civil armado, perteneciente al Voluntariado Español, Comunión Tradicionalista y Renovación Española, que participó en la acción del día 19 de julio en la defensa de los cuarteles del 7.º Ligero y Parque de Artillería de San Andrés	280
D. Elemento civil armado que participó en la acción del 19 de julio de 1936, conjuntamente con el Rgt. de Caballería de Montesa	282
E. Elemento civil armado que participó en la acción del 19 de julio de 1936, conjuntamente con el Regimiento 1.º de Montaña	283
F. Algunos de los guardias civiles que participaron en la acción del 19 de julio de 1936, conjuntamente con el Regimiento de Caballería de Santiago, en el Convento de los Carmelitas	283
G. Generales, jefes y oficiales de las distintas Armas del Ejército, y sus asimilados, que fueron asesinados en Barcelona durante el período rojo	283
H. Sacerdotes diocesanos asesinados en Barcelona durante el período rojo-separatista	286
I. Religiosos de diversas Ordenes y Congregaciones, asesinados en Barcelona durante el período rojo-separatista	288
J. Médicos asesinados en Barcelona durante el período rojo	294
K. Abogados asesinados en Barcelona durante el período rojo	294
L. Ingenieros industriales asesinados en Barcelona durante el período rojo	295
M. Farmacéuticos asesinados en Barcelona durante el período rojo	295
N. Iglesias saqueadas, incendiadas, destruidas y demolidas por los rojos en Barcelona	296

ILUSTRACIONES

- I. El general Goded.
- II. La Junta que dirigió en Barcelona los preparativos del Alzamiento (siete retratos).
- III. La fachada de la Capitanía General, con los daños sufridos.
- IV. Detención de los tenientes Montúa, Alea, González Fleitas, Borrás y Sanféliz.
Grupo de populacho armado, después del asalto a la Capitanía General.
- V. Plaza de Cataluña y calle de la Diputación, después de los sangrientos choques.
- VI. Dos aspectos de la lucha frente a Dependencias Militares.
El cuartel de Atarazanas, después del acoso de las turbas.
- VII. Barricada levantada en la calle del Hospital.
La plebe se dedica al saqueo y a la «requisa».
- VIII. Pérez Farrás, capitaneando un grupo de milicianos.
En el balcón de la Consejería de Gobernación celebran el triunfo.
- IX. El Obispo de Barcelona, D. Manuel Irurita.
- X. Nuestra Señora del Pino y Santa María del Mar, después del incendio.
- XI. Dos aspectos de la destrucción de la iglesia de Belén.
- XII. Estragos sufridos por las iglesias de San Jaime, Concepción, Merced y Santa Ana.
- XIII. Objetos metálicos de los templos, dispuestos para ser fundidos.
Santa Mónica, en ruinas.
Esculturas y objetos sagrados entre los escombros de Santa María del Mar.
- XIV. La iglesia de la Bonanova y la casa rectoral, incendiadas.
Una de las momias desenterradas por las turbas en el convento de las Salesas.
- XV. Una de las momias profanadas.
- XVI. La plebe de Barcelona desfiló por las Salesas para ver las momias (dos fotos).
- XVII. Los generales Goded y Fernández Burriel ante el tribunal (dos escenas).
- XVIII. Tribunal Militar que juzgó al general Goded.
El general Llano de la Encomienda declarando.
- XIX. El titulado Consejo de guerra que condenó a muerte a López-Amor, López Varela, Lizcano de la Rosa y López Belda (dos fotos).
- XX. Lizcano de la Rosa deponiendo ante el Consejo de guerra.
- XXI. A bordo del «Uruguay». El capitán Dasi y el coronel Llanas Quintilla.
- XXII. Presidencia del entierro de dos oficiales de Asalto de la Generalidad. Espesa humareda originada por los incendios de los templos el día 20 de julio.
- XXIII. Muebles del Palacio Episcopal destrozados y quemados.
Muebles del Rdo. Dr. Auguet y del Rdo. Baldelló formando una enorme hoguera.
- XXIII. Grupo de pistoleros deteniendo al hijo del general Moscardó.
Extranjeros llegados a Barcelona para la Olimpiada Popular.

- XXIV. Una casa consignataria de compañías italianas, saqueada por las turbas.
Extranjeros que huyen de la revolución.
- XXV. Milicianos recorriendo la ciudad en uno de los coches de que se apoderaron.
- Dibujo tomado del álbum de la C.N.T. «Estampas de la Revolución».
- XXVI. Saqueo del domicilio de don José María Milá y Camps, conde del Montseny.
Los milicianos rojos quemando millones de estampas religiosas.
- XXVII. Repulsiva afición a los actos sacrílegos.
La iglesia de San Jaime, destruida. (Del álbum publicado por la C.N.T.)
La bandera anarquista izada con la catalana, en la Jefatura de Policía.
- XXVIII. García Oliver al marchar al frente con «Los Aguiluchos de la F.A.I.». Otros dos aspectos de la marcha y despedida de los «Aguiluchos».
- XXIX. La «brillante» Plana Mayor de la Columna Ascaso.
Dos típicos grupos de milicianos anarquistas.
- XXX. Varios aspectos de la salida de milicianos para el frente de Aragón.
- XXXI. La frustrada y grotesca expedición para la «conquista» de Mallorca.
- XXXII. Elenco de «artistas» que marchan al frente para trabajar ante los milicianos.
Ejercicios de uno de los batallones femeninos.
- Característico grupo de milicianas.
- XXXIV. Quiosco de periódicos de la Rambla, durante la época roja.
Concentración de banderas de la U.G.T.
- XXXV. Los rostros de los personajes rojos solían presidir los actos populares.
Edificio del Fomento del Trabajo Nacional, sede de la C.N.T.-F.A.I.
- XXXVI. Hotel Colón, donde el P.S.U.C. instaló parte de sus oficinas.
- XXXVII. Fachada del Círculo Ecuestre, incautado también por el P.S.U.C.
Los actos en que participaba Comorera, presididos por las efigies de Lenin y Stalin.
- XXXVIII. Rambla de los Estudios. La «Casa de Lenin», de la organización del P.O.U.M.
El Socorro Rojo Internacional. Oficinas del Paseo de Gracia.
- XXXIX. Carteles de propaganda anarquista sobre temas sexuales (tres fotos).
- XL. Cuatro carteles de propaganda roja (C.N.T.-F.A.I.).
- XLI. Cuatro carteles de propaganda roja (Estat Catalá, P.O.U.M., JJ. LL. y U.G.T.).
- XLII. Dos fotografías de la Oficina Jurídica, reproducidas de «El Diluvio» del día 4 de octubre de 1936.
- XLIII. Bodas de milicianos al por mayor; en una de ellas fué padrino Serra Hunter (tres fotos).
- XLIV. Carlos Pi Suñer, Serra Hunter, Companys y Gassol, en el homenaje a Casanova.
- XLV. El Hotel Ritz convertido en «Hotel Gastronómico n.º 1». Una expeditiva requisita de colchones.
- XLVI. El entierro del salteador Durruti dió ocasión en Barcelona a una estrepitosa demostración popular (cuatro fotos).
- XLVII. El socialista Rodríguez Salas, Comisario General de Orden Público. Toma de posesión del Jefe de Servicios de Orden Público, Dionisio Eroles.

Ilustraciones

xix

- Llegada a Barcelona de uno de los primeros grupos de las Brigadas Internacionales.
- XLVIII. Presidencia de un mitin marxista en la Plaza de Toros Monumental. Aguirre durante la visita que hizo a Companys cuando llegó a Barcelona.
- XLIX. Invitados a las fiestas del XIX aniversario de la revolución soviética. Recepción de los delegados que asistieron en Rusia a dichas fiestas.
- L. El cónsul de Rusia, Owscenco, asistiendo a un acto de propaganda comunista.
Un aspecto del mitin comunista.
- LI. Manifestación con motivo del aniversario de la revolución rusa (dos escenas).
- LII. El barco ruso «Ziryánin», cuya llegada dió motivo a grandes demostraciones soviéticas.
El escritor soviético Ilya Eremburg y otros encargados de la propaganda.
- LIII. Los célebres antros de tortura del S.I.M.
Silla eléctrica de la checa de la calle de Zaragoza.
Una de las celdas de castigo.
- LIV. Checa de la calle de Vallmajor. Una de las celdas «alucinantes». Pasillo de acceso a las celdas neveras.
Celdas de las campanillas.
Ducha con manguera.
- LV. En los últimos meses rojos, los hambrientos buscaban en los montones de basura residuos alimenticios.
- LVI. Las matanzas del Coll (tres fotografías de las exhumaciones.)

Plano de la ciudad de Barcelona.

I. SITUACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE BARCELONA ANTES DEL ALZAMIENTO

En un folleto titulado *La revolución en España*, Trotsky escribió, en los comienzos del año 1931, unos meses después de la sublevación de Jaca, estas palabras proféticas: «Otra vez la cuerda se rompe por lo más delgado. Ahora le toca el turno a España..» El forjador de la revolución bolchevique declaraba después que la proclamación de la República en España, ya inminente, no era sino el prólogo de una revolución de tipo comunista, y a continuación daba los consejos necesarios para aprovechar la coyuntura que iba a ser la caída de la monarquía a fin de acelerar el establecimiento del régimen soviético.

Pocas personas fijaron la atención en este folleto de Trotsky, que por una inexplicable incuria de la autoridad se permitió publicar y difundir sin cortapisa alguna, a pesar de que era algo más que un aviso siniestro. La sensibilidad de las clases conservadoras españolas, acolchada, cuando no pervertida, no paraba mientes en estos síntomas sociales y políticos que anuncianan su próxima ruina.

La cuerda se rompió, en efecto, por lo más delgado, y la profecía de Trotsky comenzó a cumplirse.

Con el siniestro desterrado ruso, otro político de aguda visión, pero de lamentable historia política, había opinado que el cambio de régimen iba a ser para España la iniciación de una revolución social, cuando no de un período disolvente. Este hombre fué Cambó. El hombre de la Lliga escribió en *La Veu de Catalunya*, en los primeros meses del año 1931, una serie de artículos en los que, clarividentemente, auguraba efectos catastróficos para el caso de que el régimen monárquico, del que él no se erigía en defensor por amor ni adhesión a la institución, sino por temor a trastornos mayores, fuese derribado. En uno de estos artículos, Cambó aludía al «anarquista de Tarrasa», a beneficio del cual suponía el sagaz político que iba a hacerse la revolución. Los izquierdistas a la moda, intelectuales y burgueses volterianos, se reían de aquellas predicciones. Lo del «anarquista de Tarrasa» les hacía mucha gracia. Ahora sería cosa de preguntarles qué opinan de aquel personaje que tanto les hacía reír, de aquella ficción que suponían inventada para meterles miedo.

Muchos de aquellos intelectuales y de aquellos burgueses de «ideas avanzadas» han pagado con la vida su tributo a la revolución, que cuando se desborda, no suele detenerse en sutilezas.

El «anarquista de Tarrasa» y esa conjunción de todos los anarquistas

de Tarrasa que eran las llamadas «centrales sindicales», realizaron el movimiento disolvente más sanguinario y bárbaro que registra la Historia, y hundieron — luego veremos de qué modo espantable — un pueblo feliz y próspero como el catalán, en la horrenda miseria de una sociedad en ruinas.

Que en Cataluña se seguía un rumbo de catástrofe, era un hecho visible a las personas menos avisadas. En pocos pueblos se había llegado a extremos de insensatez mayores ni a un estado de insensibilidad igual. La traición, la claudicación y la deslealtad estaban a la orden del día.

Personalidades que habían sido puentes de la resistencia contra el separatismo, se sometían, vencidas sin lucha, y humilladas por propia renuncia a la gallardía, al poder siniestro de la Generalidad. Periódicos que debían haber sido baluartes de la contrarrevolución, desertaban de su puesto o reblandecían su entereza de otros tiempos.

Recuérdese el período de propaganda del Estatuto de Autonomía. Puede decirse que nadie, o casi nadie, se atrevió en Cataluña a combatirlo. Salvo el selecto núcleo de los elementos monárquicos que luego habían constituido la «Derecha de Cataluña», y la Comunión Tradicionalista,¹ todos los demás partidos y organizaciones políticas se sometieron medrosamente, contribuyendo con notas aprobatorias a la campaña pro Estatuto. Y lo mismo hicieron las entidades culturales, recreativas, científicas, económicas...

Fué una vergonzosa deserción en masa, que permitió la farsa del plebiscito estatutario, con el que dió principio la tragedia en grande de España en Cataluña. Tragedia que antes había sido pasión dolorosa y escozor continuo, pero que a partir de este instante se convirtió, para los que seguíamos conservando intacto nuestro amor a España, en amargo Vía-Crucis.

Se llegó así a la negra traición del 6 de octubre, en la que por primera vez aparecen públicamente aliados contra la gran patria española los partidos descaradamente separatistas, como Estat Catalá, la Esquerra, Acció Catalana y Unió Democrática, y las organizaciones de izquierda que se calificaban a sí mismas de burguesas y nacionales, como Izquierda Republicana (entonces Acción Republicana) y el partido de Martínez Barrio.

El error de Dencás, grotesco jefe de la rebelión, de no asociar al movimiento a la C.N.T., ocasionó su fracaso, a pesar de la debilidad con que la combatió el general Batet, cómplice por negligencia de los traidores.

Pero la revolución de octubre, abatida en la calle, triunfó arrolladora-mente en los medios turbios de la política.

Después de octubre, el cuadro pasó a ser aún más tétrico. Se vió en-

1. Falange Española no existía entonces.

tonces que la rebeldía de la Generalidad no había sido vencida a beneficio de España, sino de gentes indeseables, masones y radicaloides, que se apresuraron a encaramarse en los cargos públicos, ensombreciendo la vida política más de lo que estaba.

El problema de las responsabilidades se resolvió de modo fácil y cómodo, registrándose el hecho monstruoso de que, a pesar de funcionar activamente los tribunales militares, por una revolución que había producido cerca de cien muertos y doscientos heridos, no se aplicó ninguna pena capital, puesto que los tres militares condenados a muerte fueron indultados. A los concejales de Barcelona que votaron la proclamación del Estat Catalá se les puso luego bajo la jurisdicción indulgente de la Audiencia provincial, para hurtarlos así al problemático rigor de un Consejo de guerra.

Cataluña fué puesta bajo el poder omnímodo de Portela Valladares, gran personaje de la Masonería, investido del cargo de Gobernador general. Luego pasó a depender de las manos impúdicas de Pich y Pon. De los que desempeñaron en este período cargos públicos o funciones de autoridad, no es posible hablar con elogio. De algunos, si fuere éste el momento, deberíamos hablar con reproche.

La Lliga, algunos de cuyos hombres pasaron a ocupar cargos en la Generalidad, se convirtió en el principal campeón del impunitismo. Los empleados incursos en responsabilidad eran reintegrados, con todos los honores, a sus cargos en las corporaciones públicas (a pesar de la certeza de que habían participado en la rebelión) y se les abonaban los sueldos atrasados.

Los hombres de la Lliga actuaban obsesionados por una sola idea: la de restituir a la Generalidad los servicios públicos que el Estado había rescatado a raíz del 6 de octubre. Tuvieron éxito pleno. Cuando Companys volvió del presidio, se encontró con una Generalidad que, sobre poco más o menos, era la que él había dejado.

En este estado de confusión, en que por un lado crecían los fermentos revolucionarios y por otro eran cada vez mayores los desaciertos de los gobernantes o más patentes sus complicidades con la revolución, se llegó a las elecciones del 16 de febrero.

Los elementos contrarrevolucionarios se unieron, pero se había dejado a la revolución, crecer demasiado, afirmarse excesivamente en sus posiciones, para poderla combatir entonces con éxito. De otra parte, dos años de constantes desatinos políticos, y los escándalos todavía recientes del «Stra-perlo» y del Tesoro colonial, restaban toda eficacia a la alianza electoral de las fuerzas antirrevolucionarias.

Con el triunfo electoral de las izquierdas en Cataluña, el único indiscu-

tible que tuvieron en toda España,¹ se abre la nueva etapa dramática de la revolución catalana, que tanto había de contribuir a la tragedia española. Entonces empiezan a verse al descubierto las hondas raíces que tenía el movimiento revolucionario.

El «honorable» Companys y demás Consejeros del 6 de octubre salen del presidio, y Cataluña — la mayoría indudable de Barcelona, formando una oleada imponente de gentes vociferantes y llorosas por la emoción — sale a recibirles. Se reanuda el desfile de personas de supuesta respetabilidad y de relieve social incuestionable por los despachos de la Generalidad, interrumpido diecinueve meses antes. Y como en el primer Consejo que forma Companys a su vuelta del presidio entran algunas personas a las que se considera elementos moderados, la gente burguesa, olvidando lo pasado, respira y empieza a alimentar la esperanza imbécil de que aquella partida de forajidos que son Companys, Gassol, Comorera, etc., pueda haberse corregido en el presidio.

No sólo los periódicos de izquierda, sino también los «moderados», agotan la hipérbole en el elogio al tacto, la prudencia y la suavidad con que el Consejo de la Generalidad se produce. Se llega incluso a hablar, en una parte bastante dilatada de la prensa de Madrid, del «oasis catalán», como si realmente Cataluña atravesara un período de sosiego, cuando la inquietud social, los atentados y las huelgas, renacían sin medida por todas partes.

En este ambiente de fingida paz, la obra desespañolizante se reanuda con mayor ímpetu. La Universidad Autónoma es el motor de la tarea siniestra. La obra de expulsión del castellano, que es el gran lazo de unión entre todas las tierras hispánicas, se lleva a cabo fríamente, implacablemente, dándose el caso de que en esta campaña colaboran, desde el Patronato, profesores que ni siquiera son catalanes, nombrados vocales de este organismo por el Gobierno Central. Vuelve la exhibición audaz de la bandera barrada con la estrella solitaria. La música de *Els Segadors*, que es una canción de guerra contra España, torna a ser el himno nacional de Cataluña.

* * *

De todas las organizaciones revolucionarias que aprovecharon este período lamentable para urdir su trama, los que se mostraron más activos fueron el Partido Comunista Obrero, de tendencia stalinista, esto es, el comunista oficial, y el Partido Obrero de Unificación Marxista (P.O.U.M.), adicto a Trotsky, quien desde el extranjero venía sosteniendo frecuente correspondencia con sus secuaces de España, a los que marcaba orientaciones y consignas.

1. En Barcelona, el resultado fué: 244,016 votos las izquierdas; 145,435 las derechas. Aunque las coacciones y los atropellos alcanzaron proporciones escandalosas, es indudable que no se debió sólo a ellos la gran diferencia de sufragios, sino al estado de delirio demagógico en que vivía la ciudad.

Celosos de esta actividad trotskista, Dimitrov y demás dirigentes del Komintern, reunidos en agosto del año 1935 en su VII Congreso, trajeron excepcionalmente de incrementar el desarrollo del movimiento revolucionario en España, y siguiendo la norma impuesta por Stalin decidieron enviar a nuestra nación al agitador húngaro Bela Kun, personaje funesto que el año 1919 había sometido a su país a la dictadura bolchevique, de la que, finalmente, la libertó el Ejército, luego de ciento treinta y tres días de espantoso terror.

Bela Kun estuvo en Barcelona en abril de 1936. Entonces celebró diversas reuniones y entrevistas con todas las organizaciones ácratas, exponiendo y patrocinando la idea de constituir inmediatamente la «unidad sindical», como base indispensable para llevar a cabo el plan revolucionario. De sus exploraciones dedujo que en Cataluña existía ambiente y circunstancias favorables para un golpe de fuerza proletario. Los de la C.N.T. ofrecieron al principio alguna resistencia, pero terminaron por ceder. Sus condiciones fueron éstas:

— En la lucha para aniquilar la burguesía y el capitalismo no tenemos inconveniente en estar a vuestro lado, pero una vez hecha la revolución, cada uno recobrará su libertad de acción.

A Bela Kun le pareció bien el pacto. Tenía confianza en que la sagacidad de los comunistas españoles, aleccionados por la experiencia de Moscú, terminaría por triunfar y adueñarse totalmente de la revolución española. A su vez, los sindicalistas confiaban en su audacia y en la fuerza poderosa del número.

Los últimos meses, las maniobras de los comunistas tendían a que se formase en Madrid un Gobierno Largo Caballero. Sabían que si el Poder iba a manos del que entonces llamaban el Lenin español, la revolución tendría recorrido más de la mitad del camino. En estos forcejeos andaban los delegados de Moscú, cuando el Alzamiento Nacional, saliendo al paso de tales manejos, precipitó los acontecimientos.

II. EL ALZAMIENTO

1. Preliminares

Desde que los elementos militares adquirieron la certeza de que la organización demagógica y antiespañola creada bajo el amparo del régimen republicano tenía que ocasionar forzosamente la ruina del país, y se vió, después del ruidoso fracaso de las combinaciones ministeriales que gobernaron desde finales del año 1933 hasta el otoño de 1935, la imposibilidad de desarmar a la revolución roja por los caminos legales, ya no se pensó sino en lograr la unidad del Ejército — que la República había intentado quebrantar — para, en el momento en que se juzgase en riesgo grave la salud de la Patria, realizar la acción salvadora que exigía el difícil y doloroso trance histórico.

Este general anhelo del Ejército lo había recogido la Unión Militar Española (U.M.E.), que, impulsada desde Madrid por el comandante de E. M. don Bartolomé Barba y el teniente coronel de E. M. don Valentín Galarza, pronto tuvo en todas las guarniciones entusiastas y numerosos partidarios.

La formación del Gobierno presidido por el significado masón Manuel Portela Valladares, uno de los más desenvueltos truhanes que ha producido la política española, y el otorgamiento a este conglomerado ministerial del decreto de disolución de las Cortes, que hizo posible el fácil triunfo del Frente Popular, llevaron al ánimo de la colectividad militar el convencimiento de que urgía actuar si es que no se quería llegar tarde con el remedio.

Atendiendo a este anhelo, tal vez fué Barcelona la ciudad en la que con más presteza se puso manos a la obra. Siguiendo las instrucciones que llegaban de Madrid y Pamplona, a través del capitán don Luis López Varela, enlace de la guarnición con la Junta Central de la U.M.E., se constituyó la Junta divisionaria de la Cuarta Región Militar, que desarrolló desde entonces una labor muy activa. La Junta quedó formada del siguiente modo:

División. — Comandante de E. M. don Francisco Mut Ramón.

Artillería: 1.º de Montaña. — Capitán don Luis López Varela; suplente, capitán don José Valero Ocaña.

Artillería: 7.º Ligero. — Capitán don Miguel Montesinos Barbieri; suplente, capitán don Fernando Dasi Hernández.

Caballería: Regimiento de Montesa. — Capitán don José García Valenzuela; suplente, capitán don Carlos de Aguilera Pardo.

Caballería: Regimiento de Santiago. — Capitán don José María Ortega Costa.

Infantería: Regimiento de Badajoz. — Capitán don Luis Oller Gil; suplente, capitán don Enrique López Belda.

Infantería: Regimiento de Alcántara. — Capitán don José Maeztu Fernández; suplente, capitán don Faustino Pulido Leal.

Parque de Artillería. — Capitán don Eduardo Puig de Iriarte; suplente, teniente don Ramón de Blas Arantegui.

Aviación. — Comandante don Rafael Botana Salgado; suplente, teniente don Román Grau Inurriagorri.

Aeronáutica. — Teniente de Navío don Emilio Lecuona García-Puelles.

Guardia civil. — Comandante don Agustín Recas Marcos; suplente, capitán don José León González.

Carabineros. — Comandante don Emilio Alvarez Holguín.

Cuerpo de Seguridad y Asalto. — Capitán don José García González; suplente, capitán don Nicasio Riera Pons.

Cuerpo Jurídico. — Capitán don Jesús Martínez Lage; suplente, comandante don Enrique Bibiano López de Carrón.

Sanidad: Medicina. — Teniente coronel don Luis Aznar Gómez.

Sanidad: Farmacia. — Capitán don Enrique Puig Jofré.

A fin de infundir mayor eficacia a sus tareas, así como el máximo sigilo y prudencia, ya que se trataba de actuaciones clandestinas contra el Gobierno, la Junta divisionaria designó un Comité ejecutivo o director, sobre el cual gravitaron los trabajos más difíciles y arriesgados. Este Comité directivo o Junta suprema quedó constituido por los siguientes señores:

Presidente: Teniente coronel de Intervención (retirado) don Francisco Isarre Bescós.

Cajero: Coronel de Intendencia (retirado) don Emilio Pujol Rodríguez.

Vocales: Comandante de E. M. don Francisco Mut Ramón; comandante de la Guardia civil don Agustín Recas Marcos; capitán de Infantería don Luis Oller Gil, y capitán de Caballería don José García Valenzuela.

Secretario: Capitán de Artillería don Luis López Varela.

Secretario adjunto: Capitán Jurídico don Jesús Martínez Lage.

El teniente coronel Isarre y el capitán López Varela fueron el alma de esta Junta. El primero asumió la alta función directiva, la administración de los fondos con que la generosidad de algunos patriotas había dotado a la Junta, y el contacto directo con los directores del Alzamiento en toda España. El capitán López Varela quedó encargado de entenderse con la guarnición, de captar y aunar voluntades, que era la tarea más difícil, y de relacionarse con las representaciones locales de la Falange Española, de la Comunión Tradicionalista, de Renovación Española y otras agrupaciones españolas y antirrevolucionarias.

También quedaron establecidos enlaces con las demás guarniciones de las cuatro capitales catalanas y con las de Manresa, Mataró y Figueras:

Lérida: Coronel de Infantería don Rafael Sanz Gracia.

Gerona: Teniente coronel de Infantería don Antonio Alcubilla Pérez; capitán de Infantería don Antonio de Ibarra Montis.

Tarragona: Coronel de Infantería don Julio Castro Vázquez; capitán de Infantería don José González Arizmendi; capitán de Sanidad don Enrique Obregón Fernández.

Manresa: Teniente coronel de Infantería don Emeterio Saz Alvarez; capitán de Infantería don Esteban López Sepúlveda.

Mataró: Capitán de Artillería don José Lubelza Valles.

Figueras: Capitán de Infantería don Antonio Patiño Montes.

El teniente coronel Saz Alvarez, diplomado de E. M., que representaba en la Junta divisionaria a la pequeña guarnición de Manresa, fué uno de los primeros y más activos organizadores del Alzamiento en la región catalana. Presidente del grupo de la U.M.E. en Barcelona, trabajó sin descanso, desde que se efectuaron los primeros preparativos, en estrecha compenetración con los señores Isarre, Mut y López Varela; pero receoso el Frente Popular de sus actividades, intrigó contra él, hasta conseguir que el gobierno izquierdista le destinase a Ciudad Real. Durante la revolución fué asesinado en Madrid.

* * *

El asesinato de Calvo Sotelo, realizado por orden del Gobierno del Frente Popular en circunstancias sin semejanza en los anales de la criminología política, produjo en Cataluña la misma impresión angustiosa y de indignación que en toda España. Se sabe, sin embargo, que en los medios turbios y tortuosos del izquierdismo catalanista, el brutal atentado provocó una satisfacción irreprimible. La misma noche del crimen se manifestaba en juergas y borracheras escandalosas, que tuvieron por escenario algunos cabarets del distrito de Atarazanas, en donde los personajes de la Esquerra gozaban de justa aunque nauseabunda popularidad.

Joaquín Vilá, el jefe del Gabinete de Prensa de Companys, alardeaba al día siguiente ante un grupo de periodistas serviles que le reían la gracia:

— Anoche me emborraché bien, para celebrar la muerte de Calvo Sotelo.

La confesión resultaba ociosa, porque el estado de *delirium tremens* era el habitual en aquel pestilente sujeto.

Pero en los cuarteles, en los cuartos de banderas, que tenían aquellos días sensibilidad de sismógrafo para percibir los dolores de España, la noble cólera de los patriotas se desbordaba como un torrente que ha rebasado ya todos los cauces.

Los hombres que formaban la U.M.E. se constituyeron en reunión permanente. «Ni un día más queremos seguir viviendo en esta abyección», era el grito unánime. Y aquella misma noche salieron mensajeros para Madrid y Pamplona, portando el clamor ardiente de lo más selecto, heroico y glorioso de la guarnición de Barcelona.

* * *

La policía creada por la Generalidad no descansaba, entretanto. El crimen que había arrebatado la vida a Calvo Sotelo no bastaba a saciar las apetencias sanguinarias del Frente Popular y de sus aliados. El día 14 se realizaban «razzias» importantes. Centenares de ciudadanos pacíficos fueron a parar a la cárcel. Los Centros de Renovación Española, Comunión Tradicionalista y Falange Española habían ya sido clausurados días antes.

— Aquí — dijo Companys a Casares Quiroga, el día 15 de julio, por la noche, en una conversación telefónica de la que tenemos referencia exacta — no pienso dejar tranquilo a un solo fascista.

Y hay que reconocer que el plan se iba cumpliendo escrupulosamente.

* * *

El levantamiento del Ejército de Marruecos, señal convenida para iniciar el ataque en todo el país contra el Gobierno traidor a España, se conoció en Barcelona a eso de la media tarde del día 17. Los militares lo supieron por medio de noticias directas recibidas de los directores del Alzamiento, los elementos oficiales, por apremiante y angustiosa comunicación telefónica del Gobierno de Madrid al Presidente de la Generalidad. En pocos minutos hablaron con Companys, por teléfono, el Presidente del Consejo, Casares Quiroga, y el Ministro de la Gobernación, Moles. A las seis de la tarde lo hizo también desde un despacho oficial de Madrid Indalecio Prieto.

— Confiamos en usted, amigo Companys — le dijo —. Y aunque sé que ustedes no necesitan estímulos para obrar contra los fascistas y los militares, les recuerdo que se juegan la autonomía.

Desde aquel momento, la Generalidad, que ya venía estando en guardia desde varios días antes, extremó sus precauciones, que consistieron especialmente en el reparto de armas cortas y largas a los elementos jóvenes de la Esquerra y de Acción Catalana, ordenado personalmente por Companys.

La noche transcurrió entre una gran inquietud. Se vigilaban los cuarteles y las dependencias militares, sobre todo el Cuartel General, pues aunque el general Llano de la Encomienda había manifestado reiteradamente su adhesión a los Gobiernos de Madrid y de Cataluña, la verdad era que no se fiaban de él. A pesar de los presagios, a pesar de la inquietud y el ambiente cargado de pasión que se advertía en todas partes, la noche pasó sin novedad alguna y amaneció el día 18.

Durante esta jornada, la policía desplegó una fuerte actividad. Se practicaron centenares de detenciones y se intensificó la vigilancia en torno a los cuarteles.

Días antes, la C.N.T. había celebrado una reunión, en la que acordó reclamar de la Generalidad la entrega de armas. Companys titubeaba. Por una

parte deseaba armar a los anarquistas y sindicalistas, porque, aleccionado con lo ocurrido el 6 de octubre, confiaba poco en el valor revolucionario de los catalanistas; por otra parte, temía que una vez armados los elementos obreros no fuera ya posible desarmarlos y que se adueñasen de la ciudad, primero, y de Cataluña, después.

Pero la Confederación apremiaba. Una delegación de los más significados miembros de ella visitó a Companys.

— Pedimos armas — le dijeron —. Nosotros también queremos defender la República contra el fascismo. Si a los obreros no se les entregan armas, sucederá lo del 6 de octubre.

Companys se decidió. Y en la misma tarde del jueves, en que se celebró esta entrevista, comenzó el reparto de fusiles a los sindicalistas y comunistas, continuándolo por la noche más descaradamente. La tensión del espíritu público en Barcelona era enorme. El viernes se supo vagamente lo ocurrido en Marruecos y que la ciudad estaba incomunicada. En efecto, desde las nueve de la noche se habían interrumpido las conferencias telefónicas con toda España, y la comunicación telegráfica se servía con tal lentitud y con tan severa censura, que prácticamente no existía.

* * *

Desde que el Alzamiento parecía inminente, Companys y la partida de facinerosos que le secundaba en la Generalidad andaban locos de terror. ¿Dónde iban a ocultarse caso de que el Movimiento nacional estallase? Reproducir, imitando a Dencás, la fuga por la alcantarilla, les hubiera cubierto de oprobio para siempre. Dejarse aprisionar con un gesto heroico, no les satisfacía tampoco, pues se acordaban de los dos años pasados en presidio, y no estaban resueltos a correr este riesgo.

En tal estado de ánimo, la primera preocupación del Gobierno de Cataluña fué «cubrirse la retirada». Dentro y fuera del Palacio de la Generalidad se tomaron todas las medidas convenientes para salir corriendo, a través de unos patios contiguos, hacia determinada casa de la calle de San Severo.

Pero a Companys le parecían insuficientes estas precauciones, y decidió tomar la medida, mucho más prudente, de marchar con algunos de sus amigos a la Comisaría General de Orden Público, cuartel principal de los Cuerpos de Asalto y Vigilancia de Cataluña, que eran, por increíble concepción del Estatuto, instituciones creadas y dependientes de la Generalidad.

A la Comisaría de Orden Público, sita en la Vía Layetana, que estaba fuertemente defendida y preparada, llegó Companys ya avanzada la madrugada. Iba trémulo, apresurado. Se le adivinaba el propósito de no dejar que le sorprendieran los acontecimientos fuera de aquella fortaleza. Allí tuvo ocasión de emplear sus dotes de propagandista. No todos los guardias de Asalto — pues muchos de ellos procedían de las plantillas del Estado —

estaban dispuestos a batirse frente al Ejército. Para decidirles, el «honorable» tuvo que pronunciar un discurso altisonante, hablándoles de la necesidad de defender la República, las esencias democráticas y las libertades de Cataluña. Empleó la cuerda patética para describirles al pueblo — *el honrado pistolero, el noble anarquista, el sentimental separatista* — amenazado por la reacción.¹

En fin de cuentas, aquellos guardias eran gente sencilla, de escasa o ninguna cultura, sensibles a los halagos y las falacias de la oratoria de aquel sujeto especializado en agitar multitudes ignorantes, y se rindieron a la seducción, prometiéndose a sí mismos defender «al pueblo y a la República».

El Comisario general de Orden Público, Federico Escofet, capitán de Caballería, condenado a muerte por los sucesos de octubre, al que el Frente Popular había amnistiado, y su principal auxiliar, el comandante de Infantería Vicente Guarner, que era jefe de los servicios policiales de la Comisaría, militares que por segunda vez iban a ser traidores al Ejército y a su Patria, alentaban a sus guardias y adoptaban, enardecidos, las previsiones necesarias.

Entraban y salían paisanos en grandes grupos, a los que se facilitaban armas y se les daban instrucciones.

— Vosotros, a la Diagonal, a las órdenes del capitán Menéndez.
— Vosotros, a la Plaza de Cataluña.
— Vosotros, a ayudar a la defensa de Gobernación.

Así se iba distribuyendo a las masas obreras a las que acababa de armarse, por toda la ciudad, para que, al lado de los guardias de Asalto, hicieran frente al levantamiento patriótico.

Durruti entraba y salía como si fuese el amo. Hablaba con el «honorable», tuteándole. Le daba cuenta de la gente que tenía distribuida, de las informaciones que recibía... En realidad, aquel distinguido pistolero venía actuando como el verdadero jefe de las fuerzas armadas.

Después de Durruti, quien daba muestras de mayor frenesí, yendo de aquí para allá, sin cansarse, vestido con uniforme de comandante, que deshonraba, era Pérez Farrás, el hombre a quien las blanduras de los gobernantes que dominaron la sublevación del 6 de octubre habían perdonado la vida.

Con su voz ronca y su nariz encendida de borrachín contumaz y el rojizo pelo alborotado, parecía un pistolero anarquista disfrazado de jefe del Ejército. Daba también órdenes, salpicándolas de blasfemias, y salía siempre al frente de grupos a los que señalaba el lugar de la ciudad en que debían quedar apostados, acechantes...

Al despuntar el alba, se tuvo noticia de que las tropas comenzaban a apoderarse de la ciudad. De todos los cuarteles, en impulso simultáneo

1. Pasados los sucesos, Companys declaró a los periodistas: «De madrugada, después de celebrar Consejo, me trasladé a la Comisaría General de Orden Público, donde mi presencia fué acogida con entusiasmo.»

y unánime, salían las fuerzas camino de sus objetivos. Era una avalancha incontenible. Se empezaron a oír las primeras descargas de fusilería y el tic-tac nervioso y seco de las ametralladoras... A poco se percibió el estruendo lejano de los cañones.

Companys temblaba.

— ¿Creéis vosotros que podremos resistir? — preguntaba angustiado a Escofet y a Pérez Farrás.

— ¡Quién lo sabe! — contestaban, evasivos, aquellos traidores.

Poco después, Pérez Farrás se trasladó en auto a la Consejería de Gobernación, en donde José María España, titular del departamento, requería su presencia.

Frente a este edificio, y en el patio de la Comisaría de Orden Público, había varios autos blindados, en los que «los responsables» pensaban escapar, en el caso probable de un fracaso, camino de un pueblecillo de la costa, en donde esperaban unas lanchas potentes, capaces de conducirles a Francia en pocas horas.

Desgraciadamente, estos elementos de fuga, tan concienzudamente preparados, no fueron precisos. La Providencia tenía dispuestas las cosas de muy distinto modo.

2. Circunstancias de la acción militar

Una de las causas que contribuyeron al fracaso del Alzamiento en Barcelona fué la hora elegida para comenzarlo. Si las tropas se hubiesen lanzado a la calle aprovechándose de la oscuridad de la noche, su situación para luchar con el enemigo acechante y emboscado habría sido mucho más favorable, pero, infelizmente, se decidió que la acción del Ejército no se desarrollase hasta la madrugada, cuando ya empezaba a amanecer. Esta circunstancia permitió a los guardias de Asalto y a los forajidos armados precisar la escasa cantidad de fuerzas empleadas, y crecerse ante ellas.

El plan ideado para dominar la ciudad era correcto desde el punto de vista táctico. En poco tiempo, las tropas afuyeron al centro de la ciudad desde sus cuarteles, apoderándose de ella y sujetándola fuertemente. Pero fueron descuidados, en cambio, lo que podríamos llamar objetivos políticos, que eran los fundamentales. Y mientras se perdía el tiempo y se derramaba sangre para ocupar la Plaza de Cataluña y la de la Universidad, por ejemplo, ocupación que carecía de finalidad, no se atacó la Comisaría General de Orden Público, ni la Generalidad, ni las emisoras y estudios de la Radio, objetivos que, de haber sido tomados, habrían abatido la moral del enemigo.

En los planes previos del Alzamiento militar se había dispuesto que, al frente de la sublevación de Barcelona, se colocara el general González Carrasco, que con el propósito de tantear el ambiente ya había estado en Barcelona en varias ocasiones, celebrando diversas conferencias con los cons

piradores. Pero posteriormente, el general Goded, requerido por algunos elementos de la guarnición de Barcelona, resolvió encargarse personalmente del mando de las fuerzas de toda Cataluña en cuanto éstas se alzasen. Consultado el caso con el general Mola, que era quien dirigía desde Pamplona la conspiración, se convino de recíproco acuerdo cambiar el plan primitivo, quedando decidido que el general Goded iría a Barcelona, y el general González Carrasco, a Valencia.

Desde aquel instante, Goded estableció estrecho contacto con los militares de Cataluña por medio de varios enlaces, que, al efecto, hicieron constantes viajes entre Barcelona y Palma de Mallorca.¹

Como se había decidido, para no llamar la atención del Gobierno, que el general Goded permaneciese en Palma hasta que de Barcelona se le llamase expresamente, se acordó que, en tanto no llegase aquél de Baleares, asumiese la dirección del Movimiento el general de la brigada de Caballería don Alvaro Fernández Burriel, que era en Barcelona el más antiguo de los de su categoría.²

Tal vez fué esta decisión uno de los errores que influyeron más en la marcha desgraciada de los acontecimientos, pues el general Burriel, patriota probado y soldado de brillante historia, era hombre poco apto para dirigir un movimiento en el que no iban a jugar sólo los factores militares, sino también los psicológicos.

Por una mal entendida idea del compañerismo y de la hidalgüía, el general Fernández Burriel no procedió con la energía debida, gastó excesivas contemplaciones con el general Llano de la Encomienda y dió lugar a que la situación se agravase. Y cuando el general Goded, llamado desde Barcelona, llegó a la capital catalana, a mediodía del domingo, la rebelión podía darse ya por fracasada.

Precaución elemental de los alzados debía haber sido presentarse en

1. El principal enlace fué el comandante de Infantería retirado don Mateo Llobera Balaguer, el cual realizó diversos viajes entre Palma y Barcelona, con este motivo. El día 17 de julio, cuando ya había empezado el Alzamiento en África, envió al comandante Llobera a Barcelona con importantes instrucciones. El día 18 de julio, el enlace regresó a Palma, en el último buque que salió para la isla. Antes de partir, el comandante Llobera puso al general el siguiente telegrama, por medio del cual le daba aviso de que todo estaba ya a punto: «María dio a luz hermoso niño día 14, a las cinco de la madrugada. Ambos hoy perfectamente bien.»

La clave de este telegrama consistía en el señalamiento del día y la hora en que debía empezar el Movimiento. Respecto al primero, habían convenido en adicionar cinco fechas a la cifra del día que se mencionase en el telegrama, o sea, catorce, más cinco, que suman diecinueve, permaneciendo invariable la hora indicada.

2. En un principio se designó para ejercer esta función al general Legorburu, pero éste entendió que siendo el más antiguo de la guarnición el general Burriel, y estando, asimismo, identificado con la idea del Alzamiento, era a él a quien correspondía ejercer el mando, y así se convino en vista de que el interesado aceptó complacido la misión.

Días después, Burriel y Legorburu visitaron a Llano para invitarle a sumarse al Alzamiento, pero éste rechazó indignado la invitación, diciéndoles que prefería mil veces que triunfase el comunismo.

seguida en la División y detener al general Llano de la Encomienda. En todos los lugares en que el Alzamiento triunfó, se empleó este procedimiento. En Barcelona no se hizo así, y ésta fué una de las causas principales de su fracaso.

El general Fernández Burriel, no sólo dejó que Llano de la Encomienda continuase libre en su despacho, sino que desde él prosiguió su nefasta tarea de dar órdenes contrarias al Movimiento. Y aunque estas órdenes no fueron, en su mayor parte, obedecidas, hicieron un efecto disolvente, contribuyendo a sembrar la confusión, primero, y finalmente, el desconcierto.

Una de las órdenes que Llano consiguió hacer llegar a su destino fué la dirigida a la aviación militar, que mandaba aquel traidor contumaz llamado Díaz Sandino, para que varios aparatos bombardeasen y ametrallasen a los sublevados. Sandino se apresuró a cumplirla, y esta acción constituyó uno de los elementos de desmoralización más importantes que se presentaron al paso de las tropas

* * *

La situación creada por esta falta de visión del general Burriel fué singularmente equívoca. El general Llano de la Encomienda, libre de toda presión, daba órdenes por teléfono desde su despacho. Parte de su Estado Mayor, vacilante, andaba de aquí para allá sin adoptar resoluciones favorables al Alzamiento, y entretanto, fuera, las fuerzas sublevadas actuaban cada una por su cuenta, procurando atenerse al plan de conjunto elaborado previamente, pero sin que nadie se cuidase especialmente de coordinar aquellos heroicos esfuerzos.

El general Fernández Burriel pasó de madrugada desde su pabellón al cuartel de Caballería de Montesa, donde estaban instaladas las oficinas de la Brigada de Caballería de su mando. Allí conferenció rápidamente con el coronel Escalera, que ya lo tenía todo dispuesto para sacar las tropas a la calle, y se acordó actuar sin pérdida de tiempo. Media hora después ya salían los primeros escuadrones camino de sus objetivos. La noticia debía llegar rápidamente a conocimiento de Llano de la Encomienda, por cuanto éste llamó en seguida por teléfono al cuartel y pidió con apremio que se pusiese al aparato el coronel del Regimiento. En cuanto Escalera cogió el auricular, oyó que Llano de la Encomienda, en tono muy irritado, le decía:

— ¿También su Regimiento está en la calle?
 — Sí, mi general. Ha salido también.
 — Oiga, Escalera, escuche bien lo que le digo — agregó Llano —. ¿Aceptarian ustedes un Gobierno Martínez Barrio?
 — Sobre eso yo no puedo contestarle, pero está aquí el general Burriel, que se va a poner al aparato, y él le contestará a usted.
 Fernández Burriel tuvo entonces un fuerte altercado telefónico con Llano.

— Comprenderá usted, mi general — le dijo —, que ahora no es mo-

mento de andar con componendas. El Ejército está en pie, y en muchos lugares en la calle, y lo único que cabe hacer es que el Gobierno entregue el Poder, y ya veremos nosotros qué es lo que se hace. Y escuche usted un consejo, mi general: súmese usted al Movimiento, que, como usted mismo puede ver, es incontenible, y en Barcelona todo se resolverá fácilmente.

Como Llano insistiese en su actitud de oposición al Alzamiento, Burriel terminó por decirle:

— Bueno, mi general, dentro de un rato iré por allí, y estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo.

3. En la División

En la División (antigua Capitanía General), Llano de la Encomienda adoptó algunas precauciones. Aparte de la guardia que se prestaba habitualmente, ordenó que desde el Regimiento de Badajoz n.º 13 le enviaran para reforzar la guardia una compañía. Esta última salió, en efecto, del cuartel antes de las cinco de la mañana. La mandaba el capitán López Belda, y no iba, en realidad, a servir a Llano, sino a colocarse frente a él, ayudando decididamente al Alzamiento.

Cuando esta compañía llegó a la Puerta de la Paz, sostuvo un tiroteo intensísimo con los núcleos del populacho armado, teniendo que refugiarse en el edificio de Dependencias Militares algunos soldados y los falangistas que formaban en la misma. El resto de la fuerza consiguió llegar a la División sin haber sufrido más que tres bajas.

Con el capitán López Belda formaban en la compañía el teniente Tomás Manrique y los alfereces Ojeda y Casterad.

En cuanto llegó López Belda a la División, se entrevistó con Lizcano de la Rosa, quedando de acuerdo con éste para defender el edificio si era atacado desde fuera y para someter por la fuerza a los que dentro de él no se sumasen al Movimiento.

4. El general Goded habla por teléfono con Burriel

El general Goded, después de declarar el estado de guerra en Mallorca y de dominar fácilmente la isla, esperaba que llegasen unos hidros de la base de Mahón para trasladarse a Barcelona. De orden suyo, el capitán Casares se había trasladado dos días antes a Menorca para avisar a los comprometidos en la conspiración de que, en cuanto se iniciase el Movimiento en Barcelona, debía llegar a Palma una escuadrilla de hidros. La orden había

sido transmitida puntualmente, pues el capitán que la llevó se encontraba ya de vuelta en Palma, pero los hidros no llegaban.

Goded se consumía de impaciencia. Su propósito era partir apenas amaneciera, para tomar desde los primeros instantes el mando de la rebelión en Cataluña.

Las radios de Barcelona estaban ya lanzando desaforados alardos, y el general los seguía atentamente, para deducir a través de estos clamores lo que acontecía allí.

A las ocho de la mañana, desde el cuartel de Caballería de Montesa, el general Burriel llamó por teléfono a Palma.

— Que se ponga al aparato el general Goded.

Acudió este presuroso.

El general Burriel, en tono optimista, aunque un poco excitado, requirió a Goded para que se trasladase en seguida a Barcelona, donde «el Ejército — dijo — tenía dominada la situación».

En igual tono confiado se expresó el coronel Escalera, que también habló por teléfono.

El general preguntó cuál era la actitud del general Llano de la Encomienda y el lugar en que éste se hallaba.

Burriel le contestó que Llano no había querido unirse al Movimiento y que se encontraba en Capitanía.

— ¿Libre? — preguntó Goded.

— Sí, libre.

— Eso no puede ser. En seguida ha de unirse a nosotros o ha de ser detenido. Dejarlo en libertad es peligroso.

— Entonces, ¿qué le parece a usted que haga? — preguntó Fernández Burriel.

— Trasládese a la División y proceda rápidamente contra Llano, si insiste en su actitud.

— Bien, así lo haré.

— Hasta ahora.

El general Goded informó a los jefes y oficiales que le rodeaban de la conversación que acababa de sostener con Barcelona y del tono optimista con que le habían hablado sus interlocutores. Como la conferencia se celebró por teléfono, sin dificultad alguna, Goded sacó la impresión de que la central telefónica de Barcelona debía estar en poder de los militares, y esto le confirmó aún más en la creencia de que todo marchaba bien en la capital catalana.

El general Fernández Burriel, acompañado de su ayudante, comandante Rico (Guillermo), del comandante de E. M. Montesino-Espartero (José), del capitán García Valenzuela y del teniente Noailles, llegó a la División a eso de las nueve y media de la mañana.

Se encontró al general Llano de la Encomienda rodeado de su Estado Mayor, de sus ayudantes, teniente coronel Rodríguez Gamero y comandante

Plaza Ortiz; de su secretario, el oficial 2.^o de Oficinas Militares Antonio Imedio; del coronel Cañadas, del auditor, coronel Ferrer, y de un pequeño grupo de oficiales, entre los que se contaban el comandante de E. M. Rubio Vidal y los capitanes Lizcano de la Rosa y López Belda. Llano estaba nervioso, excitado, pues por diversas veces se había negado a los requerimientos de Rubio, Lizcano de la Rosa y López Belda para que se sumase al Movimiento que se acababa de iniciar.

Al ver al general Burriel, el general Llano se puso en pie, todavía con aire un poco retador.

Burriel se le acercó rápidamente, y en tono amistoso le dijo:

— Vamos a arreglar las cosas. Proclame usted el estado de guerra y las tropas se retirarán a sus cuarteles.

Llano contestó:

— Yo no hago eso; yo estoy con el Gobierno.

— Todas las guarniciones de España se han levantado contra *este Gobierno*, que el país repudia. Proclame usted el estado de guerra y todo se arreglará por las buenas — insistía Burriel.

— Ya le digo que no puedo. Además, sería inútil. Aunque yo proclamase el estado de guerra, la Generalidad, que es quien dirige las fuerzas de Orden Público y al pueblo armado, no acataría mi decisión.

— No importa. Inténtelo usted.

Llano de la Encomienda quiso tener un rasgo heroico.

— ¡Vaya! No, y no. Y ahora mismo dése usted por detenido, general Burriel.

El vehemente Lizcano de la Rosa, sin poder contenerse, intervino:

— Aquí, quien debe ser detenido es usted.

Llano, que iba poco a poco excitándose, se encaró con el impulsivo oficial.

— Y usted también queda arrestado. Y, además, le arranco esta coracón, de la que es usted indigno.

Y con un ademán brusco intentó arrancar del pecho del capitán Lizcano la Laureada de San Fernando.

La respuesta fué súbita. Como si le hubiese estallado un resorte, Lizcano sacó su pistola y encapuchó al general traidor.

— El indigno es usted.

Le fulguraba en los ojos coléricos la resolución de matar.

El general Burriel y el coronel Moxó se interpusieron, rápidos.

— Eso no, Lizcano.

Burriel añadió:

— No quiero violencias.

Se llevaron a un rincón a Lizcano de la Rosa, que fulminaba amenazas e imprecaciones contra Llano.

— Cochino, traidor. Ya nos veremos.

Y aludiendo después a la intervención del general Burriel, agregó:

— Este no es el camino. Estamos perdiendo el tiempo dramáticamente. ¡Dios quiera que venga pronto el general Goded!

El comandante Rubio, que estaba actuando con gran energía y prudencia, siendo quien había asumido todas las tareas encomendadas al Estado Mayor del Alzamiento, después de la expulsión del comandante Mut, intervino a su vez:

— Mi general, súmese al Movimiento. Todo el Ejército de España está en pie.

— Sí — contestó Llano, expresando por fin el fondo de su pensamiento —; pero ustedes vienen ahora a mí porque están fracasados.

López Belda, indignado, los ojos llameantes por la cólera, exclamó:

— Esto no puede ser. La traición de este hombre es intolerable. Bajó al patio del Palacio y requirió con vehemencia la ayuda de sus oficiales.

— El general nos traiciona — les dijo —. Vamos a detenerlo. Subieron los oficiales, dirigidos por el valeroso capitán. De nuevo Llano de la Encomienda se vió en peligro de sucumbir.

López Belda, descompuesto, con la pistola amartillada, se dirigía a donde estaba Llano.

Otra vez mediaron los contemporizadores. Burriel, Moxó y Sanféliz calmaban al irritado capitán.

— Vamos, no sea usted vehemente.

Así, entre suavidades y tibias, se estaba fraguando el gran fracaso.

* * *

Desde la calle llegaban también noticias a la División. El comandante de E. M. don Francisco Mut, que había sido expulsado del edificio la noche anterior por orden del general Llano, comunicaba constantemente con Lizcano de la Rosa para informarle sobre la marcha de los sucesos. Acompañado de los comandantes Botana y Fernández Maquieira, recorrió diversos sectores en los que se mantenía la lucha.

5. Goded se dispone a salir de Palma

Mientras se esperaba a los hidros que habían de llegar de Mahón, el general Goded dió sus últimas instrucciones para dejar afirmada la seguridad de la isla, ordenando también que estuviesen dispuestos un batallón de Infantería y una batería de Montaña, en previsión de que tuviese necesidad de reclamarlos desde Barcelona.

Como los hidros tardaban en llegar, el general comenzaba a ponerse nervioso.

— Me contraría este retraso — dijo en algún momento. Cerca ya de las diez y media se recibió aviso de que acababa de llegar una escuadrilla de cinco «Savoias» que habían amarado en la bahía.

Cuando hubo terminado sus trabajos y despedido de su familia, el general Goded se trasladó al puerto, e inmediatamente, cuatro de los cinco hidros recién llegados se elevaron rumbo a Barcelona. En uno de ellos viajaba el general; en otro, su hijo, el joven abogado don Manuel Goded Alonso; en el tercero, el ayudante del general, comandante don Carlos Lázaro Muñoz, y en el último, el incondicional capitán Casares. Mandaba la escuadrilla y pilotaba el hidro que conducía al general el teniente de Navío Martínez de Velasco, gran entusiasta del Alzamiento y uno de los que habían intervenido activamente en sus preliminares.

Poco después de las doce y media, los hidros llegaban a Barcelona. Por deseo del general, los aparatos dieron varias vueltas sobre la capital, volando muy bajo. Se percibía desde ellos la lucha que se estaba librando en la ciudad, pues aunque no les llegaba el fragor de los disparos, se veían grupos que recorrían las calles y concentraciones de fuerzas irregulares en torno a los edificios militares.

A los diez minutos de vuelo sobre la ciudad se inició el descenso de los aparatos, yendo a amarar en aguas del muelle de la Aeronáutica.

El primer aparato que descendió fué el del comandante Lázaro. Éste hizo el saludo nacional a unos oficiales de Marina que había en el muelle, los cuales le saludaron de igual modo. Eran los pilotos de la Aeronáutica Díaz Domínguez, Lecuona y Carrasco. Los dos primeros tomaron una lancha y fueron junto al hidro del general Goded. Pasó éste desde el «Savoia» a la embarcación, dirigiéndose al muelle. Un grupo de oficiales de la Aeronáutica salieron de los pabellones saludando militarmente al general. En nombre de la guarnición estaban esperando a los viajeros los capitanes Mola y García Valenzuela, los tenientes Noailles y Grau y el teniente Ezpeleta, con una sección de Zapadores.

Goded cambió impresiones con el pequeño grupo de oficiales. El teniente Noailles llevaba la guerrera tinta en sangre. En el Paralelo había tenido que recoger en sus brazos al capitán Villalón, gravemente herido. La sangre del héroe le manchó el uniforme.

— ¿Está usted herido? — le preguntó Goded.

— No — contestó lacónico el valeroso oficial —. Es sangre de un pobre compañero.

— ¿Herido grave?

— Creo que sí.

El comandante Lázaro se aproximó a Goded y le dijo:

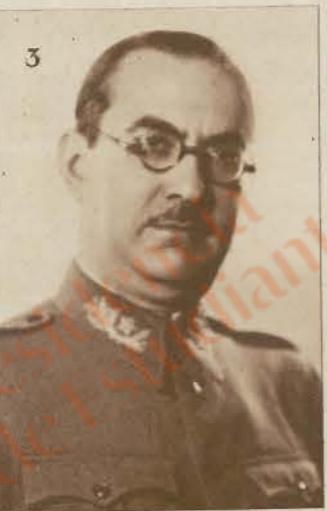
— Mi general, creo que nos metemos en una ratonera.
— Ya lo sé. Pero yo he dado mi palabra de venir, y no estoy dispuesto a retroceder.

— Pues, adelante, mi general.



EL GENERAL GODED

LA JUNTA QUE DIRIGIÓ
EN BARCELONA



1. Coronel de Intendencia, don Emilio Pujol Rodríguez.
2. Teniente Coronel de Intendencia, retirado, don Francisco Isarre Bescós.
3. Comandante de Estado Mayor, don Francisco Mut Ramón.



LOS PREPARATIVOS
DEL ALZAMIENTO



4. Comandante de la Guardia civil, don Agustín Recas Marcos.
5. Capitán de Artillería, don Luis López Varela.
6. C. Infant., D. Luis Oller Gil.
7. Capitán de Caballería, don José García Valenzuela.

El Alzamiento

21

— Vamos.

El piquete de soldados de Ingenieros rindió honores.

El general, al pasar frente a ellos, gritó:

— ¡Viva España!

Contestaron con entusiasmo los soldados y los oficiales:

— ¡Viva!

Se oían lejanas descargas de fusilería y tableteo de ametralladoras.

Un oficial se aproximó al general para decirle:

— Mi general, hay mucho fuego en el camino que tienen que recorrer.

Lleven cuidado.

— Gracias.

Retumbaba en aquel momento un cañón lejano.

— ¿Está la Artillería en la calle?

— Sí, mi general; han salido algunas baterías.

Partió el automóvil blindado que conducía al general, y entre un diluvio de balas consiguió llegar al edificio de la Capitanía.

6. El general Goded en la División

Poco antes de la una hizo su entrada en el Palacio de la División el general Goded y sus acompañantes. Unos minutos antes había llegado al edificio el teniente de Navío Lecuona, para dar aviso del inmediato arribo del general. Al llegar Goded, las fuerzas que defendían el edificio suspendieron un momento el fuego para rendirle honores.

Goded subió al piso segundo del Palacio, en donde tenía sus oficinas el Estado Mayor. Allí, tumbado en un sofá, despechado y trémulo, se encontraba el general Llano de la Encomienda, a quien nadie en aquellas horas obedecía ya. Estaban también el general Burriel, el jefe de Estado Mayor coronel don Manuel Moxó; el teniente coronel de E. M. don Adalberto Sanféliz, los comandantes de E. M. Rubio Vidal y Montesino-Espartero; el comandante médico Montserrat, y los capitanes Güerra, de E. M.; Visiedo, de Ingenieros, y Cebrecos, de Infantería, ambos en prácticas de Estado Mayor; Berlín, de Artillería; Aguilera García, Jurídico; tenientes Colubi (Ramón) y Carrera (Francisco), enlaces del 7.º; capitanes Senén y Valle, de la Aviación; Lizcano de la Rosa y López Belda, de Infantería; el ayudante del general Burriel, comandante don Guillermo Rico; los ayudantes, el secretario y un hijo del general Llano de la Encomienda. También se hallaba en la División el oficial 2.º de Oficinas Militares Martínez Hierro, espía de la Generalidad cerca de los militares, el cual se encontraba en plena función de su oficio de traidor.

Al frente de los soldados que prestaban habitualmente servicios en las



La fachada de la Capitanía General, con los daños sufridos.

Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes





Terminada la lucha en la Plaza de Cataluña — Hotel Colón — la Guardia civil procede a detener a varios oficiales. En primer término, el teniente Montúa; a continuación el teniente Alea Labra; después del guardia civil que se ve en tercer lugar, el teniente González Fleitas y detrás de éste, el teniente Borrás. Con uniforme de Asalto, el teniente Sanféliz, también sumado al Alzamiento.



Grupo de populacho armado después del asalto a la Capitanía General.

III. REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE BADAJOZ

En Barcelona existían dos Regimientos de Infantería: el de Badajoz n.º 13 y el de Alcántara n.º 14. En el de Badajoz, como por providencial designio, se habían agrupado los oficiales más entusiastas, patriotas y decididos. Salvo el coronel don Fermín Espallargas, personaje blando y acomodaticio, y algún jefe, como el comandante don Carlos Capdevila, la mayor parte de jefes y oficiales estaban resueltamente al lado de la conspiración.

Esto explica que el Regimiento de Badajoz saliese en masa a la calle, realizando la hazaña espléndida que fué la ocupación de la Plaza de Cataluña, en cuya actuación heroica acaudillaron a las fuerzas sublevadas el comandante López Amor y los capitanes Oller, de Mercader y Ruiz Hernández.

A las diez de la noche del día 18 se reunieron en el Regimiento todos los jefes y oficiales comprometidos expresamente en el Movimiento, que eran la mayoría. No se hallaba presente el coronel Espallargas, con quien, por supuesto, no se había contado para el trance. Sin embargo, advertido el coronel por algún espía que debía de tener en el cuartel, se presentó de improviso a eso de las once de la noche. Salió a recibirle el comandante López Amor, por ser el de mayor antigüedad de los jefes presentes en aquellos momentos. Espallargas, acompañado del comandante, penetró en la Sala de Banderas, y allí, encarándose con éste, le advirtió que ya había dado orden en otra ocasión de que no entrasen paisanos en el cuartel, donde, en efecto, ya había a aquella hora un grupo como de cincuenta o sesenta paisanos que confraternizaban con la tropa y la oficialidad. López Amor respondió:

— Mi coronel, lo he ordenado yo.

— ¿Quién manda el Regimiento, usted o yo? — replicó, a su vez, el coronel en tono airado.

— Mi coronel, desde este momento usted no manda el Regimiento.

Atónito, el coronel se quedó un momento mirando al comandante, y después, dirigiéndose a los oficiales que asistían al diálogo, les dijo:

— Señores oficiales, ya oyen ustedes lo que dice el comandante. ¿Quién manda el Regimiento?

El teniente Quevedo, oficial veterano a quien todos profesaban amistad en el Regimiento por su bondad y sus virtudes, contestó en tono enérgico:

— Mi coronel, el que esté en estos momentos con España, puede mandar el Regimiento, pero el que no esté con España, no puede mandarlo.

El Alzamiento, la Revolución y el Terror en Barcelona

Con las fuerzas salió a la calle el capitán médico Hortega, el cual estableció su puesto de socorro en el Colón, prestando servicios verdaderamente eminentes, con ejemplar presencia de ánimo.

También al llegar la tropa a la Plaza de Cataluña, bajaron del Casino Militar para unírseles y coadyuvar con todo entusiasmo al Alzamiento, los comandantes retirados don Jesús Soto Domínguez y don Luis Melero Cenizo, que, noticiosos de lo que iba a ocurrir, se pasaron toda la noche en el Círculo esperando el momento de actuar en favor de España.



La Plaza de Cataluña después de los sangrientos choques.



La calle de la Diputación, junto a la de Lauria, después de la sangrienta lucha del 19 de julio.



Dos aspectos de la lucha frente a Dependencias Militares. Las fotos dan perfecta idea de la violencia de los choques habidos en aquel lugar de la ciudad.



El cuartel de Atarazanas, tal como quedó después del ataque de las turbas.

IV. REGIMIENTO DE INFANTERIA DE ALCÁNTARA

El Regimiento de Alcántara n.º 14 era una de las unidades donde las opiniones andaban más divididas, pues aunque el coronel, don Crispulo Moracho, izquierdista y masón relevante, había procurado agrupar en torno suyo al mayor número de indeseables, aun quedaban algunos elementos adictos al espíritu nacional, que no habían sido eliminados del Regimiento. Pero era evidente que se encontraban en minoría, o cuando menos en situación incómoda y precaria para decidir en su favor las divergencias. En consecuencia, la Junta que dirigía la conspiración decidió que este Regimiento no participase en el Levantamiento, manteniéndose a la expectativa durante él los elementos comprometidos.

La tarde del 18 de julio, a eso de las cinco, el capitán don José Maeztu, hablando con el teniente Barros — los dos, elementos afectos a los principios nacionales —, le dijo:

— El Regimiento no saldrá a la calle, pero tanto Pulido como yo, en cuanto nos sea posible, saldremos con nuestras compañías.

La noche en que estalló el Movimiento, en el cuartel reinaba una sorda agitación. Los oficiales andaban en grupos cuchicheantes, comentando las cosas a su modo. Había el grupo de los izquierdistas, de los que eran cabezas visibles el comandante Salavera y el capitán Sacanell, el de los neutrales o irresolutos, dispuestos siempre a situarse al lado del vencedor, y el de los partidarios decididos del Alzamiento.

Por ausencia del coronel Moracho, a quien los acontecimientos habían sorprendido de viaje, mandaba aquellos días el Regimiento el teniente coronel don Jacobo Roldán, persona de excelentes antecedentes personales y patrióticos, católico practicante y fervoroso, que demostró en aquel trance difíciles singulares dotes de serenidad y tacto.

Vista la disparidad de opiniones, el teniente coronel reunió en las primeras horas de la noche del 18 a todos los oficiales y jefes, y les requirió para que empeñasen su palabra de que, ocurriese lo que ocurriese en Barcelona, el Regimiento no saldría a la calle a combatir contra sus hermanos de armas. Con alguna resistencia del capitán Sacanell, que pretendió soliviantar al bando rojo, se convino por todos el compromiso. En ningún caso, el Regimiento se enfrentaría con fuerzas del Ejército. La garantía del pacto era la palabra de honor de cada uno.

Una vez salvada por el teniente coronel esta dificultad primera, era necesario acometer las sucesivas. Como medida de prudencia dispuso que

la sección de Artillería del capitán Sancho Contreras, cuyos dos cañones, muy bien emplazados, infundían tremendo pavor, ya que por la mañana, al intentar los revoltosos alzar una barricada en la entrada de Hostafranchs, bastó un solo disparo de una de las piezas para deshacer la barricada y a sus defensores, causándoles diecinueve bajas. Pero, no obstante el dominio que se consiguió ejercer en esta parte de la ciudad, la situación de las tropas se hizo muy difícil al quedar aisladas de las restantes fuerzas salidas a la calle, cuando la lucha parecía decidirse contra ellas. Especialmente, la sanguinaria pelea que en el Paralelo sostuvo el tercer escuadrón de este mismo Regimiento, al que las turbas deshicieron materialmente. Por este motivo, el coronel Escalera conferenció por teléfono con el general Goded para darle cuenta de la situación. El general le ordenó entonces que se retirase con sus fuerzas al cuartel, pues él había pedido el envío urgente de refuerzos a Palma, y cuando éstas llegasen ya le daría nuevas instrucciones. En vista de este mandato del general, el coronel dispuso que el capitán Ochoa, con una sección de fuerzas, se retirase al cuartel para contribuir a su defensa, y más tarde, dió orden de retirada de todas las fuerzas, en vista de la inutilidad de su permanencia en la Plaza de España.

* * *

El segundo escuadrón salió al mando del comandante Gibert de la Cuesta, con el capitán don Lorenzo Samaniego, los tenientes don José Goenaga, don Luis Pacini y don Enrique Flores. Llevaba también una sección de ametralladoras al mando del teniente González Valls, que había de encontrar en la lucha muerte heroica. A este escuadrón se agregó un grupo de paisanos, mandado por el capitán don Luis Indart, que a pesar de estar retirado por la ley Azaña, no dudó en salir a luchar por España en los momentos de peligro. También se unieron el teniente médico asimilado don Juan Yangüela, el teniente de complemento don Fernando Segú, los alfereces, también de complemento, don Fernando Vidal-Ribas, don Jorge Linati, don Joaquín Cano, don Joaquín Massana, don Francisco Francitorra, don Miguel Angel de Luna, don Félix Cameno y don Vicente García Lastra, y los brigadas don Joaquín Vilá Casagualda, don Enrique de Olano Barandiarán, don José Batlló Vidal-Ribas, don José M.^a Blanch Bertrand y don Juan Barceló Cisquer.

Estas fuerzas, que fueron ligeramente hostilizadas apenas desembocaron en la calle de Valencia, cumplieron, sin embargo, su objetivo con gran celeridad, batiendo con intrepidez a las fuerzas de Asalto y a algunos grupos armados que intentaron impedirles el acceso a la Plaza de la Universidad. Ya en ésta, se estableció el puesto de mando en el mismo edificio universitario, mientras se mantenían guardias en la entrada de todas las calles que confluyen a ella, y se despejaba totalmente la Ronda de la Universidad



Barricada levantada por el populacho en la calle del Hospital, de cara a la Rambla (Llano de la Boquería).



Después de la reñidísima contienda, acabada infotunadamente, la plebe inmunda se dedica al saqueo y a la «requisa».

para mantener contacto con las fuerzas de Infantería que actuaban en la Plaza de Cataluña.

Estas tropas tuvieron que sostener enconada batalla durante todo el día, pues por diversas veces, la Generalidad organizó contra ella densos grupos de guardias y paisanos, que siempre fracasaron en sus tentativas. En uno de estos intentos fué cuando murió al frente de su sección de ametralladores el teniente González Valls.

El capitán Indart, con sus paisanos y algunos soldados, practicó numerosas detenciones, entre ellas la del cabecilla sindicalista Angel Pestaña. Los detenidos fueron enviados, con escolta de soldados, al cuartel.

El levantado espíritu de estas fuerzas fué batido por la traición. Ya en otro lugar de este libro se cuenta cómo la Guardia civil, mandada por el coronel Escobar, las sorprendió, fingiéndose adicto, para dominarlas después por la fuerza.

* * *

Le correspondió al tercer escuadrón la tarea más difícil: someter al tumultuoso Paralelo, sede tradicional de todas las rebeldías. Las fuerzas marcharon al mando del capitán don Santos Villalón, con los tenientes don Juan Noailles, don Jacinto Burgos y don Modesto Palacios y los alféreces don Jesús Ortega, don Rafael Pinós Carrasco y don Antonio Ramírez Descárrega. Salió también con el escuadrón el capitán García Valenzuela, que, como miembro de la Junta que había dirigido la conspiración, tenía el encargo de servir de enlace entre la División y el Regimiento.

En el Paralelo, estas fuerzas tuvieron que luchar valerosamente contra nutrido grupo de guardias de Asalto y milicianos. Frente a la calle del Rosal, el capitán Villalón resultó gravemente herido en la cabeza, a pesar de lo cual, sus fuerzas consiguieron dominar totalmente aquellos agitados barrios, ocupando el Sindicato de la Madera, fuerte reducto anarquista que gozaba de fama terrorífica. Tres ametralladoras, instaladas, respectivamente, frente al Teatro Victoria, junto al cabaret «Moulin Rouge» y en la Brecha de San Pablo, tuvieron que ser empleadas a fondo para tener a raya al populacho.

Al resultar herido el capitán Villalón, asumió el mando de las fuerzas el capitán Valenzuela, magnífico ejemplo de gran soldado, que no sólo se portó con heroísmo espléndido, sino que consiguió contagiar su entusiasmo a todas las fuerzas a sus órdenes. Más tarde, al tener que marchar Valenzuela a la División acompañado del teniente Noailles, para recibir al general Goded, se encargó del mando de las fuerzas el capitán Darnell, otro bizarro militar que pertenecía al Cuerpo de Asalto y se unió al Ejército.

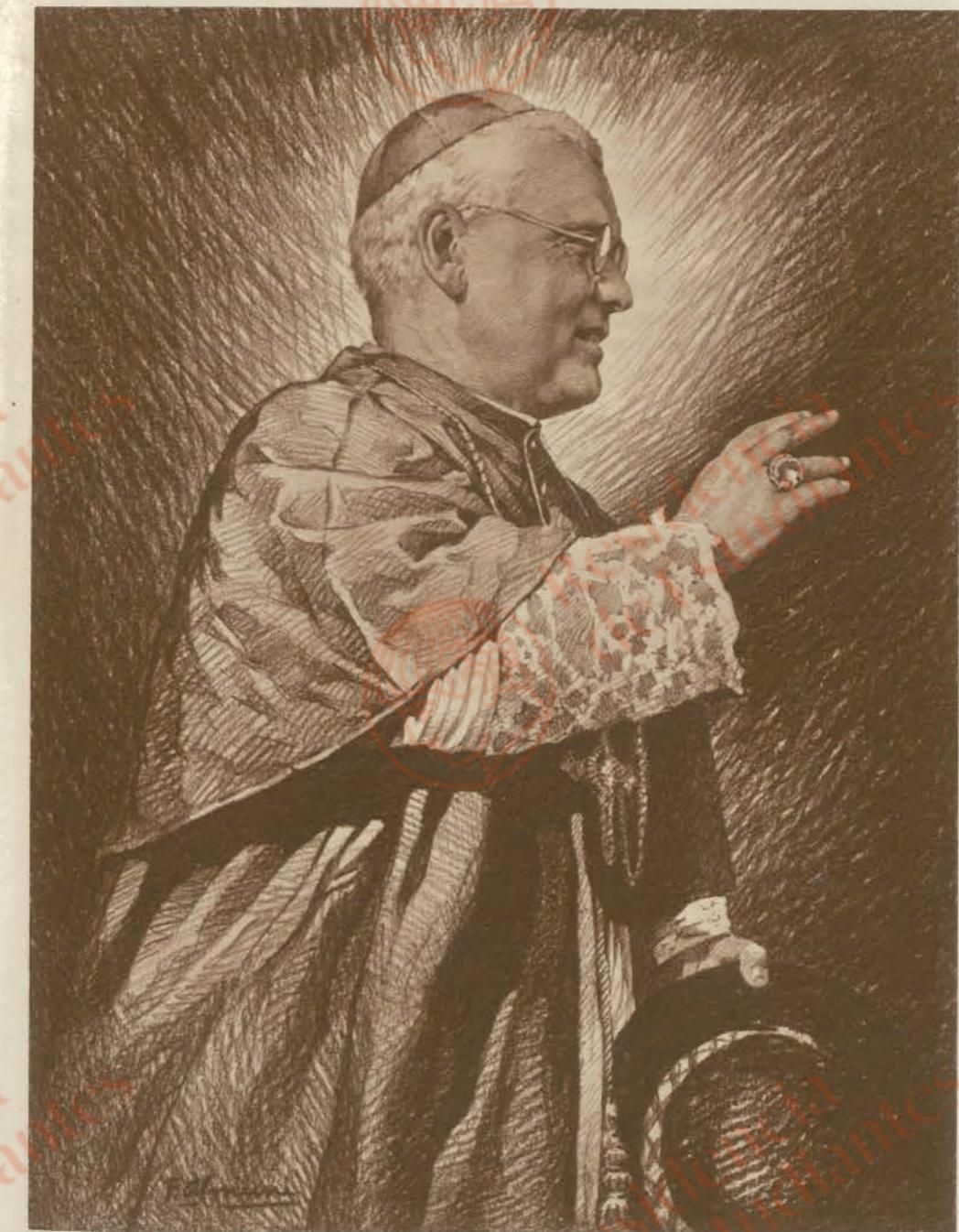
Darnell y las fuerzas de Montesa mantuvieron, a pesar de todo, las posiciones conquistadas durante casi todo el día, hasta ser materialmente desbordados por el populacho, que puede decirse que aniquiló al escuadrón.



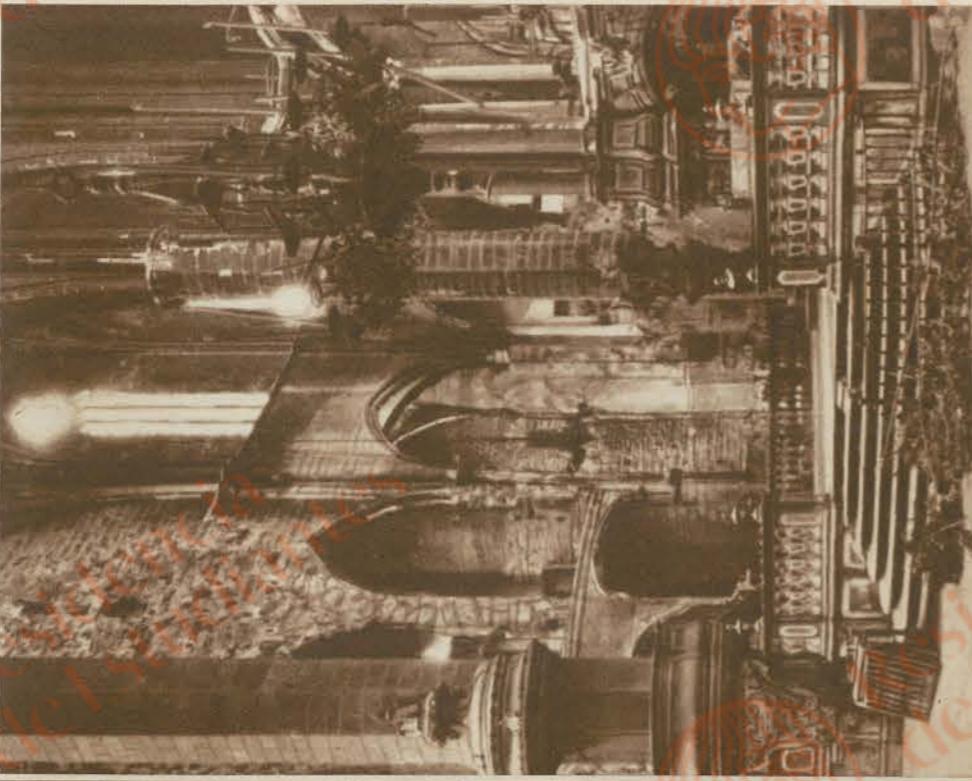
Pérez Farrás, el eterno traidor, capitaneando un grupo de milicianos.



En el balcón de la Consejería de Gobernación (antiguo Gobierno Civil) el Consejero José M. España, Aranguren, Díaz Sandino y otros siniestros personajes revolucionarios, celebran con demostraciones jubilosas el triunfo de la revolución roja.



EL OBISPO DE BARCELONA D. MANUEL IRURITA
inmolado por la revolución roja.



El presbiterio de la monumental basílica de Santa María del Mar, tal como quedó después del sacrilego incendio.



Las llamas causaron grandes estragos en la hermosa Basílica de Nuestra Señora del Pino.

VII. REGIMIENTO DE ARTILLERÍA DE MONTAÑA NÚM. I

En el cuartel de los Docks, de la Avenida de Icaria, se alojaba el núcleo principal de conspiradores del Arma, que acaudillaba el capitán López Varela. Este, el capitán Valero Ocaña y el comandante Fernández Unzué, estaban en contacto directo y permanente con todos los núcleos civiles y militares comprometidos en el Alzamiento. La temperatura pasional y el fervor patriótico, queda dicho con esto que eran extraordinarios en el cuartel de este Regimiento.

Durante el día 18 de julio se había dado por la radio la noticia de haber sido destituidos de sus mandos los capitanes López Varela, Sancho Contreras, Valero Ocaña y de la Guardia, y se exhortaba a los soldados a desobedecer a estos oficiales, pero en el cuartel nadie hizo el menor caso de tales exhortaciones, y la disciplina y el entusiasmo alcanzaban precisamente en aquellos momentos su punto culminante.

El mismo día, casi todo el 1.^o de Montaña estaba dispuesto a cumplir con su deber, echándose a la calle. El coronel del Regimiento, Serra Castells, era uno de los pocos que hacían un juego turbio. En realidad, no se sabía si estaba dispuesto a secundar el Movimiento o a estorbarlo. La oficialidad, a su vez, tenía prevista esta posibilidad, y aun con la oposición del coronel, caso de producirse, se encontraba dispuesta a actuar.

Serra se decidió a última hora por la inhibición. Con el pretexto de instruir unas diligencias judiciales que le había encargado el general Llano de la Encomienda, se pasó una gran parte del día fuera del cuartel, y por la noche, alegando cansancio, se marchó a su pabellón, haciéndose el desentendido ante la efervescencia que se advertía entre los oficiales y jefes. Antes de marchar llamó al comandante Fernández Unzué, que era el más antiguo de los jefes, y le hizo algunas recomendaciones formularias. Finalmente, le dijo :

— Bien: usted se queda encargado del cuartel.

Sin embargo, el coronel no dejó de presentarse de vez en cuando en el cuartel, yendo con frecuencia de éste a su pabellón, aunque de hecho se inhibió de toda función.

* * *

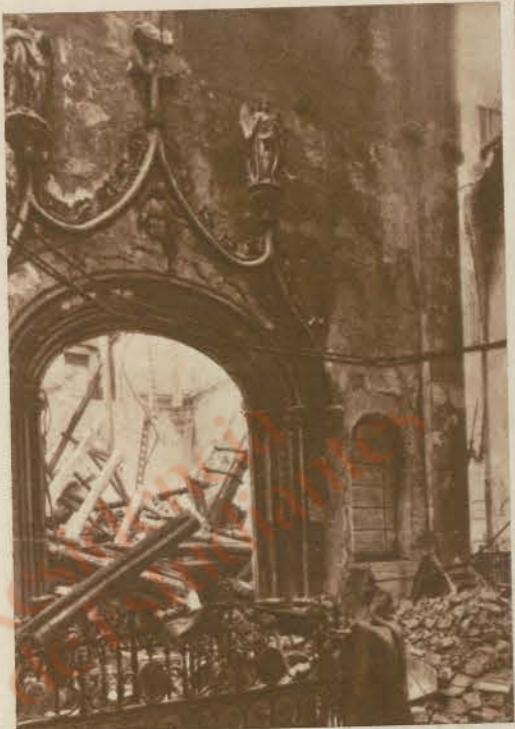
La noche pasó en sobresaltada y a la vez impaciente agitación. El capitán López Varela había recibido el día antes un telegrama del general Mola en la que éste le decía: «Mañana recibirá cinco resmas de papel.» Palabras que eran la contraseña convenida para indicar el día y la hora en que debía alzarse la guarnición de Cataluña. No era, por consiguiente, posible demorar ni en una hora el momento de obrar. Cuando se inició el alba, comenzaron a hacerse



Otro aspecto de la destrucción de la iglesia de Belén.



La iglesia de Belén, bello ejemplar de arte barroco, después de destruida por la horda roja.



Estragos sufridos por la iglesia de San Jaime.



Aspecto de la iglesia de la Concepción, por la parte de los claustros.



Un aspecto de los enormes daños causados por el incendio en la soberbia basílica de Nuestra Señora de la Merced, patrona de la Ciudad.



Efectos del incendio en la iglesia de Santa Ana, que con posterioridad a los sucesos fué totalmente arrasada.

VIII. REGIMIENTO DE ARTILLERÍA LIGERA NÚM. 7

La participación del 7.^º Ligero de Artillería (cuartel de San Andrés, enclavado en la popular barriada de este nombre) fué muy importante y una de las más heroicas y resueltas.

El capitán López Varela llamó a media tarde del día 18 de julio al capitán Reinlein, uno de los oficiales más antiguos del Regimiento y de los que tenían más ascendiente sobre el coronel de la unidad, y le expuso esencialmente la situación. Unas horas más tarde, dijo López Varela, toda la guarnición de Barcelona iba a echarse a la calle contra el Gobierno del Frente Popular, sumándose al Alzamiento ya iniciado en Sevilla y en las plazas de África, y era necesario, añadió, que el 7.^º Ligero participase en el Movimiento. La gestión de López Varela tenía por objeto convencer a Reinlein, al que, por tener antecedentes republicanos, no se había consultado en las gestiones preliminares. El capitán Reinlein, al saber la unanimidad con que el Ejército se lanzaba a la empresa, ofreció su ayuda incondicional.

Casi al mismo tiempo que se realizaba esta gestión, le era enviado al capitán Montesinos, enlace del Regimiento con la Junta Divisionaria, un pliego cerrado contenido las instrucciones y órdenes a que había de ajustarse el Regimiento para su participación en la empresa común.

A las diez de la noche, el coronel Llanas Quintilla, ya de antiguo adicto al Movimiento, reunió a los jefes y capitanes y les expuso la situación. Por unanimidad se acordó participar con todo entusiasmo en el Alzamiento. Cuando hubo conocido la opinión de todos, el coronel dijo, dirigiéndose a sus subalternos:

—Está bien. Yo iré con ustedes hasta donde sea preciso.

Y cumplió, en efecto, su promesa. El coronel Llanas Quintilla, no sólo supo luchar, sino morir también como un verdadero héroe y un gran patriota.

A las cuatro y media de la mañana se presentó en el cuartel el comandante general de Artillería, general don Justo de Legorburu, el cual era un animador entusiasta de la conspiración, a pesar de que desconfiaba del éxito en Barcelona. Además, en cuanto se tomó la resolución de intervenir en el Alzamiento, el coronel tuvo la delicadeza de comunicárselo al general, que tenía su residencia en un pabellón muy próximo al cuartel.

El general Legorburu y el coronel Llanas cambiaron impresiones, acordando el plan a que había de ajustarse la intervención del Regimiento, y este acuerdo absoluto lo mantuvieron a lo largo de toda aquella trágica e infortunada jornada.

A consecuencia del incidente en que intervino el capitán Reinlein, que se relata en otro lugar, se desistió de realizar con ellos acto ofensivo alguno, ordenando la superioridad que se utilizasen sus servicios en la defensa del cuartel de Artillería, ya que la casi totalidad de los artilleros del 7.º Ligero eran necesarios para organizar las baterías que tenían que salir, y en el edificio del Parque.

Se portaron heroicamente en este empeño. Con verdadero arrojo defendieron el Parque y el cuartel de las acometidas de las turbas armadas y de los ataques de los aviones del siniestro Sandino, que durante todo el día estuvieron bombardeando los dos edificios, obligando a los aparatos a volar cada vez más alto, y teniendo a raya a las patrullas revolucionarias. El pequeño grupo de oficiales los dirigía y alentaba con ánimo esforzado.

— Hay que resistir — les decían los oficiales.

Y ellos, con magnífico valor, contestaban a las descargas del enemigo. En varias ocasiones, pequeños grupos de paisanos, con sus correspondientes jefes de escuadra, y siempre mandados por algún oficial, salieron fuera del cuartel para contener ataques más audaces.

Esta situación se prolongó durante todo el día, pero cada vez era más difícil, por el crecimiento constante de las hordas de adversarios. Además, se hacía imposible custodiar con tan escasa gente los enormes edificios, con sus talleres, sus almacenes de material y municiones, sus amplias naves, sus pabellones.

De otra parte, las noticias que llegaban eran cada vez más desalentadoras. De todos los soldados que salieron por la mañana con las baterías de los capitanes Montesinos y Dasi, sólo dos o tres habían regresado, llevando al cuartel el natural desánimo.

Se aguantó, sin embargo, hasta las primeras horas de la noche, siempre en constante pelea y sobresalto ante la avalancha arrolladora de los sitiadores, y cuando se vió que era inútil proseguir la resistencia, que no podía ser ya más que un sacrificio estéril, el general Legorburu decidió evacuar el Parque para que diese la impresión de absoluta normalidad, ya que, como establecimiento militar, no disponía de fuerzas. A este efecto, relevó de su compromiso a los paisanos, facilitándoles la fuga, y, finalmente, comisionó a uno de los jefes para que tratase con la Guardia civil de San Andrés la entrega de los edificios.

Después de cambiar de traje los paisanos y dejar sus fusiles, fueron saliendo en pequeños grupos, favorecidos por la media luz del crepúsculo. Muchos de ellos consiguieron escapar del cerco para prestar luego eminentes servicios a favor de la causa nacional en la retaguardia roja o en los frentes de combate, sumados al Ejército español. Pero algunos, perseguidos por la fatalidad, cayeron en manos del populacho, siendo allí mismo asesinados.

Cuando se juzgó que todo estaba ya perdido, los jefes y oficiales cambiaron impresiones para decidir lo que debía hacerse. Un grupo, con el teniente coronel Daza, se decidió por ganar la frontera ocupando un automóvil. Algu-



Campanas y otros objetos metálicos de los templos, dispuestos para ser fundidos.



La sólida y antigua iglesia de Santa Mónica también sucumbió ante las hordas revolucionarias.



La iglesia de la Bonanova y la casa rectoral que, después de incendiadas por las turbas, fueron más tarde demolidas por orden del Ayuntamiento rojo.



Una de las momias desenterradas por las turbas en el convento de las Salesas.

Parque de Artillería

69

nos otros oficiales, bien porque se decidieran por quedarse, o bien por encontrarse en aquellos momentos aislados de sus compañeros, no lo hicieron.

El coche de los fugitivos partió después de las ocho de la noche. Iban en él el teniente coronel Daza Fernández, el comandante Hernández Fernández, el capitán Puig Iriarte, los tenientes De Blas, Salmones y Barrera. Abriendose paso a tiros, consiguieron escapar de los grupos que sitiaban el cuartel, alcanzando la carretera, pero cuando ya parecía haber pasado la zona más peligrosa, próximos al pueblo de Moncada, se vieron en la imposibilidad de seguir adelante. El automóvil tuvo que detenerse, y en un momento se vió rodeado por centenares de forajidos que se apoderaron de los fugitivos, conduciéndolos a un despoblado próximo, donde procedieron a fusilarlos. Sólo el teniente Barrera Campos, en un arranque de audacia desesperada, emprendió la fuga a campo traviesa, consiguiendo escapar, y aunque los criminales le persiguieron con verdadera saña, dando continuas batidas en su busca, logró despistarles, y después de muchas fatigosas jornadas y de ocultarse durante algún tiempo, ganar la frontera y pasar luego a la zona nacional.

El capitán García González salió del cuartel sobre las diez de la noche, trasladándose a Barcelona, en donde estuvo oculto unos meses, pasando después también a la otra zona, para sumarse al Ejército.

El comandante Rivera Lora y el Maestro de Fábrica señor Madera, que se quedaron en sus pabellones, fueron aprisionados por los rojos y fusilados algunos días después. El alférez Roselló y el auxiliar Blanco (Cecilio), condenados a muerte y después conmutados a treinta años, tuvieron que sufrir duro cautiverio.

defendían de cualquier sorpresa el Palacio de Dependencias Militares por la parte que daba a la Puerta de la Paz.

Los primeros grupos armados que intentaron acercarse fueron repelidos por un fuego nutritivo, y al ver que había allí gente dispuesta a defenderse, la chusma se alejó a prudente distancia.

Sobre las ocho de la mañana se oyó llamar fuertemente en la puerta del patio. Dieron el alto, viendo que era el teniente Colubi que, al escaparse de las hordas, iba a buscar allí refugio.

El teniente Calderó dió cuenta a Colubi de las disposiciones que había adoptado, y como él sólo era oficial de Oficinas Militares, y el recién llegado pertenecía a una Arma combatiente, le hizo entrega del mando de las fuerzas.

Colubi inspeccionó el edificio. La primera contrariedad fué ver que sólo se contaba con menos de dos cajas de municiones, más la dotación de los soldados, lo que resultaba insuficiente si había que mantener una lucha demasiado viva. Por otra parte, el número de soldados de que disponía era excesivamente corto para defender un edificio de tan vastas proporciones. De momento, quedaron cubiertos todos los lugares estratégicos, pero si la lucha se prolongaba y se producían bajas o la fatiga rendía a los soldados, no tenía con quienes sustituirlos. La situación, sin embargo, no era para meditar, sino para actuar. Colubi reunió su tropa y les dictó sus órdenes desesperadas. Había que resistir a todo trance. La vieja Maestranza, solar clásico de la Artillería, no podía caer en manos de los enemigos de la Patria.

Los soldados contestaron con vivas a España y al Ejército, reveladores del alto espíritu y la vigorosa moral que los animaba. Sin embargo, Colubi no se hacía muchas ilusiones. Era muy poca la gente de que disponía para una defensa energética y tal vez prolongada, como la que parecía iba a ser necesaria.

Por fortuna, el azar vino en su ayuda. A eso de las nueve y media de la mañana pasó frente a Atarazanas la compañía del 4.^º de Zapadores, que iba a cooperar a la defensa de Dependencias Militares. Colubi vió al teniente Espada, que mandaba una sección, y lo llamó a voces:

— Espada, Espada.

Se aproximó el teniente de Ingenieros.

— ¿A dónde vais?

— Aquí mismo, a Dependencias. ¿Qué pasa?

Colubi explicó a Espada lo que acababa de ocurrir.

— Necesito — agregó — un pequeño refuerzo. Con una veintena de hombres, que es todo lo que tengo, no hay manera de defender un caserón tan grande.

— Pues ven con nosotros y pídelo al capitán.

— En seguida voy.

Pasó Colubi a Dependencias Militares, y allí cambió impresiones con el capitán Brusés, que mandaba la compañía de Ingenieros.

— ¿Cuántos hombres necesitas? — preguntó el capitán a Colubi.

— Quince o veinte.



Macabra exhibición de las momias desenterradas que la horda asesina hizo en plena calle.



Con curiosidad maliciosa y nauseabunda, la plebe de Barcelona desfiló durante varios días por el Convento de las Salesas, para ver el macabro espectáculo de las momias profanadas.

Atarazanas y Dependencias Militares

77

— Bien.

Dió orden Brusés de que una sección de dieciocho soldados, al mando del sargento Esteban Arroyuelos, se trasladase al caserón de Atarazanas.

— Adiós, mucha suerte.

— Igual os deseo.

Se despidieron los dos bravos oficiales que tan heroicamente habían de comportarse. Al salir, Colubi dió un abrazo al teniente Espada, del que era viejo amigo.

* * *

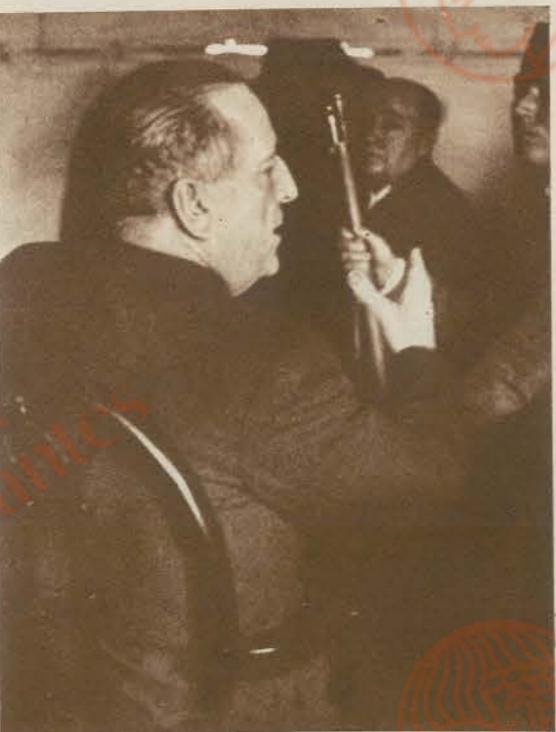
En el edificio de Dependencias Militares (antiguo Gobierno Militar) se desarrollaba una acción paralela a la del cuartel de Atarazanas. Desde las últimas horas de la tarde del día 18 se habían congregado en el edificio gran número de los jefes y oficiales que tenían su destino en aquellas dependencias, más algunos compañeros que espontáneamente quisieron sumárseles. Se sabía ya con certidumbre que el Alzamiento había de empezar aquella madrugada, y todos acudieron como un solo hombre para cumplir con su deber en la eventualidad que se avecinaba. Se encontraban allí el comandante de Caballería, juez permanente de Causas, don José Urrutia; el capitán don Jesús Martínez Lage, miembro adjunto de la Junta Superior del Alzamiento y vocal de la Divisionaria; el comandante de Infantería, juez permanente de Causas, don Enrique Bibiano; el comandante Jurídico don Enrique de Querol; el capitán don Ramón Mola Vidal, hermano del general, que acababa de regresar de Pamplona, de donde trajo instrucciones concretas de su hermano; el teniente coronel, jefe de la Caja de Recluta, don Julio Segura; el comandante de Sanidad don Julio Villarrubias, el comandante de Intendencia don Rodolfo Gabarrón, el comandante de Caballería don Julio Romero Mazariego, el teniente coronel de Ingenieros, jefe de la Comisión de Movilización de Industrias Civiles, don José Combelles, y el teniente coronel veterinario don Angel Valmaseda. También fueron llegando durante las primeras horas de la noche y madrugada el comandante jefe del Centro de Movilización, don Francisco Serra Amoedo; el capitán de Caballería don José Gavilanes; los capitanes de Intendencia don Carlos Aguado Cabezas, don Salvador Vidal Perrino y don Gabriel Carcaño Mas; el teniente de la misma arma, don Lino Rioseras; los capitanes de Oficinas Militares don Angel Pradas Julve y don Angel Gracia; el teniente coronel retirado de Carabineros, don Ramón Blasco; el teniente de Farmacia señor Piña, el teniente coronel de Infantería, juez permanente de Causas, don Guillermo Cabestany, y el alférez de Infantería don Sebastián Virgili. Prestando leales servicios a sus jefes se encontraban los brigadas Alejo Sáiz, Luis Botella y Constancio Rodríguez, y los sargentos Antonio Gálvez, Manuel de la Varga, Vicente Marco y José Calavera, más el conserje del edificio, que era el guardia civil retirado Gregorio Alcalde, y una treintena de individuos, entre cabos, escribientes y ordenanzas.



Los generales Goded y Fernández Burriel ante el tribunal que los condenó a muerte.



Tribunal militar que juzgó al general Goded.
Sentado junto al estrado, en primer término, el general Aranguren.



El general Llano de la Encomienda declarando contra el general Goded.

XII. LA AERONÁUTICA NAVAL

En Barcelona existían dos importantes grupos de aviación militar: el del Prat de Llobregat, perteneciente al Ejército, y la Base Aeronaval, formado por los talleres y Escuela de Aeronáutica.

En el grupo militar del Prat, mandado por el teniente coronel Díaz Sandino, se había reunido, junto con algunos excelentes patriotas, un cierto número de militares titulados republicanos, hez nauseabunda de la profesión castrense. Por contra, en la Base Aeronaval y en la Escuela de Aeronáutica, mandadas, respectivamente, por los capitanes de Corbeta don Antonio Núñez y don Juan Díaz Domínguez, todos los oficiales, sin más excepción que la de algunos que procedían de los cuerpos auxiliares, estaban identificados y unidos en el mismo ideal patriótico. Por este motivo, mientras la Base del Prat influyó desde el primer instante como factor poderoso en favor de la revolución roja, la Aeronáutica fué — una vez fracasado el Alzamiento en Barcelona — una de las principales víctimas.

La víspera del Alzamiento se adoptaron las precauciones propias del trance que se aproximaba, dando orden el oficial don José Barrera de que se establecieron varias ametralladoras en torno a la Base. Para aumentar las condiciones defensivas de ésta, se acercaron a ella unos vagones, que fueron arrastrados desde el muelle próximo y se montaron parapetos con sacos terreros y cajones vacíos. Todos los oficiales, sin excepción alguna, estaban concentrados en espera de los acontecimientos. En general, la situación era de inquietud, pues la mayor parte de los oficiales del cuerpo auxiliar, los suboficiales, clases y algunos marineros, eran gente que no despertaban ninguna confianza en sus jefes, y se temía de ellos una desfacción.¹

En situación de espera, oyéndose a lo lejos algunos disparos, transcurrieron las primeras horas de la mañana. Unos grupos de paisanos que intentaron aproximarse a la base fueron dispersados con disparos al aire.

Sobre las diez y media u once de la mañana llegó a la Aeronáutica un

1. El entusiasmo republicano y revolucionario de las clases y cuerpo auxiliar tenía una cierta justificación en el trato de verdadero privilegio que se les venía dando desde el advenimiento de la República.

Deseando los primates del régimen demoler todo lo que representase un sentido de orden y jerarquía, habían adoptado este sistema para llevar la discordia a las diversas instituciones de la Armada. Resultaba de este injusto régimen, que mientras los oficiales del Cuerpo General, marinos que habían cursado su carrera mediante muchos años de estudios, ascendían lentamente, con arreglo a un escalafón rigurosísimo, los elementos auxiliares — un maquinista o un torpedista, por ejemplo — avanzaban más rápidamente y eran mejor considerados por el Estado, que tenía para ellos todo género de complacencias.

ya que dentro de la Comandancia sólo estaban armados los encargados de la vigilancia del edificio, gente toda ella de absoluta confianza. En vista de esta actitud, no hubo otro remedio que entregar las armas a muchos carabineros.

Cercana la noche, fracasado totalmente el Movimiento, y ante la creciente agitación de cierto número de carabineros y de las audacias del populacho, que empezaba a fraternizar con ellos, los jefes y oficiales abandonaron la Comandancia, no sin antes tomar la precaución de quitar los cerrojos de los fusiles, mandándolos fuera del edificio.

Punto negro en la actuación del Cuerpo en aquellos momentos fué el capitán Soro, el cual, con su compañía, que se encontraba de servicio en el muelle, actuó decididamente contra el Ejército, hostilizando el paso de las tropas por aquel sector y siendo de los que atacaron con más saña el Parque de Atarazanas y el edificio de Dependencias Militares.

En el plan del Alzamiento se había asignado a los carabineros un servicio que no pudieron cumplir, pues debían de haberlo puesto en práctica una vez conseguido el dominio de la ciudad. Era vigilar y proteger los depósitos de agua contra cualquier intentona marxista. Se sabía que, en el caso de ser éstos derrotados, proyectaban cometer grandes sabotajes contra los servicios públicos.

* * *

Desbordada la revolución e insurrecionada en su mayor parte la tropa de carabineros, que fué de las que primeramente organizaron en Barcelona el Comité de Obreros y Soldados, previsto en las normas comunistas, numerosos jefes y oficiales fueron asesinados por el rencor de los que hasta entonces habían sido sus subordinados.

La lista de los asesinados en Barcelona es la siguiente:

Comandante don Miguel García Jiménez, el cual ejercía el cargo de jefe del Detall; capitanes don Jesús Torralba y don Francisco Bernabeu Agost, que mandaban, respectivamente, las compañías de Badalona y Sitges; teniente don Luis Benlliure Navas, que mandaba la compañía de Cornellá.



El titulado consejo de guerra que, presidido por el general Cardenal, juzgó y condenó a muerte al comandante López Amor y a los capitanes López Varela, Lizcano de la Rosa y López Belda.



Los gloriosos procesados ante el tribunal. El capitán López Varela, herido durante la refriega, tuvo que ser trasladado al consejo en la camilla que aparece ante el mismo.

Momento de declarar el comandante López Amor.



El laureado capitán Lizcano de la Rosa deponiendo ante el consejo de guerra.



A bordo del buque prisión «Uruguay». El capitán Dasi Hernández (1) y el coronel Llanas Quintilla (2) dirigiéndose a la cámara en que fueron juzgados y condenados a muerte por el Tribunal Popular, primer «juicio» celebrado en Barcelona por este organismo revolucionario.

XV. EN EL CASTILLO DE MONTJUICH

En la medida de sus posibilidades, las fuerzas destacadas en el Castillo de Montjuich se sumaron al Movimiento e intentaron colaborar con él, siguiendo las instrucciones del capitán Maeztu, que era el vocal que representaba al Regimiento de Alcántara en la Junta Divisionaria. Las citadas fuerzas se componían, exclusivamente, de una compañía de dicha unidad, a la que, por turno, había correspondido dar la guardia aquél mes. La mandaba el capitán don Antonio de Ibarra Montis y los tenientes don Aurelio Barros y don Amancio Gaona.

Al despuntar el día, tan pronto como desde Montjuich se percibieron los primeros atisbos de que el Alzamiento comenzaba, el capitán Ibarra y el teniente Barros decidieron entrar en acción. Buscaron al comandante del Castillo, Gil Cabrera, y el capitán Ibarra le dijo:

— Mi comandante, tengo que comunicarle que desde este momento nos consideramos sublevados. Nuestro deber es unirnos en espíritu con nuestros compañeros.

Después de unos momentos de vacilación, en actitud conciliatoria, Gil Cabrera se limitó a replicar:

— Bien. No tengo nada que objetar; yo resingo el mando en ustedes y les deseo mucha suerte.

Y a continuación el comandante se retiró a sus habitaciones.

Posteriormente, Gil Cabrera siguió observando la actitud de un elemento adicto, si bien después del fracaso del Movimiento, se encargó nuevamente del mando del Castillo.

Otros oficiales que prestaban distintos servicios en Montjuich, al informarles de lo que ocurría, se sumaron también a sus compañeros, distinguiéndose entre ellos el teniente ayudante don Pedro Rivero.

El capitán Ibarra y el teniente Barros, obrando de acuerdo con las órdenes recibidas, pusieron en libertad a los cuatro presos políticos, todos ellos militares, que había en la fortaleza.

Como las fuerzas disponibles no permitían acción ofensiva alguna, se decidió permanecer a la defensiva, salvo que desde el Regimiento de Alcántara, con el que estaban en contacto por teléfono, se les diese orden contraria. Pero la pérdida de la comunicación telefónica, ocurrida a primera hora de la mañana, sumió a los alzados de Montjuich en la mayor incertidumbre. Se pasaron así algunas horas, hasta que poco antes de media tarde, el capitán Ibarra decidió que el teniente Barros, con un grupo de quince soldados, al que se agregó espontáneamente el sargento llavero del Castillo, Francisco García, bajasen a la ciudad para enterarse del estado de la situación.

No debe olvidarse tampoco en esta rápida enumeración de causas la nefasta influencia que ejercía sobre el Instituto el inspector general del mismo, general Pozas (Sebastián), masón y personaje de la más reprobable conducta, cuya actuación venía siendo la de apartar a la Guardia civil de sus nobles y tradicionales virtudes.

El general Aranguren, que ejercía el cargo de Inspector jefe de la 4.^a Zona (Cataluña), se hallaba de perfecto acuerdo con la Generalidad, de la cual dependía en virtud del traspaso a ésta de los servicios de Orden Público. Entre el general y el Consejero de Gobernación, José María España, se había llegado a una inteligencia, en la que entraba también el general Llano de la Encomienda, para hacer fracasar toda tentativa del Ejército contra el Frente Popular y el «Gobierno» que le representaba en el Poder.

Consecuente con estos compromisos, el general Aranguren convocó el día 17 de julio, en su despacho del cuartel de Ausias March, una reunión de jefes, a la que asistieron los coronel Escobar y Brotóns — el primero, jefe del 19 Tercio, que se encontraba concentrado en la capital, y el segundo, del 3.^r Tercio, del cual sólo había una pequeña parte en Barcelona — y los tenientes coronel Moreno Suero, Lara y Aliaga, jefes de la 1.^a y 2.^a Compañías de la de Barcelona, respectivamente. Aranguren les habló de las inquietudes latentes en la guarnición, y les dijo que, de acuerdo con el general Llano de la Encomienda y con el Consejero de Gobernación, tenía que manifestarles que en el caso — que parecía inmediato — de una sublevación militar, la Guardia civil debía permanecer fiel a la República y al Gobierno y dispuesta a reprimir todo movimiento contrario.

El coronel Brotóns tomó la palabra y dijo que fuese cual fuese la actitud a adoptar por la Guardia civil ante las contingencias inminentes, entendía que había que proceder con claridad y decisión, esto es, sin ambigüedades ni medias tintas. Por su parte, consideraba que la conducta que correspondía observar era, como había dicho el general, la de la adhesión al «Gobierno» de Madrid y al de Cataluña.

Los restantes jefes asistieron a estas manifestaciones, y allí quedó resuelto que se haría frente al Ejército, en caso de que éste se alzase, y se apoyaría decididamente al «Gobierno» constituido.

Se estudió entonces el modo de llevar a la práctica estos acuerdos, puesto que a los reunidos no se les ocultaba que, de comandante para abajo, salvo escasas excepciones — destacándose entre éstas el comandante Emilio Escobar Udaondo, primate de los militares indeseables agrupados en la Unión Militar Republicana —, todo el mundo se hallaba, en la Guardia civil de Barcelona, contra el Gobierno y de acuerdo con sus compañeros de armas para el momento en que fuese necesario actuar.

En la noche del día 17, el general Aranguren, con su ayudante comandante



Presidencia del entierro de dos oficiales de Asalto al servicio de la Generalidad, en los primeros días de la revolución.



El día 20 de julio, la espesa humareda originada por los incendios de los templos daba a Barcelona un aspecto sombrío.
En la Avenida de la Puerta del Ángel, el humo hacía imposible la visibilidad en pleno día.



Parte de los muebles del Palacio Episcopal que fueron destrozados y quemados en los primeros días de la revolución.



Momentos en que los milicianos lanzaban a la calle los muebles del canónigo Doctor Huguet, que tenía su residencia en la Plaza de San Jaime.



Los muebles del canónigo Huguet y los del reverendo Baldelló, con los que los marxistas forman una enorme hoguera.

La Guardia civil

101

Espinosa Ortiz, y el coronel Brotons, se instalaron en el edificio de la Consejería de Gobernación, donde les había sido preparado alojamiento, mientras el coronel Escobar, como jefe inmediato de todas las fuerzas, continuó instalado en su despacho de la Subinspección, en el cuartel de Consejo de Ciento.

Durante todo el día 18 fué incesante el ajetreo en los cuarteles de la Guardia civil. Aquella noche, la tan sospechada como inoportuna concentración quedó efectuada. Ante el temor de que el espíritu de las fuerzas y la oficialidad flaquease, los tenientes coroneles Lara y Moreno Suero y comandante Escobar Udaondo desarrollaron gran actividad, poniendo en juego todos los procedimientos de captación, desde la promesa a la amenaza.

Hacia la madrugada se supo que el Ejército comenzaba a salir de sus cuarteles. La noticia aumentó la nerviosidad que existía entre los oficiales y la tropa de la Guardia civil. La actitud del coronel Escobar, manifestamente ambigua, hacía que la desorientación creciese. En el cuartel de Ausias March, a donde se trasladó el coronel Escobar hacia las tres de la madrugada del domingo, y ante las fuerzas formadas en el patio, el coronel pronunció una alocución invocando el primer artículo de la cartilla del Instituto. Esta alusión al honor del Cuerpo no aclaraba nada, o aclaraba, en todo caso, demasiado, ya que por el propio honor del uniforme y la gloria de la Institución, la oficialidad de la Guardia civil entendía que su puesto no podía estar en otra parte que luchando al lado del Ejército, alzado en pie de guerra contra un Gobierno de asesinos y facinerosos. Pero el significado que, por lo visto, daba el coronel a su invocación no era éste sino muy distinto. La sospecha de que fuese así, sobre incrementar la excitación y el disgusto, inmovilizaba a las fuerzas, asaltadas por las más contradictorias sensaciones.

Para aclarar equívocos, algunos capitanes manifestaron al coronel que ellos no estaban dispuestos a luchar contra el Ejército. Escobar, después de tranquilizarles con unas frases vagas, les dijo:

— Tengan ustedes paciencia, que todo se desarrollará favorablemente.

La misma inquietud mostraba la inmensa mayoría de los guardias, los cuales en aquellos momentos tenían un espíritu muy levantado y creían que la misión de ellos era colaborar al Alzamiento. De tal modo era esto así, que una hora más tarde, muchos guardias aplaudían con entusiasmo a un grupo de tropas de Artillería, a su paso por las calles de Roger de Flor y Ausias March.

Poco después, Escobar marchó al cuartel de la calle del Consejo de Ciento. En éste, el ambiente era de igual confusión. Se oían ya lejanamente algunos disparos, que anuncian que la lucha empezaba en las calles.

Escobar conferenció por teléfono con Aranguren, el cual le dió orden de que, sin pérdida de tiempo, enviase un escuadrón y dos camionetas con infantería, para cortar el paso a las tropas del Regimiento de Caballería de Santiago, de las que se acababa de saber que habían salido de su cuartel, pie a tierra y avanzaban hacia el interior de la ciudad.

de Cartagena (José) y Riera (Nicasio). Los dos últimos, por el tiempo que llevaban en Asalto, conocían a fondo a toda la oficialidad. En esta reunión se llegó a convenir que los oficiales de Seguridad y Asalto firmasen un acta en virtud de la cual se comprometían, bajo palabra de honor, a observar las tres condiciones siguientes:

- 1.^a No hacer armas contra el Ejército.
- 2.^a Sostener el orden público a toda costa.
- 3.^a Ponerse a disposición del general designado para dirigir el Movimiento una vez declarado el estado de guerra.

Durante los meses de marzo y abril, esta acta fué suscrita por sesenta y un oficiales, que constituyan el 90 por 100 de los que prestaban servicio en Barcelona. Y aunque los jefes no fueron invitados a suscribirla, se dió conocimiento de ella al comandante Marzo, con quien los conspiradores se hallaban en contacto directo.

Este estado de ánimo de la oficialidad de Barcelona no pasó desapercibido al «Gobierno» del Frente Popular que asaltó el Poder en las elecciones de febrero. Una de las principales actividades fué la de sustituir a toda prisa aquella oficialidad por la hez de los indeseables del Ejército, en su mayor parte expedientados por los sucesos revolucionarios del año 1934 u otras fechorías análogas, cuando no por reprobables actos de conducta privada. Se incrementaron estas sustituciones, especialmente en la última época, durante la cual fué Ministro de la Gobernación Juan Moles, masón conocido. La situación llegó a ser tan grave en este aspecto, que a mediados de junio sólo quedaban en Barcelona doce de los sesenta y un firmantes del acta mencionada, circunstancia alarmante que obligó al capitán López Varela a marchar a Pamplona para informar al general Mola de tal contrariedad.

Todavía hasta llegar a la fecha del Alzamiento se produjeron otras destituciones y el traslado del comandante Marzo a Zaragoza, hechos todos ellos que hicieron perder totalmente la esperanza de una colaboración de estos valiosos elementos.

La actuación de estas fuerzas en los días trágicos del 19 y 20 de julio queda ya reflejada en los relatos anteriores. El jefe que las mandaba, comandante Alberto Arrando, se puso incondicionalmente a las órdenes de la Generalidad, colaborando con ésta en la lucha contra el Ejército desde el primer instante, y así se llegó al caso bochornoso de ver a las fuerzas de Seguridad y Asalto mezcladas con los horrendos grupos de populacho armado, formados especialmente por los atracadores y asesinos de la F.A.I. y los separatistas de Estat Catalá.

Para explicar la actuación del personal subalterno, que también en gran mayoría se mostró de modo espontáneo contrario al Alzamiento Nacional, es interesante advertir que procedía en gran parte de las reclutas realizadas el año 1933 por la Generalidad, cuando pasaron a su poder los servicios de Orden Público. Estos guardias, pertenecientes en su mayoría a la Esquerra, Estat Catalá, y aun al Bloque Obrero y Campesino, fueron expulsados del



Un grupo de pistoleros en el momento de detener frente al Teatro Barcelona, en la Rambla de Cataluña, al hijo del general Moscardó (x), José Moscardó Guzmán, que en unión de otros jóvenes militares fué sorprendido en Barcelona por los acontecimientos cuando se disponían a marchar a la Olimpiada de Berlín para tomar parte en los concursos hípicos.



Un grupo de indeseables extranjeros llegado a Barcelona el 18 de julio con el pretexto de la Olimpiada Popular.



Una casa consignataria de varias compañías marítimas italianas, después de saqueada por las turbas.



Un grupo de extranjeros que, huyendo de los horrores de la revolución soviética, se dirige al puerto para embarcar.

Factores adversos

109

Cuerpo o trasladados a raíz de la revolución de octubre, pero después de la amnistía votada el 20 de febrero por la Diputación permanente de las Cortes, todos habían sido reintegrados a la plantilla de Barcelona, donde ejercían una influencia coactiva sobre los otros guardias que procedían del escalafón general del Estado. Esto explica la masa sumisa que fué, con pocas excepciones, el personal subalterno del Cuerpo de Asalto para los mandatos de los indeseables oficiales, que lo llevaron en aquel trance supremo al oprobio y al deshonor.

No todo fueron traiciones en el pequeño grupo de oficiales de Asalto que quedaban en servicio. Merecen citarse como excepción honrosa los nombres del capitán don Pedro Valdés y los tenientes don Conrado Romero Monreal y don Manuel Villanueva de la Pradilla. Los tres eran firmantes del acta de compromiso suscrita por la oficialidad de Asalto. Al producirse el Alzamiento, su propósito y su misión era la de unirse al Ejército en la Diagonal y Paseo de Gracia, con la Compañía 6.^a de Servicios Locales, que mandaban, pero denunciados a tiempo por el teniente de la misma compañía, Martínez, fueron detenidos por los elementos rojos, lo que les impidió cumplir su compromiso.

Otro hecho digno, no sólo de mención, sino de la alabanza más entusiasta, fué el del capitán Darnell, que estaba, desde hacía unos días, encargado de la habilitación del Cuerpo. Aunque no le correspondía prestar servicio de armas, el capitán Darnell se presentó en la 3.^a Compañía, que había mandado hasta hacia poco, y se encargó de su jefatura. Seguidamente, con el teniente San Miguel (Julio) y su grupo de guardias, salió a la calle para sumarse al Ejército, actuando conjuntamente con las fuerzas de Caballería del Regimiento de Montesa en el Paralelo y Brecha de San Pablo. Ambos quedaron heridos en la refriega. El capitán Darnell fué pocos días más tarde asesinado por los rojos.

El capitán don Juan Ruiz de Almirón, que pertenecía al grupo n.^o 15 de Asalto, destacado en el cuartel de la Plaza de España, fué otra de las gloriosas excepciones. Su adhesión al Alzamiento era tan visible y entusiasta, que el mismo día 19, los guardias a sus órdenes le asesinaban.

Tanto Valdés como Darnell, Ruiz de Almirón y los tenientes Romero, Villanueva y San Miguel habían sido firmantes del acta suscrita por la oficialidad de Asalto.

* * *

De igual manera, la Policía de la Generalidad jugó un papel importante enfrente del Alzamiento militar. Este Cuerpo estaba formado en Barcelona por unos mil individuos que la Generalidad, al amparo de las facultades que en materia de Orden Público le otorgaba el Estatuto, había reclutado entre los partidos de izquierda y algunos núcleos turbios e indeseables del catalanismo más avanzado e intransigente. Era público que casi todos los famosos

mero. Con su expresividad irrebatible, las cifras lo comprueban. Los guardias de Asalto eran unos 3,000. Pasaban de 1,000 los policías de la Generalidad, y se aproximaban a 200 los Mozos de Escuadra. La fuerza fluctuante de la Guardia civil, que al final pasó a engrosar las filas adversarias, sumaban unos 1,200 hombres. A estas fuerzas hay que sumar unos seis mil paisanos dotados de armas largas.

Contra todos estos enemigos luchó el Ejército abnegadamente durante muchas horas, escribiendo una página de heroísmo inmortal. Y fué admirable y casi prodigiosa la emoción patriótica, el impetu unánime y desinteresado con que, secundando a sus jefes, los soldados y clases, sobre los cuales venía desde hacía años actuando la ponzoña desmoralizadora de las ideas disolventes, se rescataron a sí mismos en aquel movimiento salvador, y firmes en su puesto, entre clamores de entusiasmo y vivas a España, imprimiendo auténtico aliento popular a la campaña de salvación que se iniciaba, lucharon sin desmayos y sin defecciones, lealtad hecha disciplina, durante casi dos jornadas interminables, hasta que, arrollados por la fuerza del número y cercados por toda adversidad, hubieron de sucumbir gloriosamente muertos, heridos o maltrechos, rasgo heroico que había de ser ejemplar ya en la Cruzada.



Un típico grupo de milicianos «del pueblo» — cuya visión causaba horrible pánico — recorriendo y «razziando» la ciudad en uno de los innumerables coches de que se apoderaron.



Dibujo tomado del álbum de la C. N. T. «Estampas de la Revolución».



Después de saquear el domicilio de D. José M.^a Milá y Camps, Conde de Montseny, las turbas lanzaron por los balcones que dan acceso a la Plaza de San Jaime todos sus muebles y enseres, para pegarles fuego.



BARCELONA - 5 Destrucción de propaganda fascista Destruction du matériel de propagande fasciste
Destroying fascist propaganda Fascismstena röns

En su saña contra los objetos y símbolos sagrados, los milicianos rojos quemaron en la Plaza de San Jaime algunos millones de estampas religiosas. (Reproducido de una postal editada por la «F. A. I.»).

XXI. LA REVOLUCIÓN Y EL TERROR

I. Los primeros asesinatos

La caída de la sublevación militar fué el principio de la revolución proletaria, con todo su cortejo de horrores, crímenes, saqueos y depredaciones. Por miopes que fuesen los hombres del Gobierno de Madrid y los de la Generalidad, es de presumir que no debió cogerles de sorpresa el huracán.

Cuando se armó a las turbas que los líderes del Frente Popular llamaban pomposamente «el pueblo», los encargados de repartir las armas no pudieron evitar que la mayoría de ellas — unos seis mil fusiles — fuesen a parar a manos de los elementos de la C.N.T. y la F.A.I. Luego, al sobrevenir el asalto a los cuarteles, al Parque de Artillería y a la División Orgánica, los sindicalistas fueron quienes hicieron mejor provisión de armas. Se calcula que sólo en los dos primeros días de la revolución roja, la C.N.T. logró acaparar cerca de veinte mil fusiles y enorme cantidad de pistolas. Además, sacó también las armas que tenía en sus depósitos clandestinos y que sumaban una cantidad considerable.

Los anarquistas se apoderaron igualmente de los fusiles que había en los barcos mercantes anclados en el puerto, en cada uno de los cuales es costumbre que se tenga una pequeña dotación de armas y municiones. También asaltaron y desvalijaron las armerías de la ciudad.

La U.G.T. y los diversos grupos socialistas de Cataluña no consiguieron para sus milicianos recolección tan abundante. Entre todos, apenas si aportaron armamento suficiente para unos doce o catorce mil hombres de aquellas legiones de energúmenos que se llamaban «las milicias», mientras, por su parte, el Estat Catalá conseguía armar unos tres mil, y otros tantos la Esquerda. Estas últimas milicias se incrementaron mucho en los días siguientes, cuando, contemplando el panorama desde Barcelona, parecía que el movimiento militar estaba definitivamente aniquilado y no representaba riesgo formar parte de ellas.

De este modo quedaron armados en un par de días unos cuarenta mil hombres, que, unidos a las fuerzas de guardias de Asalto, Guardia civil y Mozos de Escuadra, que se mantenían adictos a la Generalidad, constituyan un verdadero y temible Ejército que, de haber estado sometido a una disciplina y a un mando eficaces, hubiera sido una avalancha arrrolladora. Pero, por desgracia para ellos, las milicias proletarias y «ciudadanas» se comenzaron a desmandar desde el primer día. Verdaderas bandas de forajidos, su ambición inmediata era asesinar y saquear, comer en los restaurantes sin tener que abonar el gasto, pasear frenéticamente en los automóviles requiri-

se guardaba en el recinto, haciendo con todo ello una inmensa hoguera en una plazuela próxima.

Luego, la chusma incendiaria se dirigió a la parroquia de San Pedro de las Puellas, instalada en lugar inmediato, con propósito de proseguir sus depredaciones y estragos. Se celebraba misa en aquel instante, a la que asistían cerca de un centenar de fieles. Se habían cerrado todas las puertas del templo, salvo una que daba a la calle de Ludovico Pío. Pero hubo que cerrarla para evitar la irrupción de la horda incendiaria cuando ésta hizo su aparición, y los feligreses y los sacerdotes, en una fuga pavorosa y dramática, tuvieron que escapar por una escalera que daba a la casa inmediata.

El mismo domingo ardieron también las parroquias de Santa María del Mar, que después de la Catedral era el templo más bello de Barcelona; San José y Santa Mónica, San Agustín, San José Oriol, Nuestra Señora del Rosario, Nuestra Señora de la Bonanova, Cristo Rey; San Juan y Santa Teresa de Jesús, de Horta; Santa Madrona y Nuestra Señora de Lourdes, en la barriada del Pueblo Seco; Nuestra Señora de los Desamparados, Nuestra Señora de la Milagrosa, Sagrado Corazón de Jesús, San Francisco de Asís; Santa María, del Pueblo Nuevo; San Andrés de Palomar, San Ramón Nonato, Santo Ángel de la Guarda, Nuestra Señora de Belén, en las Ramblas, tal vez el templo español en que el barroco resplandecía con más severa elegancia, y fueron quemadas en este día otras muchas iglesias y capillas no parroquiales. Precipitadamente, entre el fragor de los tiros y de los cañonazos, hubo que desalojar los conventos, contra los cuales se preveía un inminente ataque. Prudente medida, pues la misma noche del domingo se desató el asalto general contra los centros conventuales y monásticos.

Aclaremos un detalle que nos parece importante. Ni un solo templo ni convento fué incendiado sin previo saqueo. Esta vez, la furia iconoclasta se manifestaba aliada a un insospechado frenesí utilitario. Las mujerzuelas y los desalmados que las acompañaban no hacían funcionar los bidones de gasolina que llevaban preparados mientras quedase en el templo un cáliz, un terno, un mantel, un candelabro, una arqueta, un tapiz... Saqueado concienzudamente el lugar santo, llegaba el momento de actuar la tea incendiaria.

Aquella noche, Barcelona aparecía fantásticamente envuelta por ingentes llamaradas y columnas enormes de humo. Las altas torres de los templos en llamas se erguían hacia el cielo entre el resplandor rojizo del incendio, como los índices acusadores de una legión de supliciados.

Al día siguiente se consumó a conciencia la obra destructora.

Hubo casos en que las turbas llegaron a un extremo de ensañamiento demoníaco. Por ejemplo: era difícil conseguir que ardiese el gran edificio de las Escuelas Pías de San Antonio, en la Ronda de San Pablo. Mole sólida y reciente, fraguada en hierro y cemento, se resistía al incendio. Entonces, las hordas prendieron también fuego a los establecimientos instalados en su planta baja, entre los que se contaba una gran tienda de muebles.



La repulsiva afición que demostraban los milicianos para los actos sacrilegios les llevaban a realizar jactanciosa y burlescamente escenas tan horripilantes como la que se recoge en esta foto.

Puerta principal de la Iglesia de San Jaime, después de destruida por los rojos (Dibujo tomado del álbum «Estampas de la Revolución», publicado por la C. N. T.

Las bandas armadas de la «F. A. I.» en el momento de izar la bandera anarquista, con la catalana, en el balcón de la Jefatura de Policía.



Hubo edificios para cuya destrucción se avivaron las llamas ocho y diez veces; otros que ni acumulando en su interior maderas y varios combustibles se consiguió derruir, aunque, naturalmente, fué arruinado cuanto en ellos existía.

La Catedral pudo salvarse, no por la diligencia con que acudió la Generalidad para librarrla, sino porque encontrándose junto a las antiguas «Casas de los Canónigos», residencia presidencial de Companys, éste tuvo temor de que el incendio se propagase a aquéllas y a todo el llamado «barrio gótico», y para prevenirse del peligro envió un fuerte retén de guardias y Mozos de Escuadra a proteger el templo príncer.

También por encontrarse estrechamente unidos a rancios edificios del casco antiguo de la ciudad y existir, por consiguiente, el peligro de que el fuego se extendiese por aquellos barrios, donde los incendios suelen ser catastróficos, las iglesias de los Santos Justo y Pastor, San Felipe Neri y San Severo se salvaron de la tea incendiaria, pero no del sacrilegio y del saqueo.

Ocho días después, cuando la obra asoladora había sido cumplida, aún se acordó la horda de una iglesia que no había sufrido los estragos del fuego. Era el templo inacabado del Sagrado Corazón de Jesús, alzado en el Tibidabo por iniciativa de San Juan Bosco, fundador de los Salesianos. Y hasta aquellos parajes rientes y tranquilos, en los que no había corrido la sangre y la lucha había tenido un eco remotísimo, subió la turba iconoclasta para consumar en Barcelona su último y bárbaro atentado contra las Casas del Señor.

Uno de los argumentos usados por los rojos para explicar la destrucción de los edificios religiosos y la persecución de las personas eclesiásticas, era la infamia de que desde las iglesias y los conventos se había disparado contra «el pueblo». Con esta mentira se quería presentar a los incendiarios poco menos que como seres pacíficos que no habían hecho sino replicar a las agresiones de que eran víctimas, y a los que se les fué luego un poco el pulso en la réplica, cosa también explicable en momentos de desbordamientos populares.

La patraña es tan burda como monstruosa. Salvo en el convento de los PP. Carmelitas, donde, hostigados por el enemigo, se refugiaron el día 19 los soldados del Regimiento de Santiago, ni un solo edificio religioso fué utilizado para la acción armada. En muchos sectores donde los conventos e iglesias fueron incendiados implacablemente, como Sarriá, por ejemplo, ni hubo lucha ni se escuchó siquiera un solo tiro en todo el día. Prueba, además, lo falso de la invención, el hecho de que muchos conventos y gran parte de los colegios religiosos fueron destruidos entre los días 21 y 22 de julio, cuando ya no se oían en las calles más disparos que los que hacían los milicianos en persecución de sus víctimas.

Pasadas muchas semanas, fué desmontada — paciente y concienzudamente desmontada — la capilla de San Jorge, del Palacio de la Generalidad. ¿Es que también desde allí se había hecho fuego contra el pueblo?



El forajido García Oliver, al marchar al frente con su columna «Los Aguiluchos de la F. A. I.», es despedido por el general Aranguren, el coronel de la Guardia Civil, Brotons y el comandante Sanz Neira.



Dos aspectos de la marcha y despedida de «Los Aguiluchos».

julio, a las ocho de la mañana, se dirigía Trilles a los muelles acompañado de los dos agitadores socialistas, Manuel Séster y Miguel Meroño, para ponerte en contacto con un grupo de correligionarios. Por aquellos días sólo se trabajaba en el puerto en la descarga de buques cuyo despacho era urgente, y con este motivo, como se ocupaba sólo un pequeño número de obreros, surgían discrepancias continuas entre los trabajadores de distintas tendencias.

Desiderio Trilles y sus dos compañeros iban en un automóvil, y al llegar a la Puerta de la Paz, el coche fué atacado por un grupo de cenetistas que hicieron, casi a bocajarro, más de cincuenta disparos sobre los ocupantes.

Trilles y sus dos amigos resultaron muertos. Los agresores, sin tomarse el trabajo de dispersarse, subieron Rambla arriba, ocupando dos autos que llevaban muy visibles las iniciales terroríficas: C.N.T.-F.A.I.

El suceso produjo emoción en Barcelona, pues revelaba el propósito de los anarquistas de apelar incluso a los medios más sangrientos para cortar las actividades proselitistas de su odiada rival, la U.G.T.

3. Las «Patrullas de control»

Al día siguiente, 31 de julio, el Comité de Milicias Antifascistas, en cuyo seno el asesinato de los tres ugetistas había dado lugar a borrascosas escenas, publicó en toda la prensa la siguiente nota:

«Ante los últimos asesinatos cometidos, entre ellos el de Desiderio Trilles, destacado militante de la U.G.T., el Comité de Milicias Antifascistas protesta energicamente, y con dolor anuncia que tratará como enemigos de guerra a todos aquellos que, arrastrados por partidismos exacerbados y pasionales, continúen la táctica criminal y contrarrevolucionaria de enfrentar unas organizaciones con otras o de ir eliminando de una manera progresiva a los jefes más despiertos de la revolución.

Que nadie crea que se trata de una simple declaración. Cinco mil milicianos armados tienen ya desde ahora bajo su control el orden de la ciudad. Todos aquellos que cometan actos de saqueo y actos vandálicos serán fusilados al pie de su obra. Todos aquellos que penetren en los domicilios particulares o colectivos sin autorización del Comité de Milicias Antifascistas serán pasados por las armas sin formación de causa. Las «Patrullas de control» tienen órdenes severísimas que cumplirán inexorablemente. Cataluña no puede convertirse en un charco de sangre. Exigimos orden y disciplina. Hermanos de trabajo, hermanos de lucha, ¡ayudadnos en estas horas de peligro!»

Esta nota se publicó, como ya queda dicho, el día 31 de julio, y precisamente, desde esta fecha fué cuando el desbordamiento criminal alcanzó mayores proporciones. Las «Patrullas de control», policía extraoficial creada por el Comité de Milicias, lejos de contribuir a la disminución de los horro-



La «brillante» Plana Mayor de la Columna Ascaso.



Dos típicos grupos de milicianos anarquistas.



Del álbum de la C. N. T.
«Estampas de la Revolución».

Varios aspectos de la salida de milicianos para el frente de Aragón en los primeros días de la guerra. Obsérvese el orden pintoresco de las formaciones.

LA FRUSTRADA Y GROTESCA EXPEDICIÓN PARA LA "CONQUISTA" DE MALLORCA



Un aspecto de la despedida de los milicianos.



Los batallones femeninos «Rosa Luxemburgo» y «Bolxevic» a su llegada al puerto para embarcar.



Uno de los barcos que partió a la frustrada conquista de Mallorca, la desastrosa empresa del «famoso» capitán Bayo.

Los grupos obreros y la Revolución

137

res de la revolución, vino a aumentarlos, constituyéndose en una tropa brutal y arbitraria, que actuaba sin ley ni cortapisas, que practicaba saqueos y asesinatos por su cuenta, con los pretextos más baladíes, y ante la cual no había en Barcelona nada seguro ni sagrado.

Reclutadas las «Patrullas de control» entre los elementos revolucionarios más audaces y de más negra historia, tenían que convertirse en lo que fueron, en una legión salvaje dedicada a hacer más terrible el martirio de la ciudad. Si se une a esto que una parte de esas «Patrullas», que al principio estuvieron formadas por unos cinco mil hombres, pero que pronto pasaron a ser más de diez mil, dependían directamente de la Comisión de Investigación Antifascista, creada por el Comité de Milicias, pero en el que mandaba omnímodamente Aurelio Fernández, personaje de máxima jerarquía en la F.A.I., se comprenderá cómo Barcelona pasó a estar sometida al terror anarquista en todos sus aspectos y actividades.¹

4. Aurelio Fernández y la Comisión de Investigación

Aurelio Fernández era un mozo osado y listo, que iba a realizar su obra sin escrupulo alguno. Desde la Comisión de Investigación lo escudriñaba todo, vigilaba a amigos y enemigos e intimidaba a los demás miembros del Comité de Milicias, que se sometían cobardemente a aquel hombre, del que dependían sus vidas y las de todos los ciudadanos barceloneses.

De García Atadell, el monstruoso polizonte rojo de Madrid, se ha ocupado la prensa de todo el mundo con horror. Más de setecientos crímenes realizados por la banda de malhechores que mandaba, le hacen pasar, con cédula de primera clase, al mundo de los grandes delincuentes. Pero Aurelio Fernández es un criminal de mucha más envergadura. Son a millares los crímenes que le son imputables. Además, él no sólo mató, como Atadell, burgueses y «fascistas». El asesinó, o mandó asesinar, también, obreros rivales de la U.G.T., como Desiderio Trilles, y policías de la Generalidad, que antes habían sido miembros activos del Estat Catalá, como el agente Jaime Vicern, eliminado el día 18 de septiembre, cerca de Granollers, por orden suya. Dirigió, además, matanzas sin finalidad política ni social, matanzas que sólo tenían por objeto saciar la sed de sangre de sus hombres, como la de los «maquereaux» del distrito de Atarazanas, que constituían realmente una plaga repugnante de la ciudad, pero a los que no se asesinó para que desapareciera aquella lacra, sino con el propósito de que los milicianos de las «Patrullas de control» pudieran ocupar el sitio vacante en el corazón de las meretrices.

1. Dice Santillán en su libro *La revolución y la guerra en España*: «La tarea principal del Comité de Milicias recayó, naturalmente, sobre nosotros, como representantes de la parte más numerosa y activa del proletariado de Cataluña» (pág. 46).

para dejarle cubrir las apariencias de legalidad. Y a las siete de la tarde el monótono gemir del teletipo empezaba a poner en tensión el sistema nervioso del pobre Juan María.

Las horas que transcurrieron a continuación fueron horas sencillamente de espanto. Había ya corrido la voz de lo que se preparaba para la mañana siguiente, y los telefonazos proseguían sin interrupción. Eran los habituales, verdaderos S.O.S. de los familiares y amigos de los infelices para quienes las sombras de la noche aportaban la triste certidumbre de un fatídico destino:

— Fulano ha desaparecido de su casa. Han venido a buscarle unos militiamos. Como el pobre tiene una hermana monja. ¿Sabe usted...?

— Hemos localizado a mi padre. Lo tiene el Comité Anarquista de la calle del Mediodía.

— Oiga, Juan María. Aquí Comisaría General de Orden Público. No creo que podamos hacer nada por el ingeniero ese por quien usted se interesa. Está en los sótanos del Colón, y... En fin... Ya sabe usted... A estos comunistas cualquiera les chilla. No creo que el pobre pase de esta noche.

Pero, mezclados con éstos, otros como para enloquecer al más sensato de los hombres:

— ¿Tiene usted idea de la talla de los generales esos que fusilan mañana? Lo digo por el ataúd. Creo que Burriel es bastante alto y Goded bajito. ¿No es así?

O bien: — ¡Hola, Juan María! Aquí la esposa del diputado Tal. ¿Podría usted facilitarme invitaciones para el fusilamiento de mañana?

Y así por el estilo; la cosa no paró hasta primeras horas de la madrugada.

Fué una noche interminable, preñada de un raro silencio, que permitía oír sin interrupción el gemir del teletipo, tan parecido al llanto del niño. Marco lúgubre y, sin duda, adecuado a la tragedia de la noche. Pasadas las tres de la madrugada, callóse de pronto el teletipo. Como movido por un resorte, Juan María se trasladó a la pieza contigua. Alrededor del aparato recién enmudecido, seis o siete personas miraban con ansioso silencio la cinta blanca. Pasaron unos pocos minutos y de pronto reanudóse el gemido, y la cinta empezó a temblar. Una tras otra fueron apareciendo las letras fatídicas, pasaporte definitivo, viaje de ida, para los dos generales:

«E-n-t-e-r-a-d-o y c-o-n-f-o-r-m-e.»

Serían casi las cuatro, cuando Juan María, convertido en un autómata, volaba hacia el muelle en que se encontraba anclado el «Uruguay». En la cubierta cruzóse con un compañero que subía del camarote del general Goded, con un montón de cartas que éste había escrito a sus familiares, al tener noticias de su próximo fusilamiento. A hurtadillas miró los primeros sobres. Escrito con lápiz, se leía en ellos: «Para mi hijo. Para leerla el día en que me fusilen.» «Para mi hijo, si no le fusilan. Abrídla en cuanto haya terminado la guerra.»

Hasta momentos antes de la salida no le fué posible descender a los camarotes de Goded y de Burriel. Y cuando lo hizo, la cantidad de testigos que



Después de despedirse de Companys este elenco de «artistas» se dispone a marchar al frente para trabajar ante los milicianos.



Ejercicios de instrucción de uno de los batallones femeninos.

Característico grupo de milicianas.



Aspecto de un quiosco de periódicos de la Rambla, durante la época roja.



Concentración de banderas de la U. G. T.



Los rostros de los infiustos personajes que llevaron a España a una catástrofe sin nombre, solían presidir los actos populares en la zona roja.

La Justicia revolucionaria

149

ante las dos puertas se habían acumulado, le impidieron la despedida en que había estado pensando toda la noche.

Goded, con su uniforme de general, hablaba normalmente, fumando su cigarrillo, sentado en una mesita, con los pies encima de una silla. Burriel, vestido de paisano, estaba con su esposa y con su hija.

Llegó la hora decisiva. Goded se puso en pie, de un salto, al anunciarle la salida. Dió la mano a su hijo, le llevó hacia sí y lo abrazó serenamente, mientras le decía:

— Cuidado, chico, que no te vea llorar. ¿O es que vamos a olvidarnos de que somos militares?

Ya en el pasillo, caló, algo ladeada, su gorra de general, y dijo a los que le aguardaban:

— ¡Señores! A su disposición.

Las primeras luces del alba saludaron la triste comitiva, que descendía por la escalerilla del barco hacia la gasolinera. Entre los dos generales, unos números de la Guardia civil, en cuyas capas parecían relucir más que nunca «manchas de tinta y de cera». Al llegar al último peldaño, la culata de uno de los mausers dió en el hombro del general Goded.

— Cuidado, dijo éste dirigiéndose sonriente al guardia. Que todavía soy general.

Juan María se adelantó a la comitiva, y salió a escape hacia el Castillo de Montjuich, donde la multitud, desde hacía horas, aguardaba el placer de ser testigo del fusilamiento. Mujeres sentadas en el suelo, envueltas en mantas que las preservaban del rocío que, con un estoicismo digno de mejor causa, habían aguantado la noche, y milicianos tocados con gorros atrabiliarios, en los que se combinaban todos los colores del arco iris y todas las letras del alfabeto.

Al llegar la comitiva, se aproximó al grupo recién descendido del autocar, y oyó a Goded que, apretando muy fuerte la mano a Burriel, le animaba y se despedía de él.

Un comandante de Estado Mayor, con mono azul, sobre el que destacaba la estrella de ocho puntas, se adelantó a los recién llegados.

— Mi general. Y se excusó, encogiéndose de hombros.

— Nada, Perico, respondió Goded. Por mí, no se apure usted. Yo me voy. Lo malo es para ustedes, que se quedan con eso...

Y con un gesto harto significativo señaló la sinfonía de harapos y turbios colores que la multitud ofrecía a los ojos.

Pronto estuvieron listos los preparativos indispensables para la ejecución. La prisa se notaba en el ambiente. Todo el mundo tenía la sensación de que una rapidez de «traveling» cinematográfico debía ser la pauta de las escenas que en los glacis del castillo habían de sucederse. De lo contrario corriase el riesgo de que una batalla campal o un vulgar asesinato fuesen el final obligado de la epopeya.

En un ángulo de los fosos estaba esperando el piquete que había de pro-

alquileres. — Indemnizaciones de despido y accidentes que debían ser pagados por patronos. — Accidentes y siniestros que debían pagar las Compañías aseguradoras. — Legalización de incautaciones y controles. — Control de las Prisiones y del Régimen Penitenciario. — Reclamaciones de carácter civil o mercantil. — Revisión de los pleitos de carácter social ya fallados en los que apareciera denegada la indemnización. — Persecución de la usura. — Represión de las actividades contrarias al régimen. — Informes y consultas.

En *La Vanguardia* del 30 de agosto de 1936 encontramos la siguiente noticia, que resulta por sí sola bastante expresiva:

«El Comité jurídico, que sigue actuando con gran celeridad, comenzó ayer su actuación para depurar las responsabilidades que puedan existir como consecuencia de las demandas presentadas.

Uno de los que fueron llamados a dicho Comité de la Oficina Jurídica es el ex Marqués de Alella, contra el cual hay unas reclamaciones por asuntos del Hotel Continental,¹ y como no están del todo especificadas estas reclamaciones, se dispuso, y así lo ha cumplido el ex marqués, que se depositen 5,000 ptas., para responder de las reclamaciones aludidas.

Barriobero, que está al frente de dicha OFICINA JURÍDICA, dijo a los periodistas que continúan resolviendo, mientras se da ampliación a las atribuciones del Comité, las reclamaciones sobre usura y demandas obreras.

Procuramos en nuestras sanciones — siguió diciendo Barriobero — ser moderados. Por término medio pasan por esta Oficina trescientas personas para presentar sus denuncias.

Podemos decir que, más que como jueces, actuamos como amigables compañeros, ya que todos se conforman con el veredicto que damos a las reclamaciones.

Esperamos que todo aquel que tenga alguna cosa que alegar, se presente, ya que nuestro deseo es servir al pueblo.»

La ampliación de facultades, anunciada por Barriobero, no apareció nunca, pero como en realidad era igual, el Comité prosiguió sus tareas en todas las ramas del derecho. Y no sólo no disminuyó sus actividades, sino que creó otras Oficinas Jurídicas de menor cuantía en Granollers, Tortosa, Manresa y Badalona.

Una de las ramas del derecho en que la Oficina de Barcelona y sus filiales habían de hacerse famosas era en la resolución de juicios de divorcio. Se resolvían diariamente por decenas, y cada una de las Oficinas se enorgullecía de ser más rápida que las otras en sustanciar estos asuntos.

Un día la Oficina de Barcelona hizo publicar la noticia de que había batido el record en la tramitación de uno de estos pleitos, pues un miliciano que había llegado de Madrid a Barcelona, a las doce del día, para divorciarse, había podido marcharse, ya casado de nuevo, a las tres de la tarde.

1. El Marqués de Alella era el propietario del inmueble en que se halla instalado el hotel, sin tener nada que ver con la empresa.



El espléndido edificio del Fomento del Trabajo Nacional, donde el Comité Regional de la C. N. T. - F. A. I. estableció su sede.



El magnífico edificio del Hotel Colón, donde el P. S. U. C. instaló una parte de sus oficinas, adornado con retratos y «afiches» de propaganda comunista.

La Justicia revolucionaria

157

Pero unos días después apareció en los periódicos esta gacetilla, que tomamos de *La Vanguardia*, fecha 4 de septiembre:

«LA EFICACIA DE LA OFICINA JURÍDICA. — La Oficina Jurídica continuó ayer su labor, destacándose el número de litigantes de divorcio que acuden a reclamar.

Todos los casos son atendidos y se ha dispuesto que en los que se presenten de nuevo sean resueltos en el acto, si es posible.

El record de brevedad de estos pleitos de divorcio lo ganó el Juzgado de Villanueva y Geltrú, donde, ante el juez revolucionario camarada Mestres, que era vendedor de periódicos, se presentó un matrimonio que deseaba divorciarse por el procedimiento de "mutuo disenso", y que ordinariamente tarda un año en la resolución.

Los litigantes expusieron sus pretensiones, llegando incluso al acuerdo de que el hijo del matrimonio se lo quedara el marido, con la obligación de que lo viera la madre unos días al mes.

El juez escuchó a los litigantes y se firmó un acta, en la que consta el fallo del juez revolucionario concediendo el divorcio en aquel mismo momento.

Los ex esposos salieron del Juzgado contentos y satisfechos, despidiéndose cordialmente.

La sentencia y el acta que hicieron fué visada ayer mañana por la Oficina de Justicia de esta Audiencia, y en vista de que se amoldaba en todo a los preceptos legales, se le puso la conformidad.»

Ni qué decir tiene por qué métodos, igualmente ultrarrápidos al de los divorcios, se concertaban los matrimonios. Suprimida toda formalidad religiosa, e incluso los trámites civiles, para la realización de una boda no era necesario más que la voluntad de los contrayentes. En las oficinas de los comités, en los mismos cuarteles de los milicianos, en cualquier parte en fin, podía realizarse un matrimonio sólo con extender una sencilla acta que firmaban algunos testigos. Unicamente en la Rusia bolchevique es posible que se haya llegado a una simplicidad igual de trámites.¹

1. He aquí el modelo de acta que servía para toda clase de bodas:

COMITÉ REVOLUCIONARIO DE JUSTICIA
DE CATALUÑA

OFICINA JURÍDICA

ACTA DE MATRIMONIO CIVIL

En la ciudad de Barcelona y ante este Comité Revolucionario de Justicia de Cataluña, representado por el compañero

Comparecen:

....., de ... años de edad, estado y natural de, provincia de, hijo de

y de

....., de ... años de edad, estado y natural de, provincia de, hija de

Y

Manifestan: Que con absoluta libertad desean contraer matrimonio civil; que no tienen impedi-

Los anarquistas, que por lo mismo que eran las masas más incultas pensaban tener soluciones maravillosas para todos los problemas, quisieron en seguida poner en marcha el empeño magno de una Escuela Nueva Unificada. Una titulada Asociación de Maestros Laicos, en la que se agrupaban unos seres de incultura cavernaria, requisaron la mayor parte de los locales que antes fueron colegios religiosos y que el fuego había respetado o dañado ligeramente, para instalar en ellos escuelas laicas. A igual tarea se dedicaba el Ayuntamiento.

Luego aparecían en la prensa gacetillas proclamando que bajo «el orden revolucionario» florecía la cultura y la pedagogía, como podía atestiguarse por el enorme número de escuelas que se creaban. Pero la verdad era que no se creaba nada. Se sustituían de mala manera escuelas confesionales, que en Barcelona eran dechado de seriedad y de competencia, por otras improvisadas aceleradamente, entregadas a maestrillos sin suficiencia y en muchas ocasiones a personas que ni siquiera tenían título.

Con el fin de que todas las instituciones docentes de Cataluña — proclamaba Ventura Gassol — respondieran a la acción cultural de la Generalidad, este organismo se incautó de todos los centros e instituciones pedagógicas, como la Escuela de Altos Estudios Mercantiles, la Escuela de Náutica, los Institutos de Segunda Enseñanza, etc., etc., rebasando con esta acción los límites del Estatuto de Cataluña, que dejaba estas instituciones dentro de la jurisdicción del Estado.

El dia 11 de septiembre publicaron los periódicos de Barcelona la noticia de que, bajo la presidencia de Gassol, se había reunido el pleno del Consejo de la Escuela Nueva Unificada (C.E.N.U.) y que, a propuesta del camarada Puig Elías,¹ se había acordado sustituir el nombre del Instituto que llevaba el del «cura Balmes» por el de Eliseo Reclús.

Para los que estaban «rehaciendo» la cultura de Cataluña, «el cura Balmes», lumbrera auténtica del pensamiento español y gloria magnífica del pueblo catalán, era poco menos que un ser despreciable e indigno de que su nombre campeara al frente de una empresa cultural tan limitada como un Instituto de Segunda Enseñanza. A otras instituciones pedagógicas y escolares se les dieron los nombres de Ferrer y Guardia, Ascaso, Casas Sala y otros luminares de la «cultura» laica y libertaria.

Se incautaron del Ateneo de Barcelona, que no era de las instituciones que tenía menos culpa en lo que estaba ocurriendo, para convertirlo en centro de cultura popular. Se destituyó al director y a los profesores más reputados y competentes de la Escuela de Ingenieros. Lo mismo ocurrió con los de la Escuela de Trabajo.

Nada quedó, en resumen, en su sitio. Todo fué trastocado, destruido e incautado. Los analfabetos de la F.A.I., los dependientes separatistas del

1. Puig Elías, fundador y Presidente del C.E.N.U., era un incompetente maestro particular, propietario de la «Escuela Natura», discípulo de Ferrer y Guardia y, como éste, anarquista, masón y animado de un espíritu sañudamente antirreligioso.



Una gran testa de Carlos Marx campeaba en la suntuosa fachada del Círculo Ecuestre, incautado también por el P. S. U. C.



Los actos en que participaba Comorera estaban siempre presididos por las efigies tétricas de Lenin y Stalin.



Una casa de la Rambla de los Estudios que titularon «La casa de Lenin», y en la que el P. O. U. M. instaló una parte de su organización.

La cultura soviatizada

165

Estat Catalá — cuyo pasado cultural y espiritual durante muchos años no había sido otro que las páginas de *La Publicitat* y últimamente de *La Rambla* —, los obreros indigestados de seudociencia repartida en las ediciones económicas de la Casa Sampere, casi todos ellos de la U.G.T. o del P.S.U.C., asumieron la dirección de la alta especulación y la enseñanza. La cultura catalana, tan enfáticamente cantada por los nacionalistas, daba saltos de dama histérica en medio de aquel pavoroso cuadro de desorden, de perverosidad y de pedantería.

3. Catedráticos sacrificados por la persecución roja

No todos los catedráticos universitarios consiguieron escapar de la persecución de los asesinos que les buscaban. Algunos, desgraciadamente, cayeron en sus manos.

Entre estos últimos, a los que la confianza ha costado la vida, se encuentran los catedráticos don Ramón Casamada y don Javier Palomas y el profesor auxiliar señor Tayá Filella, los tres pertenecientes a la Facultad de Farmacia. El doctor Casamada, por encontrarse delicado de salud, permaneció en su domicilio algún tiempo sin que nadie le molestase, y allí recibía la visita de algunos amigos. Una tarde, los visitantes fueron los doctores Palomas y Tayá. A poco de llegar estos señores hizo irrupción en la casa un grupo de milicianos, con gran atuendo de pistolas y fusiles. Y se llevaron detenidos a los tres profesores, que, atemorizados y estupefactos, no ofrecieron resistencia y se dejaron conducir resignadamente a la checa de San Elías, donde fueron asesinados.

El Rectorado de la Universidad, tan diligente en protestar ante el mundo, en nombre de la intelectualidad catalana, de unos supuestos «crímenes fascistas», no tuvo ni una frase de condenación — ni de dolor siquiera — contra la abominable fechoría que, de un solo golpe, privaba a la Universidad y a la verdadera intelectualidad catalana de tres de sus miembros más distinguidos y eminentes.

El Alzamiento, la Revolución y el Terror en Barcelona

pecho las ideas redentoras del anarquismo, hemos sido en todas las épocas la élite de la caballerosidad.

Hemos dicho que hay que terminar con este caos y estamos dispuestos a hacerlo, sea de la manera que sea; tenemos medios suficientes en nuestras manos para lograr nuestro propósito.

Los camaradas de la F.A.I. han de establecer un riguroso control con objeto de impedir que todo grupo que no vaya debidamente autorizado pueda realizar registros, incautaciones, detenciones, pues no estamos dispuestos a consentir por un momento más que se nos desacredite por parte de elementos interesados en ello y ajenos a nuestra organización.

Trabajadores de Cataluña: los anarquistas hemos sido siempre los primeros en abominar contra el crimen. No podemos permitir que por parte de nadie se nos quiera hacer pasar por vulgares delincuentes, y a tal efecto, decimos públicamente que este Comité de relaciones no tiene ningún grupo, abolido. Por lo tanto, que no se nos culpe a nosotros de semejantes barbaridades.

Por la Federación Regional de Grupos Anarquistas de Cataluña, el Comité.

¿Para qué vamos a decir que esta nueva nota de la F.A.I. fué tan inútil como las anteriores de Companys y los demás avisos y advertencias que con igual aparente — sólo aparente — propósito se habían publicado?

Los desafueros continuaron, y aun crecieron en intensidad y horror. En la comarca de Puigcerdá fué precisamente a partir de este instante cuando se cometieron los crímenes más horrendos. Y lo mismo ocurrió en casi toda Cataluña. Sin que, por otra parte, el incremento del terrorismo en la región hiciese disminuir el que imperaba en Barcelona.

En una de las primeras «razzias» de los milicianos de Barcelona por los pueblos, fué detenido, siendo fusilado días después, el general de Artillería don Joaquín Gay, que, retirado del Ejército, se encontraba veraneando en el pueblo de Las Franquesas, donde tenía una finca.

El general Gay era catalán y nunca se había mezclado en las luchas políticas. El único cargo que podían hacerle los revolucionarios era el de haber formado parte del Consejo de guerra que juzgó a Galán y García Hernández. Pero este hecho estaba ya muy lejano y es probable, además, que lo ignorasen los milicianos que le mataron. Se le asesinó por ser lo que era: un general del Ejército y un hombre caballero al que los «payeses» de los contornos respetaban y querían. Con qué menos que con la vida se había de pagar entonces ser un hombre respetable y un militar ilustre?



Portada de un folleto editado el año 1937 por la Consejería de Sanidad y Asistencia Social de la Generalidad de Cataluña.



Carteles de propaganda anarquista.



Los pintores revolucionarios no se daban descanso en sus tareas de propaganda.



3. Ensañamiento de los rojos con sus víctimas

a) El Depósito de cadáveres del Hospital Clínico

El carácter de vesania, de sadismo feroz, que tomó desde el primer momento la subversión roja, se demuestra de manera elocuentísima por los refinamientos de残酷 con que se cometían los asesinatos. No bastaba a los malhechores que se habían adueñado de las vidas y haciendas de los ciudadanos, suprimir a cuantos les estorbaban, sino que necesitaban ensañarse con sus víctimas, destrozarlas, en una palabra «jugar con la sangre y con la muerte». Un ataque de necrofilia colectiva inspiraba a quienes disponían de armas y de un poder omnímodo.

Como la mayoría de los cadáveres eran recogidos por las ambulancias y llevados al Depósito judicial del Hospital Clínico, éste quedó convertido en una cínica exhibición de la maldad imperante, en un sempiterno reto a la justicia.

Familiares y amigos de cuantos habían sido arrancados de sus hogares para conducirlos al suplicio acudían al Depósito con objeto de identificar a los seres amados y darles sepultura si era posible. Después de formar, a veces durante horas, colas interminables, con la natural congoja, acababan asomándose al espectáculo horrendo de los cadáveres mutilados, machacados, muchas veces irreconocibles. Cabezas hinchadas, con los ojos saltados, vaciado el cráneo de un culatazo brutal, vísceras al aire, miembros seccionados, cuerpos semidesnudos... formaban una suma tal de terror, que a muchos anonadaba, a todos sublevaba, y a la ciudad entera tenía en vilo, pues cundían por doquier las noticias detalladas del número y la calidad de las víctimas y de la forma en que habían sido sacrificadas.

Imposible describir cumplidamente las escenas a que daban lugar los reconocimientos, muchas veces con gravísimo peligro de los supervivientes, considerados como enemigos del nefasto régimen según la forma de expresar su dolor o su indignación, y, como tales, detenidos, para ir a engrosar el montón de carne humana exhibida en el fatídico Depósito.

Para la F.A.I., aquello era un cebo, y tenía montado un servicio permanente que vigilase a cuantos allí acudían en demanda de informes de desaparecidos, para eliminar luego a los que se manifestasen «desafectos». El personal del Depósito, conmovido ante lo que ocurría, trató de evitar percances a los visitantes, advirtiéndoles, en cuantas ocasiones era factible, que se abstuvieran de hacer demostraciones, caso de reconocer a alguno de sus deudos, y que pasasen discretamente por la Dirección, si tenían que hacer indicaciones o facilitar detalles. En este laudable empeño se distinguió de modo especialísimo el joven don José Ros Baldrich, quien pagó con la vida su heroica conducta.

Estudiando la filiación de los cadáveres ingresados diariamente en el Depósito, se colige con toda evidencia que las pandillas de ejecutores recibían instrucciones para atacar a grupos determinados de ciudadanos.

Aparte de las venganzas personales, siempre numerosas, que tienden a crear cierta confusión, hubo semanas en que la mayor parte de los inmolados eran sacerdotes o religiosos, militares retirados, patronos, técnicos o encargados de empresas; en otras el turno de eliminación tocó a familias de particulares, de las cuales sucumbía el padre, no siendo raro que le acompañase en el infierno esposa, hijos u otros deudos, personas de servicio y aun visitantes incautos. También hubo «tandas» por oficios y en una sola semana aparecieron en las mesas del Clínico hasta veinte tranviarios, considerados como «esquirols». Se cumplían rigurosamente dos consignas: «Para la F.A.I. nada prescribe» y «la F.A.I. no tiene manías», en el sentido de «escrúpulos».

* * *

En el Boletín de Estadística, anexo a la Gaceta Municipal, de Barcelona, en la página 13 de la sección «Resúmenes demográficos de la ciudad de Barcelona del período 1936 a 1938», se lee lo siguiente:

«La gran mayoría desaparecían, como fardos inmundos, de los depósitos, siempre abarrotados de cadáveres bárbaramente mutilados, y que diariamente habían de desalojarse para recibir la nueva mercancía de estos espantosos almacenes de la muerte.»

Cabe aquí hacer mención de la labor meritísima que en aquel funesto período desarrolló el doctor Mas de Xexás, jefe del Depósito judicial, quien además de hacer la inscripción correspondiente en el registro de entrada, formó un fichero fotográfico de los cadáveres no identificados, integrado por dos mil novecientas cuarenta placas, para que así pudieran un día ser reconocidas las víctimas. Con este material se constituyó, una vez liberada Barcelona, la oficina titulada «Servicio de Identificación».

Reproducimos fotográficamente las páginas del registro de entrada de cadáveres del mencionado Depósito, correspondientes a los días 26 y 28 de julio de 1936. Figura en la primera la inscripción del cadáver de don Pedro Bosch Labrés, vizconde de Bosch Labrés, que fué asesinado después de haberle tenido preso varios días en la Comisaría General de Orden Público. Aparece en la segunda, entre otros inscritos, los cadáveres de cinco «mujeres», que por los datos recogidos, eran de monjas dominicas, detenidas en su convento de la calle de Trafalgar, número 50, en la tarde del 27 de julio, y asesinadas en Vallvidrera.

Del Depósito judicial estaba sistemáticamente ausente aquel mínimo de respeto que ni en las guerras más feroces se niega a los muertos.

Se dió el caso de que una tarde se presentó en las oficinas del Depósito un forajido para preguntar si había ingresado el cadáver de José Obiols Es-

Julio 36

N.º de orden	ENTRADA			NOMBRE	Juzgado a que pertenece	Médico forense que practicó la autopsia	FECHA SALIDA		
	Día	Hora					Día	Mes	Hora
3969	26	11		X. Jaume Marinello Capdevila	5º juzgado				
3970	26	11		X.	reloj botillo incial				
3971	26	11		X.					
3972	26	11		Pedro Bosch Labrés Blas					
3973	26	12		Francisco Batista Costa	N. P. i. e.				
3974	26	14		X. Juan Torri Fouada Escrivà					
3975	26	16		Emilio Martí y Robert	de 41 años C.	de Espugues D. C. P. Pavia			
3976	26	17		X.		C. Llau Autuñer			
3977	26	18		Antonio Freixas Gracià					
3978	26	18		una mujer					
3979	26	18		una mujer					
3980	26	18		una mujer Manuela Rosal					
3981	26	18		un hombre Esteban Serrai	Guardiola				
3982	26	19		X. Angel Escudero Sanchez	30 años C. Borrull n.º 5.				
3983	26	21		X. Joan Vergés Guita?					

Julio 36

N.º de orden	ENTRADA			NOMBRE	Juzgado a que pertenece	Médico forense que practicó la autopsia	FECHA SALIDA		
	Día	Hora					Día	Mes	Hora
4014	28	2		X.					
4015	28	3		Miquel Solana Deluix					
4016	28	3		X. Miquel Solana Deluix					
4017	28	3		X. Jaume Silva Triarte					
4018	28	4		X. Josep Vilà Albareda					
4019	28	4		Luis Sierra Molins					
4020	28	5		X.					
4021	28	5		una mujer					
4022	28	6		una mujer					
4023	28	6		una mujer					
4024	28	6		una mujer					
4025	28	6		una mujer					
4026	28	7		X.					
4027	28	7		X.					
4028	28	7		X.					

capellau de la Poireta

hermanas de los presuntos reos lloraban desconsoladamente, asaltadas por fatales presentimientos.

En un arranque de heroísmo, la madre, doña Emilia Serra, dijo:

— Yo voy con mi esposo y mis hijos.

— No hay inconveniente. Ven también con nosotros. En cuanto declaren los hombres, todos podréis volver a casa.

Salieron los prisioneros, que eran el padre, don Plácido Armengol, y sus tres hijos, don José María, don Manuel y don Hermenegildo, de veintinueve, veintitrés y veinte años, respectivamente, y con ellos montó en el auto que les esperaba, la esposa y madre, doña Emilia Serra.

El chofer de la casa, un excelente muchacho de veintitrés años, llamado Francisco Robes, que se encontraba en aquellos momentos en la panadería, pretendió interceder a favor de la familia de su principal. La reacción de los milicianos fué instantánea.

— Tú también te vendrás con nosotros.

Amenazándole con sus fusiles, le obligaron a montar en el coche.

Partió la expedición siniestra hacia la Rabassada, lugar señalado por la predilección de los «patrulleros» para sus crímenes despiadados. Horas después eran recogidos los cadáveres, y a las nueve de aquella mañana, las hijas, milagrosamente escapadas de la garra asesina, identificaban a sus familiares en el Depósito judicial.

En la checa de San Elías fueron sacrificados en noviembre de 1936, los hermanos don Manuel y don Pablo Delgado Llorach y su primo hermano don Luis Mercader Llorach, pertenecientes a una antigua y noble familia barcelonesa.

Producio impresión en Barcelona otro crimen, a pesar de que por entonces estos hechos eran innumerables y diarios: el asesinato de don Juan Par Tusquets y de su esposa doña Ramona Torent Garrigolas. Ambos cónyuges frisaban en los setenta años y gozaban en la ciudad de una general estima por su bondadoso carácter y por las obras de piedad en que invertían buena parte de sus cuantiosos medios de fortuna.

El día 15 de febrero de 1937, los milicianos se presentaron en el domicilio de don Juan Par, con el propósito de detenerle, por haber encontrado una relación en la que dicho señor figuraba con una cantidad mensual destinada al sostenimiento del Culto y Clero en la Parroquia del Pino.

Su esposa, doña Ramona, al ver que las «Patrullas» se llevaban a su marido, se manifestó resueltamente dispuesta a acompañarle.

Los milicianos, fieles a su táctica siniestra, le expresaron que no había inconveniente, toda vez que pronto regresarían los dos. Uno de los forajidos le invitó a llevarse algún dinero, «pues así, si surge alguna dificultad, se puede resolver en seguida», le dijo.

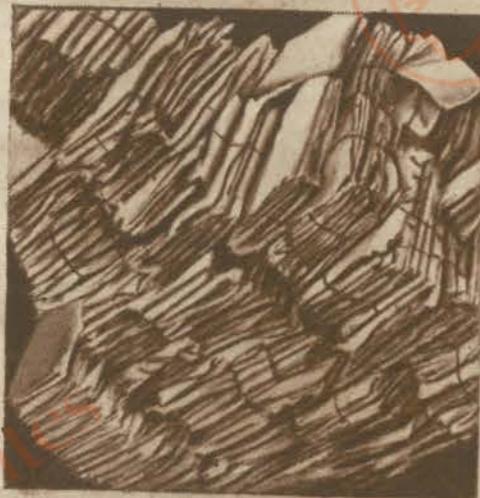
Doña Ramona cogió 2,000 pesetas y salió con su esposo, con propósito de no abandonarle.

Desde este instante se pierde la pista del anciano matrimonio. Ni vivos



Diversos carteles murales de propaganda roja.

PAPELES AL FUEGO



Cada día se hace un «auto de fe» con un montón parecido de legajos. La acción destructora del fuego alumbría a diario la otra labor constructiva del Comité

LA OFICINA JURIDICA



Componentes de la Oficina Jurídica del Palacio de Justicia. — Eduardo Barriobero Herranz, Antonio Fernández Ros, José Medina Rodríguez, Luis Cordero Bel, Antonio Devesa Bayona, José Batllé Salvat, Antonio García Poblaciones, José Merino Blázquez, Jesús Argemí Melián, Ricardo Gardó, Carmen Alba Campá y María Luisa Algarrilla Coma

Reproducción de dos fotografías publicadas en el periódico republicano «El Diluvio», el día 4 de octubre del año 1930.

Avance del Terror

181

ni muertos, ha vuelto a saberse nada de ellos, a pesar de que se interesaron por su libertad primero y por su paradero después, distinguidas personalidades extranjeras, entre ellas el cónsul de los Estados Unidos.

Esta familia infortunada había sufrido unos meses antes otra dolorosa pérdida. La de don Alfonso Par Tusquets, de cincuenta y nueve años, hermano de don Juan. Don Alfonso se había especializado en el estudio de la influencia de Shakespeare en España. El día 26 de agosto de 1936, las «Patrullas» se lo llevaron de su despacho de la calle del Bruch, n.º 13. Desde aquel lugar le condujeron directamente a la Rabassada, y allí le asesinaron. Horas después, dos sobrinos suyos identificaban el cadáver en el Depósito judicial.

Una sobrina de doña Ramona Torent de Par fué, asimismo, sacrificada por la horda inmunda. La familia Torent Buxó, conocidísima en Barcelona por lo rancio y fervoroso de sus ideales católicos y monárquicos, excitó desde el primer instante la furia asesina de los «patrulleros». En noviembre de 1936, doña Elvira Torent Buxó de Mayol cayó bajo la garra de los forajidos, y después de haber sido sometida a prisión durante varias horas, fué asesinada en plena calle a las doce de la noche del día 19 de aquel mismo mes, hora en que, bajo el pretexto de darle libertad, la obligaron a abandonar la Jefatura de Policía.

Casos semejantes a los anteriores se repitieron a diario durante todo el período rojo. Así, por ejemplo, víctimas de la残酷 roja cayeron cuatro hermanos de la familia Forcada Muñoz (don José, don Francisco, don Alfredo y don Ignacio), asesinados el 13 de febrero de 1937, después de ser detenidos en el despacho de su casa comercial, Ausias March, n.º 33, y la familia de don Luis Soto Tudela, compuesta de este señor, sus hijos Luis y Mercedes y de su esposa doña Mercedes Basterrechea Albera. En Barcelona fueron asesinados el señor Soto Tudela y su hijo Luis, pero no satisfechos sus victimarios, se trasladaron a Lorca (Murcia), donde pasaba temporada el resto de la familia, y allí fusilaron sin piedad a las dos mujeres (la esposa y la hija del señor Soto). Sólo se salvó de la hecatombe un niño de pocos años, llamado José María, a quien inexplicablemente perdonaron la vida los malhechores, después de haber estado a punto de quitársela.

Otro hecho que prueba el salvajismo con que obraban los milicianos y la policía creada por el malvado Eroles:

El día 17 de febrero de 1937, a primera hora de la tarde, una partida de «patrulleros» se presentó en la casa n.º 412 de la calle de Muntaner y registró todos los pisos. Como el inmueble era de apariencia suntiosa, el jefe que capitaneaba la partida dijo a sus secuaces:

— Detened a todos los hombres que encontréis. En esta casa sólo viven fascistas.

Fueron detenidos, en efecto, todos los varones que se hallaban en sus domicilios, y que eran don Andrés Vendrell Serra, don José Farré Escofet y don Ramón París Massanés. Este último se encontraba en cama, con alta

tremia, y otra, Madre Micaela, superiora de la Comunidad, era de edad avanzada.

Don Francisco Tort, que se encontraba ausente, fué mandado a buscar por los mismos milicianos.

— Buena redada — decían, frotándose las manos de alegría satánica. Al señor Obispo, cuya actitud de dulce unción les pareció sospechosa, le preguntaron desabridamente:

— ¿Quién eres tú?

— Un sacerdote de Larraínzar — contestó secamente el doctor Irurita.

— Bien; ya os ajustaremos las cuentas a todos.

— Y vosotras, ¿quiénes sois? — inquirieron con el mismo tono de aspereza.

Las religiosas confesaron con franqueza su condición.

Seguidamente dieron comienzo los milicianos a un atroz registro. Al cabo de un buen rato de búsqueda brutal, encontraron la riquísima custodia de la Adoración Nocturna, el anillo pastoral del señor Obispo, gran cantidad de joyas y brillantes, propios y ajenos, otra custodia, cálices y algunos otros objetos sagrados, entre ellos una casulla.

El señor Tort intentó convencerles — y al parecer lo consiguió por el instante — de que aquellos objetos del culto procedían de su industria.

Al fin dieron por acabado el registro, después de tres horas de violento saqueo de armarios y cajones, apoderándose del cuantioso depósito del señor Tort, e incluso del dinero. Destruyeron y quemaron las imágenes y crucifijos.

— Bueno, ahora os vais a venir con nosotros.

Eligieron fríamente a sus víctimas. Todos los hombres — el señor Obispo, su familiar don Marcos y los hermanos Tort, salieron conducidos primero. Luego se llevaron también a Mercedes Tort Gavín, hija de don Antonio, y a las religiosas Montserrat Sabanés y María Torres.

Los dos grupos fueron conducidos por separado al Ateneo Colón, local que las «Patrullas» de San Adrián tenían en la calle de Pedro IV.

Uno de los forajidos que habían llevado a cabo el desvalijamiento se presentó con la casulla puesta. Otro, llevaba en triunfo la custodia de la Adoración Nocturna, que al principio creyeron era la de la Catedral.

El señor Obispo habló un momento en voz muy baja con sus compañeros.

— Animo — les dijo —. Y a dar alegremente la vida por Cristo. En seguida se puso a rezar.

Los milicianos, viendo la serenidad imperturbable del Prelado, le dijeron algunas palabras soeces, con ánimo de molestarle, pero ante la unción beatífica con que contestaba a todas las preguntas, le dejaron en paz.

Después de tres horas de espera, aquellos malhechores condujeron a sus prisioneros a la cárcel de San Elías, a excepción de Mercedes Tort, que pusieron en libertad. Allí preguntaron al señor Obispo si durante el tiempo que había permanecido en casa del señor Tort celebraba misa.

Bodas al por mayor.

La pintoresca «ceremonia» de celebrar en un instante varias bodas.



Boda de milicianos, en la que fué padrino Serra Hunter, vicepresidente del Parlamento catalán.



Carlos Pi Suñer, Serra Hunter, Companys y Gassol en la presidencia del homenaje separatista a Rafael de Casanova en septiembre de 1935.

Cómo fué asesinado el Obispo de Barcelona

189

— Sí, señores, celebraba todos los días, y si aquí me dejan, lo haré también. El mundo se sostiene por el sacrificio de la Misa — contestó con espontánea y admirable franqueza el doctor Irurita.

Un coro de carcajadas brutales acogió estas palabras.

Los carceleros registraron después a sus cautivos. Al señor Obispo le encontraron encima un rosario. Muy serio y grave, el doctor Irurita lo reclamó, y los milicianos, después de pensarla un rato, se lo devolvieron.

Lo mismo ocurrió con don Marcos Goñi y con los señores Tort; cada uno llevaba su rosario, y esta unanimidad extrañó a los malhechores.

— ¿Qué demonio hacíais con tanto rosario? — preguntó asombrado uno de ellos.

— No se extrañen ustedes; es que por la noche lo rezábamos en casa — dijo don Francisco Tort.

— Se ve que es buena gente — comentó entre las risotadas de los demás, uno de los forajidos.

Después de este interrogatorio, el Prelado y sus acompañantes fueron a parar a una misma celda.

Las dos religiosas pasaron al departamento de mujeres. Al ser interrogadas nuevamente, les dijeron:

— Este sacerdote, Manuel Luis Pérez, ¿sabéis si es el Obispo de Barcelona?

Contestaron evasivamente.

«Durante los dos días siguientes — dice en unas bellas cuartillas en que relata su cautiverio la Hermana María Torres — vimos a la hora del paseo a nuestros amigos. Pero no nos fué posible hablar con ellos. El señor Obispo, disimuladamente, nos dió en algunas ocasiones su bendición.»

La tragedia que esperaba a aquellos heroicos y abnegados varones no se retrasó. En la madrugada del día 4 de diciembre de 1936 sonó para ellos la hora. Los verdugos de la F.A.I., ejecutores oficiales entonces de la República, les sacaron junto con otros dos patriotas, a los que esperaba también el lauro ensangrentado del martirio. Se los llevaron a Moncada, en donde fueron asesinados y enterrados. Conforme se deduce de las últimas preguntas que hicieron a las Hermanas, aquellos sicarios habían identificado a sus víctimas. Sabían perfectamente que asesinaban al señor Obispo, a su familiar y a aquellos otros dos excelentes amigos del Prelado. A partir de aquella fecha, en el martirologio de la España cristiana lucían con resplandor glorioso cuatro nombres más.

estaban en igual situación, comenzaron a retirarse. Por unos momentos parece que la normalidad — la precaria y grotesca normalidad revolucionaria, se entiende — renació. Pero pronto corrió la noticia de que Rodríguez Salas había obrado en virtud de una orden concreta firmada por Aguadé, y de que la Generalidad, lejos de desistir de su propósito, se preparaba para repetirlo aquella noche. La cólera de los anarquistas fué extraordinaria. En el acto, el Comité Regional dió la orden de huelga general para el día siguiente y reiteró a los «Comités de Defensa» — grupos de forajidos de acción — la orden de ocupar *manu militari* la ciudad. En previsión de que fuese atacado el local central de la C.N.T., en la Vía Layetana, el Comité de Defensa decidió, en una reunión, hacer volver dos camiones blindados de una de las Divisiones Confederales del frente de Aragón, quedando la misma noche estacionados ante el edificio.

Cuando la Generalidad vió que la situación se hacía otra vez difícil, entabló negociaciones con la C.N.T. y la F.A.I. Los anarquistas exigieron entonces la dimisión inmediata de Rodríguez Salas y de Aguadé, culpables, según ellos, de la anómala situación creada. Companys no se mostró dispuesto a esta claudicación, y las negociaciones quedaron definitivamente rotas cuando ya eran más de las cinco de la madrugada.

A consecuencia de la lucha, ingresaron en el Depósito judicial diez cadáveres.

Aquel día, martes, 4 de mayo, se planteó la huelga general en Barcelona. No abrió la mayor parte del comercio y no funcionaron los talleres, las fábricas ni los más importantes servicios públicos. Barcelona quedó sin tranvías, que era la única tracción urbana de que se disponía entonces. Entretanto, los fuertes grupos de acción de la F.A.I. se habían dedicado a desarmar a la Guardia civil que la Generalidad pretendió movilizar a su favor. En el cuartel que existía en la calle de Méjico, al lado de los edificios de la Exposición, fueron desarmados nada menos que trescientos guardias civiles. Lo mismo ocurrió en los diversos cuarteles que existían en las barriadas obreras. Los guardias entregaron las armas sin resistencia, pues si bien en el fondo de su alma odiaban a la F.A.I., la verdad es que no sentían ningún fervor por la Generalidad ni por los personajes revolucionarios y catalanistas que entonces les mandaban. En cambio, los anarquistas montaron diversos cuarteles improvisados, entre ellos, uno en la Plaza de Toros Las Arenas, donde hicieron una gran concentración de sus afiliados.

Complementando estas medidas de agresión, los anarquistas levantaron barricadas en casi toda la ciudad y se parapetaron fuertemente en sus locales, desde los cuales hostilizaban a la fuerza pública. Se vió en seguida que la organización ofensiva de la F.A.I. era muy fuerte, y que la Generalidad, con los medios de que disponía, no lograba vencerla. Pero Companys y sus secuaces no contaban sólo con sus fuerzas, sino con la ayuda que ya habían requerido del «Gobierno» republicano, a la sazón residente en Valencia, el cual les anunció que inmediatamente les mandaría refuerzos para sofocar



El Hotel Ritz convertido en «Hotel Gastronómico n.º 1».



Una expedición requisa de colchones.



El entierro del salteador Durruti dio ocasión en Barcelona a una estrepitosa demostración popular. Companys, Owsenceno, García Oliver y otros personajes rojos en la presidencia del entierro.



El coche fúnebre custodiado por los milicianos de la F. A. I.



Inauguración de una lápida imponiendo a la Vía Layetana el nombre de Durruti.
La lápida. — Presidencia del acto.



Fin de la hegemonía de la F.A.I.

197

la sedición. En efecto, aquel mismo día llegaron a Barcelona dos buques de guerra, pero como éstos eran aún insuficientes, se limitaron a permanecer a la expectativa frente al puerto.

Los Comités Regionales de la C.N.T. y la F.A.I. radiaron, e hicieron circular impreso, el siguiente manifiesto:

«Ciudadanos: La C.N.T. y la F.A.I. se dirige a todos vosotros para comunicaros que no está dispuesta a hacer correr la sangre de los hermanos proletarios por las calles de Barcelona. Pero tampoco puede tolerar las provocaciones por parte de aquellos que, al amparo de un cargo oficial, quieran atropellar los derechos de la C.N.T. y la F.A.I. tal como ha sucedido ayer, efectuando el asalto a la Telefónica.»

Unas horas más tarde, en vista del giro sangriento que tomaban los sucesos, la C.N.T. publicó otro manifiesto que pudiéramos llamar justificativo. En él decía, entre otras cosas:

«No somos responsables de lo que sucede; no estamos atacando, nos estamos defendiendo. No fuimos los que empezamos ni los que provocamos. Somos los que responden, como pueden, al desafío, a la injuria, a la calumnia y a la fuerza.»

La lucha en las calles era, entretanto, muy sangrienta. Las fuerzas de la Generalidad, guardias de Asalto y Mozos de Escuadra, reforzadas por grupos voluntarios de comunistas, del P.S.U.C., de Estat Catalá, e incluso de socialistas de la U.G.T., luchaban violentamente contra los elementos de la C.N.T. y F.A.I., robustecidos, a su vez, por grupos del P.O.U.M., que en este trance, como en todos los ocurridos desde el estallido de la revolución, hacia causa común con los anarquistas. Obedecía con ello a un instintivo impulso de conservación, pues los sucesos que estaban ocurriendo iban a ser para el P.O.U.M. mucho más fatales todavía que para el sindicalismo rojo.

Por una y otra parte cayeron abundantes víctimas. En las barriadas obreras, la F.A.I. se impuso pronto y renació una a modo de sombría tranquilidad, pero en el centro de la población se combatía sin tregua. En su folleto *Los sucesos de Barcelona*, el Comité Nacional de la C.N.T. lo reconoce así. «A cada hora — dice — aumentaba el encono y el odio.»

A las cinco de la tarde llegaron en avión desde Valencia los comisionados que mandaba el «Gobierno» de la República para imponer paz en Barcelona. Eran, de una parte, el Ministro de Justicia, García Oliver; «la Ministra» de Sanidad, Federica Montseny, y el secretario nacional de la C.N.T., Mariano R. Vázquez, y de otra parte, los socialistas, directivos de la U.G.T., Muñoz y Hernández Zancajo.

En la Generalidad se celebró una reunión laboriosísima, a la que asistieron todos estos elementos y representaciones de los diversos grupos en lucha. Companys presidió la reunión. Se convino en atender la mayor parte de las reclamaciones anarquistas, reorganizar el Consejo de la Generalidad para dar salida airosa a Aguadé y desistir de la ocupación de la Telefónica. En realidad, Companys no hacía sino una maniobra para dar tiempo a que lle-

ran sucesos semejantes a los de mayo, la labor de desarme y acorralamiento de la F.A.I. se fué haciendo poco a poco y con toda precaución. Viejas inculpaciones, hasta entonces desoídas, fueron desempolvadas para exigir responsabilidades. El primer asunto que se puso sobre el tapete fué el de los cementerios clandestinos. Era público en Barcelona que hasta entonces la F.A.I. había enterrado una gran parte de las personas a las que asesinaba, en ciertos lugares de los alrededores de la ciudad habilitados como cementerios; pero, como en estas grandes fosas comunes no se ejercía vigilancia ni control, era imposible saber el número de víctimas inmoladas por la F.A.I. El tema apasionaba, y en diversas ocasiones se había instigado a la Generalidad para que se hiciese luz en tan tenebroso asunto.

Con la misión de esclarecer lo que hubiese de cierto sobre los cementerios clandestinos, se nombró juez especial al abogado y destacado militante de la Esquerra, José Bertrán de Quintana. Apenas comenzó éste a actuar, fueron descubiertos dos importantes cementerios: uno en Las Corts y otro en Moncada. Se tenía la seguridad de que había otros muchos, pero, por el momento, se juzgó conveniente no avanzar más en la investigación. Estos macabros descubrimientos fueron bastante para que Bertrán de Quintana tuviese que decretar algunos procesamientos, entre ellos el del ex jefe de Servicios de la Comisaría de Orden Público, Dionisio Eroles, que, según todas las referencias, fué el creador de aquellos campos de la muerte.

Poco tiempo después, desempolvando una denuncia sobre el asesinato de cuarenta y cuatro Hermanos Maristas, a los que se estafó, como ya hemos narrado, 200,000 francos, prometiéndoles la inmediata salida a Francia, se detuvo a Aurelio Fernández, el tétrico malhechor, principal responsable de las gigantescas hecatombes perpetradas por las «Patrullas de control».

Complicados en estos asuntos y en otros varios que se desarchivaron, fueron, asimismo, detenidos bastantes sujetos significados del movimiento anarquista. Pero cuando parecía que se iba a continuar por este camino, la F.A.I., amenazando con reproducir los sucesos de mayo, y retirar de los frentes sus brigadas de combatientes, obligó a cejar en la persecución. La principal presión la hicieron sobre la U.G.T., cuyos más significados elementos recibieron intimidaciones muy graves. El resultado fué que el Consejero de Trabajo, afecto a la U.G.T., Rafael Vidiella, hiciese unas declaraciones lamentándose le que los Juzgados admitiesen las denuncias contra los que hasta entonces habían venido obrando revolucionariamente. «Esto es — dijo — como si se sometiese a proceso a la propia revolución. Bien que se procese a los que han actuado en sentido de lucro o bien que hayan aprovechado los hechos revolucionarios para eliminar enemigos personales, pero no a los que lo hicieron por defender el nuevo orden social.» También el Ayuntamiento de Barcelona, por las mismas presiones de la F.A.I., tomó el acuerdo de pedir «que terminase toda política represiva contra los hombres y las instituciones de la revolución».

Contrariando los deseos del P.S.U.C. y de Comorera, que preconizaban



El socialista Rodríguez Salas (x) toma posesión del cargo de Comisario General de Orden público.
(Diciembre de 1936).



Toma de posesión del Jefe de Servicios de la Comisaría de Orden Público Dionisio Eroles.



Llegada a Barcelona de uno de los primeros grupos de indeseables extranjeros que constituyeron las Brigadas Internacionales.



Presidencia de un mitin marxista en la Plaza de Toros Monumental.



El titulado presidente de la grotesca «República de Euzkadi», Aguirre, durante la visita que hizo a Companys, cuando, fugitivo del Norte, llegó a Barcelona en busca de refugio.

Fin de la hegemonía de la F.A.I.

205

el mantenimiento de la persecución de los anarquistas, la Generalidad dió marcha atrás, y el asunto de los cementerios clandestinos y otros muchos de igual índole infame y siniestra quedaron sin esclarecer.

De todos modos, como las bandas armadas de la F.A.I. seguían actuando con bastante descaro, se siguió con ellas la política de acorralamiento puesta en práctica ya antes con escasa eficacia. La última actuación de alguna energía contra aquellas bandas de criminales fué la ocupación violenta del colegio de las Escuelas Pías, de la Ronda de San Antonio, edificio grandioso que los anarquistas tenían convertido en fortaleza y arsenal, después de hacer en él una costosísima reparación para poder habilitarlo, ya que por efecto del incendio había quedado en estado ruinoso. Su ocupación dió lugar a un aparatoso asedio que duró casi dos días, y en él intervinieron miles de guardias, artillería y tanques, aunque éstos se emplearon sólo en último trance como elemento intimidatorio. Los defensores del edificio se rindieron, consiguiendo escapar la mayor parte de ellos por los terrados inmediatos. Los guardias se incautaron de ciento cincuenta cajas de cartuchos, ciento sesenta fusiles, un mortero, tres ametralladoras, gran número de uniformes de guardias de Asalto y una extraordinaria cantidad de víveres.

Esta fué la última actuación decidida de la Generalidad contra el anarquismo, el cual, bastante quebrantado por estas sucesivas humillaciones y derrotas, ya no volvió a alcanzar en el curso de la revolución roja su antigua preponderancia, si bien sus bandas clandestinas de criminales continuaron siendo hasta el final un bárbaro azote para Barcelona.

6. Exterminio del P.O.U.M.

Movidos secretamente por los omnipotentes agentes de Rusia, Rosenberg, embajador, y Owscenco, cónsul general, los «Gobiernos» de Valencia y Barcelona estaban resueltos a llevar a la práctica un mismo propósito: la expulsión de los anarquistas de los puestos de influencia de que se apoderaron por la fuerza en los primeros tiempos revolucionarios, y el exterminio del P.O.U.M., grupo trotskista, odiado hasta la ferocidad por los servidores de Moscú. Realizada la primera parte del programa en los sucesos de mayo e incidencias políticas que le sucedieron, se acometió en seguida la segunda. Fué del siguiente modo:

El día 22 de julio de 1937 la policía dió a la prensa una noticia sensacional. Había sido descubierta una supuesta trama de espionaje al servicio del Gobierno Nacional, organización que venía funcionando por medio de individuos infiltrados en el Partido Obrero de Unificación Marxista. En consecuencia, fueron detenidos los principales complicados. Eran éstos, Andrés Nin, ex Consejero de Justicia de la Generalidad; Jorge Arquer, Julián Gómez (Gorkin), Juan Andrade, Enrique Adroher (Gironella), Pedro Bonet Cuito (David Rey); y algunos otros dirigentes del Partido. También se detu-

de arte en los que aun quedaba algo por «requisar», con el fin de constituir aquél «fondo de guerra propio» que tanto preocupaba a los anarquistas.

En cuanto se conoció en Barcelona este caso, los anarquistas pretendieron imitarlo. La Generalidad, que si bien recelaba de la Guardia civil, se fiaba mucho menos de los criminales de la F.A.I., anunció que se opondría con todas sus fuerzas. Pasaron unos días que debieron de ser para la Guardia civil de angustiosa incertidumbre. Hubo instantes en que el desarme parecía inminente. Entre los guardias había muchos que, cansados de sufrir vejaciones, optaban ya por morir luchando contra las hordas anarquistas. Al fin, el día 16 de octubre, la prensa de Barcelona publicó la siguiente nota, que nosotros tomamos íntegramente de *El Diluvio*:

«UNA ADVERTENCIA. — El Departamento de la Guardia Nacional Republicana del Consejo de Obreros y Soldados y demás Cuerpos similares de España ruega la publicación de la siguiente nota:

Han circulado unas hojas provocativas, que denuncian influencia facciosa, en las que se incita a los obreros a proceder con la Guardia Nacional Republicana en la misma forma que lo hizo en Valencia una columna que venía del frente.

Aquel acto fué producido por la confusión de una orden que motivó una precipitación innecesaria y contraproducente, y en cuanto a Barcelona, sería desmoralizador este proceder, ya que todos los Cuerpos armados tienen sus Comités revolucionarios que obran al unísono con los obreros dentro de los Consejos de Obreros y Soldados y demás Cuerpos similares y son acreedores a la máxima confianza.

Deberán, por tanto, obreros y organizaciones, rechazar cualquier sugerencia en este sentido y detener al que ofrezca la menor sospecha de agente provocador..

No se llegó al desarme. Los anarquistas, que ya por aquella fecha participaban en el «Gobierno» de la Generalidad y en el de Valencia, se contuvieron. Pero solapadamente, de un modo subterráneo y corrosivo, prosiguió la obra de vejaciones y ataques y la siembra de recelos contra la Guardia civil.

Cuando la invención de la «Quinta columna», se afirmaba en los medios extremistas que los mejores valedores de los fascistas emboscados eran los miembros de la Guardia Nacional Republicana. Para acallar este rumor se cambiaron los mandos y se expulsó del Cuerpo a buen número de guardias, a los que sus compañeros del Comité acusaban de republicanos «tibios».

Tampoco esta medida satisfizo. Anarquistas, comunistas y socialistas no podían olvidar sus antiguas luchas contra la Guardia civil, y ahora tenían ocasión de vengarse. Se prosiguió con redoblado furor entre las masas enloquecidas la campaña de odio y descrédito. Al fin, en los primeros meses del año 1937, se consiguió urdir contra ellos un plan siniestro. Un grupo bastante extenso fué acusado de manejos de «Quinta columna». Se dió en seguida orden de detención de los supuestos complicados, y se desarmó a otros muchos, tachados de simpatía con los detenidos.



Una representación de las organizaciones sindicales y otra del Consejo de Defensa de Aragón, al despedirse del cónsul ruso, Owscenco, antes de partir para Rusia, en donde asistieron como invitados a las fiestas conmemorativas del XIX aniversario de la revolución soviética.



Recepción celebrada en honor de los delegados sindicales y otras representaciones catalanas que asistieron, en Rusia, a las fiestas conmemorativas de la implantación del bolchevismo.



Un aspecto del mitin comunista.



El cónsul de Rusia, Owscenco, asistiendo desde un palco a un acto de propaganda comunista en la Plaza de Toros Monumental.

Los consejos de obreros y soldados

213

Después de infinitas maniobras para hacer difícil la situación de los sospechosos, la *Gaceta* del día 13 de abril del mismo año publicó una extensísima relación de jefes, oficiales e individuos de tropa de la Guardia Nacional Republicana a los que se separaba del Cuerpo. Más del cuarenta por ciento de los oficiales que prestaban servicio en Barcelona figuraban en aquella terrible lista negra. A pesar de este lanzamiento en masa, la C.N.T. no se declaraba conforme y acusó al Consejero de Seguridad Interior de la Generalidad, Artemio Agudé, de haber excluido indebidamente de la orden de expulsión a un capitán, cuatro tenientes, cuatro alfereces, diecinueve brigadas, dieciocho sargentos, veintitrés cabos y cincuenta y ocho guardias.

De los expulsados, un número bastante considerable fué asesinado en las checas privadas de la C.N.T., de la U.G. T. y del P.S.U.C.

Todavía se prolongaron unos meses más los tormentos de aquellos hombres. Durante los sucesos ocurridos en Barcelona en mayo de 1937, la acción más tenaz de los anarquistas se dirigió contra la Guardia civil, que en casi toda la ciudad fué desarmada o tuvo que sucumbir.

La traición negra de un día de desfallecimiento y de ceguera fué pagada a bien duro precio.

tado en un chalet de la calle de Ganduxer, el cual actuaba por su cuenta en algunos asuntos, practicando detenciones y asesinatos, con un grupo de agentes que capitaneaba. Una mujer rusa, que usaba el apellido, nada eslavo, de Gilbert, sirvió de agente de enlace entre el cónsul de Rusia, Antonow Owscenco, y el S.I.M. Otros extranjeros, aun no identificados, pululaban también en torno a la siniestra organización.

Liberada Barcelona, los autores de este libro pudieron comprobar por sus propios ojos que cuanto se había dicho de las checas del S.I.M., no sólo era verdad, sino que resultaba ligero, impreciso y vago ante la realidad aterradora. Verdad las torturas crueles, los suplicios de refinada y sádica perversidad, los martirios fríos y metódicos para aniquilar el cuerpo y abatir la entereza de los más esforzados patriotas. Cuanto de cruel, de satánico y de bárbaro puede imaginar una mente enferma por el rencor, cuanto sólo es capaz de concebir un cerebro enfebrecido, tenía realidad desgarradora en estas sombrías mazmorras.

El S.I.M. comenzó a funcionar, como organización policial, en otoño de 1936. Su Jefatura central radicó al principio en Valencia, donde se había aposentado el fugitivo «Gobierno» de Madrid, y pasó con éste a Barcelona en el otoño del año 37. Su primer jefe en esta capital fué el titulado coronel Uribarri, que al cabo de unos meses escapó al extranjero, llevándose un valioso botín en dinero y joyas. Asumió entonces la Jefatura un sujeto llamado Garcés, que solía llevar uniforme de capitán. Como colaboradores principales del «personaje» se destacaron una pandilla de malhechores llamados Urueña, Garrigós, Alegría, Cobos y Vázquez, en unión de los extranjeros que ya hemos citado.

Ninguno de los atestados formulados por los agentes del S.I.M. iban firmados por quienes realizaban el servicio o recibían la declaración de los inculpados. Dichas declaraciones constaban como prestadas ante «la Sección de Interrogadores» o ante «el funcionario que suscribe» — pero que nunca firmaba —, o «del Instructor Habilitado que provee» y «del Secretario que certifica», cuyos nombres no aparecen jamás.

La documentación que se remitía, junto con los detenidos, por el S.I.M., a los Tribunales Especiales de Guardia, iba encabezada como «Propuesta que eleva esta Ponencia Jurídica — la del S.I.M., naturalmente —, a fin de que las diligencias gubernativas seguidas contra los encartados que se relacionan al margen, se cursen al Tribunal Especial de Alta Traición y Espionaje a los efectos procesales pertinentes».

Tales «Propuestas» acostumbraban a dividirse en tres puntos: a) resumen de cargos, extracto del atestado, b) manifestación de que los inculpados aparecen convictos y confesos, c) definición del delito y competencia del Tribunal en cuestión.

Los agentes de la «Autoridad» — fuesen o no del S.I.M. — nunca fueron llamados a ratificarse ante el Tribunal sentenciador. Este fallaba, más que sobre el interrogatorio de los «reos», sobre la prueba documental, única vá-



Manifestación con motivo del aniversario de la revolución rusa.



«Los obreros revolucionarios españoles felicitan a la República soviética en ocasión del aniversario de la revolución de octubre.» (Traducción castellana de la inscripción rusa de la pancarta.)

lida para ellos, que consistía en las diligencias o atestados de la Policía. En realidad, los Tribunales holgaban.

El S.I.M. convirtió en lugares de detención los Palacios de las Misiones y de Arte Moderno de Montjuich, el chalet llamado «La Tamarita» — del barrio de la Bonanova —, el Seminario Conciliar y sendos edificios de las calles de Vallmajor y Zaragoza — de la barriada de San Gervasio —. El castillo de Montjuich, que de prisión militar pasó a ser cárcel común, fué puesto bajo la dependencia del S.I.M., y lo mismo se hizo con los buques «Uruguay», «Argentina» y «Villa de Madrid», habilitados como cárceles flotantes.

De todas estas prisiones, las más importantes, no por su capacidad, sino por su función, fueron las instaladas en las calles de Vallmajor y Zaragoza, llamadas Preventorio «D» y Preventorio «G», que fueron, en realidad, verdaderas checas al estilo ruso.

En los trabajos que se realizaron para la habilitación de estos locales, antiguos conventos, ambos, como lugares de suplicio, aparece la figura, llena de inquietante misterio, de otro extranjero, Alfonso Laurencic, uno de esos criminaloides que los períodos turbulentos de toda revolución demagógica sacan a flote. Nacido en Francia, de padres austriacos, nacionalizado como yugoeslavo, antiguo sargento de la Legión Extranjera de Marruecos, resulta uno de los personajes más complicados y curiosos de cuantos intervienen en aquel grupo de malhechores. Residió en Barcelona desde hacía muchos años, ejerciendo profesiones accidentales y temporeras. Al producirse el Alzamiento, era director de una pequeña orquesta que actuaba en cierto turbio local del Paralelo, pero antes había sido dibujante, pintor, intérprete — conocía siete idiomas a la perfección —, y en ocasiones se hacía pasar por arquitecto o ingeniero, y aunque no había cursado oficialmente estas últimas profesiones técnicas, es indudable que tenía de ellas nociones bastante amplias.

Laurencic se puso al servicio de la revolución roja el mismo 19 de julio, fecha en que, formando parte de las turbas, asistió a muchas de las matanzas, incendios y saqueos que cometió el populacho en Barcelona. Sirvió luego en la Comisaría General de Orden Público, fué oficial de milicias del P.O.U.M., agente del servicio de contraespionaje y de otras actividades semejantes. Pero como su vocación principal era la intriga y la traición, a las que su temperamento complicado le impulsaba, fué, finalmente, apresado por sus propios amigos, los rojos, y puesto a disposición del S.I.M. Y es en este trance cuando Laurencic entabla conocimiento directo con los jefes de aquella organización represiva y ofrece la fertilidad de su ingenio satánico a las ansias malsanas de tales sujetos.

La situación de Laurencic cambia de improviso dentro de las prisiones del S.I.M., pasando a encargarse, en su falsa condición de arquitecto, de la construcción de las celdas de tortura de dos de las checas que el S.I.M. convirtió en principales centros de castigo. Detenido este sujeto al realizarse la liberación de Cataluña, él mismo relata la intervención decisiva que tuvo



El barco ruso «Ziryanin», cuya llegada a Barcelona en las primeras semanas de la revolución, dió motivo a que se celebrasen grandes demostraciones soviéticas.



El cónsul ruso Owscenco, el capitán del «Ziryanin» y otros individuos rusos con el Comisario de Propaganda de la Generalidad, Miravilles (x).



El escritor soviético Ilya Eremburg (x) y otros sujetos encargados de la propaganda comunista en España, durante una de las visitas oficiales a Companys en su despacho de la Generalidad.

6. Un testimonio expresivo

Usando de estos procedimientos, el S.I.M. consiguió ser la organización represiva más odiada y temida de todos los tiempos. Un ejército de espías y confidentes, a sueldo del «Estado» rojo, se encargaba de facilitarle las víctimas. En todos los lugares y en todas las actividades, incluso en las íntimas del hogar, la pupila vigilante del S.I.M. lo escrutaba todo. Para vigilar los hogares se valía especialmente de las sirvientas y porteros, profesionales en las que, por desgracia, era incontable el número de personas viles.

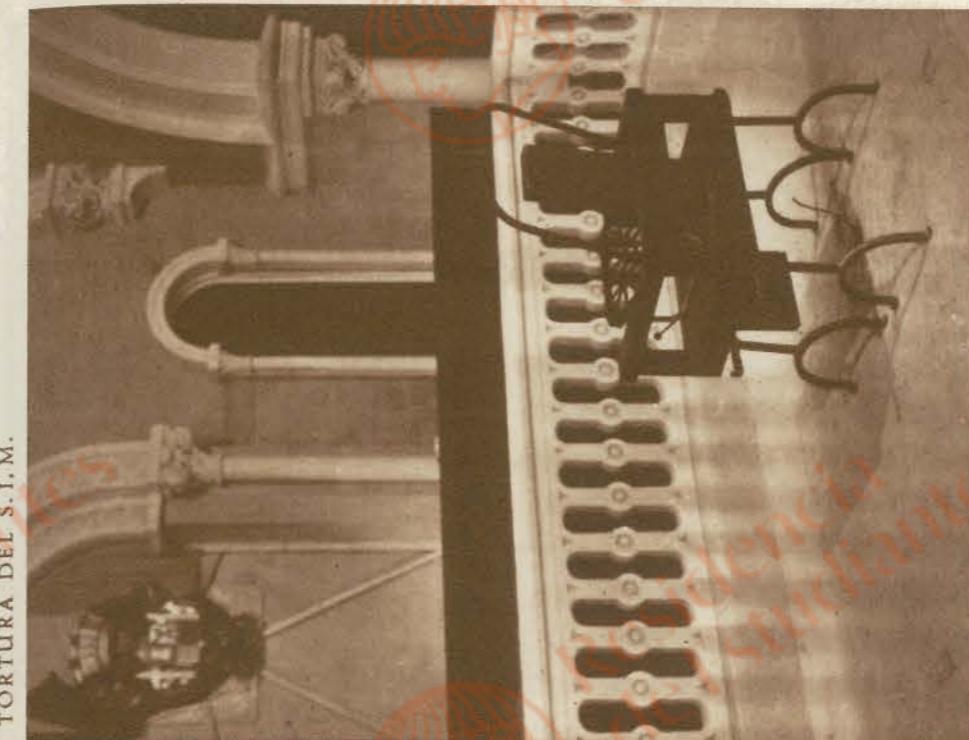
Se editaron carteles de enorme fuerza expresiva, difundidos por toda la ciudad, estimulando a las primeras a escuchar con atención las conversaciones de las «colas» y a los segundos, a delatar cuanto observasen de sospechoso en los inmuebles encomendados a su vigilancia.

Para sembrar el terror de manera que nadie pudiese escapar a sus efectos, el S.I.M., siguiendo un método auténticamente soviético, practicó millones de detenciones en las mismas filas de los partidos rojos y de las organizaciones sociales y políticas que servían a la revolución. Estas detenciones se justificaban con el pretexto de supuestas actividades antirrevolucionarias, con el de tibiaza en el servicio de la causa roja y con el de supuestas complacencias o inteligencias con grupos que actuaban en la retaguardia en favor de la Causa Nacional. Pero una gran parte de estas detenciones, la mayoría posiblemente, se realizaba con el propósito único de demostrar que el S.I.M. llegaba con su acción escrutadora y vigilante hasta las filas de los propios adictos. Esto explica el gran número de elementos rojos que en la última fase de la revolución marxista pasaron por las cárceles del S.I.M.; algunos de ellos se han servido de esta accidental persecución para presentarse luego como elementos adictos a los principios de la campaña de liberación.

Los tormentos del S.I.M. han sido atestiguados, no sólo por la realidad patenté de las checas, visibles para cuantos desean contemplarlas, sino por las declaraciones de centenares de personas de la mayor solvencia. Profesionales universitarios, escritores, industriales, empleados y obreros, contra los cuales actuaba el S.I.M. sin preferencia alguna, han proclamado el horror de los suplicios a que se les sometió. Muchos de los que milagrosamente salieron con vida de las ergástulas en cuestión, sucumbieron a enfermedades allí contraídas, aun antes de que Barcelona fuese liberada. No podía ser de otra manera.

Durante la celebración del Consejo de guerra en que se juzgó al constructor de las celdas de castigo, Laurencic, el letrado don Manuel Goday Prat, secretario entonces — así como en los momentos en que se escribe este libro — del Colegio de Abogados de Barcelona, no sólo atestiguó haber sufrido prisión y tortura en las cárceles del S.I.M. y haber presenciado el trato cruel dado a

LOS CÉLEBRES ANTROS DE TORTURA DEL S.I.M.

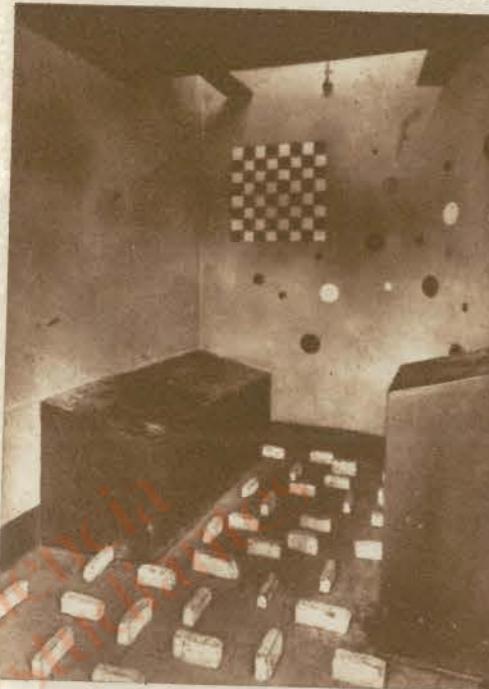


Esta es la silla eléctrica que funcionaba en el salón de interrogatorios de la checa de la calle de Zaragoza.



Una de las celdas de castigo de la misma checa. Las manchas que se observan en la pared del camastro de cemento son huellas de la sangre vertida por muchos torturados.

CHECA DE LA CALLE DE VALLMAJOR



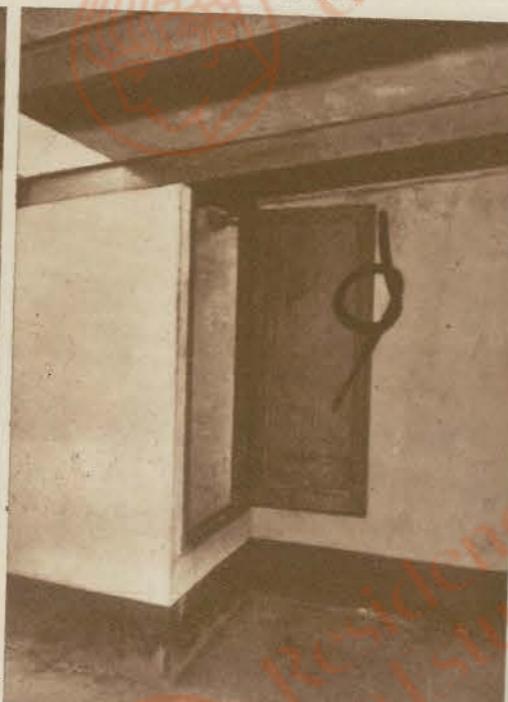
Una de las celdas «alucinantes».



Pasillo que daba acceso a las terribles celdas llamadas neveras.



Celdas de las campanillas, uno de los más horripilantes tormentos que se aplicaban en las checas, reservado para los presos «de calidad».



Ducha con manguera a cuyo suplicio se sometía a los detenidos en pleno rigor invernal y por un período de más de dos horas.

Ultima etapa del Terror

229

otros presos, sino que hizo constar que el Colegio de Abogados denunció al Ministro de Justicia de Negrín, el nacionalista vasco Irujo, la existencia de las checas y los métodos brutales que en ella se empleaban. Simulando una gran indignación, Irujo les dijo:

— O yo acabo con las checas o las checas acaban conmigo.

Siguiendo las indicaciones del Ministro, el señor Goday formuló una denuncia en nombre del Colegio de Abogados y la envió al fiscal del Supremo. Como consecuencia de estas gestiones — siempre según afirmaciones del señor Goday hechas ante el Consejo —, el «Gobierno» rojo celebró una reunión para tratar de la abolición de las checas, pero los Ministros comunistas Hernández y Uribe se impusieron, y el S.I.M. no sólo siguió actuando, sino que aun adquirió mayor prepotencia.

7. El Tribunal Militar Permanente

En acción simultánea con la de los Tribunales de Urgencia y de Guardia y del Tribunal de Alta Traición y Espionaje, funcionaba también en Barcelona el llamado Tribunal Militar Permanente de Cataluña, encargado de la persecución y condena de los hombres comprendidos en los llamamientos militares que no se habían incorporado a filas o bien que desertaban después de la incorporación. Realmente, el número de las deserciones era abrumador, pero el Tribunal Militar, impertérrito, no se cansaba de fulminar penas de muerte contra los que caían bajo su garra, contribuyendo así eficazmente a la campaña de espanto que realizaba Negrín.

De vez en cuando, para que el terror no decreciese, Negrín decretaba ingentes «razzias» de toda clase de personas, bajo el pretexto de ser desafectas al régimen. En estas ocasiones, a pesar del enorme número de locales aprovechados para cárceles, aun había que habilitar otros más con carácter provisional. Como represalia por el avance de las tropas nacionales sobre el Ebro y el Segre, que culminó con la conquista de Lérida, el «Gobierno» rojo decretó una de aquellas tremendas redadas, que se llevó a cabo el día 3 de abril de 1938. Se calcula que en una sola jornada fueron detenidas unas ocho mil personas. Durante los días siguientes volvieron a aparecer algunas personas asesinadas en los descampados próximos a la población. Era el «desquite» de la derrota militar.

guido y de aupar hasta su terminación definitiva una campaña tan bien empezada.

Ciñéndonos al tema de nuestro libro y limitando al estricto mínimo la enumeración, está probado que los personajes rojos que tuvieron positivo valimiento y mayor autoridad antes y después del Alzamiento, pertenecían a la secta.

Eran masones:

a) Casi todos los miembros del «Gobierno» de Companys, con éste al frente.

b) Muchos jefes de los partidos Socialista, Esquerra Catalana, Unión Republicana e Izquierda Republicana.

c) Entre otros militares que tuvieron destacada actuación en Barcelona: el general Pozas; el coronel Moracho; el teniente coronel Díaz Sandino; los comandantes Escobar Udaondo, Sanz Neira (Antonio), Pérez Farrás y Soriaño, y los capitanes Escofet, Bayo, Meana y Medrano.

d) Quero Molares, que regentó el Departamento de Justicia de la Generalidad; Eduardo Ragassol, Subsecretario del mismo Departamento; Rodríguez Dranguet, de tan odiosa memoria por su actuación en el Palacio de Justicia, y el de no menos triste recuerdo Eduardo Barriobero, como también el Presidente de la Audiencia, Andreu Abelló; los Secretarios de los Tribunales Especiales de Guardia, Benet y Bruguera Ternes; los magistrados Darnell, De Pablo, Salvá, Pérez Caballero y Chaparro; los Vocales civiles de los Tribunales Especiales de Guardia, hermanos Caparrós Flores y Gómez Gil y los miembros del de Espionaje y Alta Traición, Pelayo Sala, Martín López, Gálvez, Santiago Sentís.

e) Los periodistas que se significaron por su odio a la Iglesia y a la Patria.

f) La mayoría de los que por radio o empleando cualquier otra clase de propaganda, se ocuparon en el bajo cometido de deshonrar a España, forjando una nueva leyenda negra. No en balde calificó Menéndez Pelayo a los masones españoles de «legión de traidores y eterno vilipendio de los males del mundo».

b) Testimonios de su actuación

Transcribimos algunas pruebas documentales de la participación de la Masonería, como tal organismo, en la revolución.

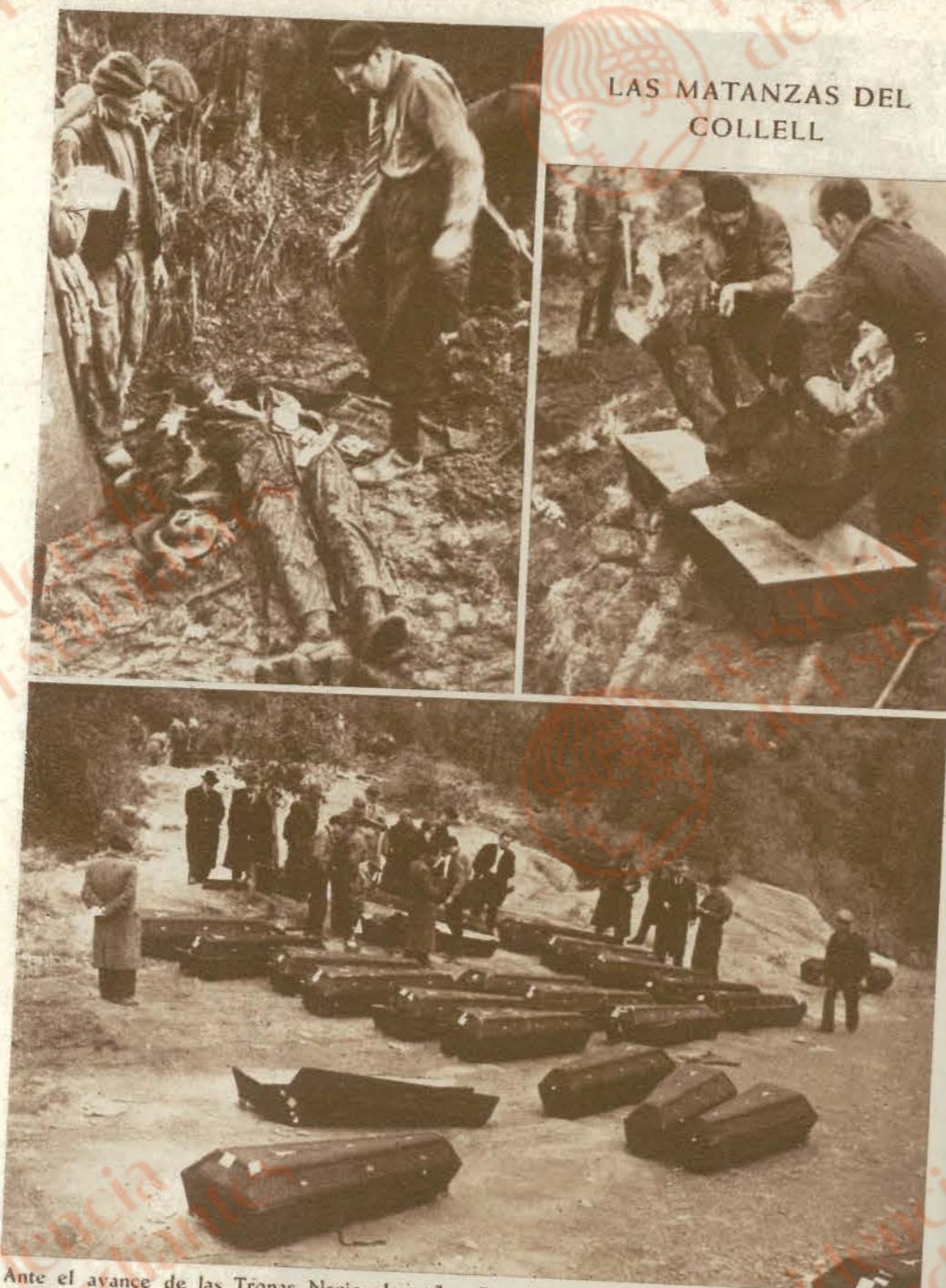
El 15 de octubre de 1936 se publicó en la prensa local un documento masónico, del cual copiamos los elocuentes párrafos siguientes:

«Los masones españoles, que no son simplemente masones sino que están sujetos a una u otra disciplina política de izquierda, piden a sus compañeros de lucha en esta cruzada por la libertad de España, que no perdure en ellos, ni un momento más, la menor sombra de duda sobre su actuación, y precisan



En los últimos meses del dominio rojo; las gentes hambrientas buscaban afanosamente en los montones de basura hasta los más infimos residuos alimenticios.

LAS MATANZAS DEL
COLLELL



Ante el avance de las Tropas Nacionales sobre Barcelona, la horda se desbandó hacia Francia, llevándose tras si una parte de los presos que tenía en sus cárceles. Durante este terrible éxodo, en el Santuario de Nuestra Señora del Coll, fué perpetrada una matanza bárbara. Cuarenta y ocho patriotas fueron sacrificados sin piedad. He aquí algunos aspectos de la exhumación de sus restos mortales, realizada unos meses después, para su traslado a Barcelona.

LVI

Ambiente de la retaguardia

237

que eran masones los que en su día, allá por el mes de marzo de este año, denunciaron al Gobierno de entonces que, con motivo de una fiesta militar en Marruecos, se hizo allí por jefes y oficiales reunidos la apología del fascismo, y se brindó con todo descaro por el fascio. Que eran masones también los que con todos los detalles pusieron al corriente a Casares Quiroga, Presidente del Gobierno y Ministro de la Guerra a la sazón, del vasto complot militar que tramaban los generales Sanjurjo, Goded, Franco, Mola, Queipo de Llano y otros en confabulación con Portugal y a base de la sublevación de las tropas de Marruecos y Marina de guerra, en los instantes de estallar el movimiento, lo que igualmente fué comunicado a otros ministros y al señor Alonso Mallol.

Gracias a la previsión de los masones, una gran parte de los mandos de la Guardia Civil y de Asalto estaban en manos de verdaderos republicanos al estallar la revolución. Masones eran los que consiguieron que la mayor parte de nuestra Marina de guerra se pusiera de parte del pueblo, desarmando a los jefes y facciosos; masones los aviadores que en lugar tan heroico han dejado nuestra aviación; masones gran parte de jefes y oficiales de Asalto fusilados por los facciosos en los sitios ocupados por ellos. Ved la estadística de jefes muertos en los frentes y en los puestos de mando, o ya como simples soldados de filas, y veréis como en su mayor parte eran masones, como lo son los que mandaban un gran número de columnas; masones son también la mayoría de los que en la prensa, en la tribuna o ante el micrófono, mantienen el fuego sagrado de la causa; masones los que dirigen la victoria desde la retaguardia; masones los que en el extranjero luchan para hacer rectificar el desastroso acuerdo de neutralidad, y los que contrarrestan el espionaje y la acción internacional fascista que se desarrolla contra nuestro país. ¿Es posible, pues, poner por nadie en entredicho a los buenos masones? ¿Quién ha dado más, sin pedir nada? ¿Es mucho pedir que por los demás hermanos de la lucha se considere a los buenos masones tan dignos como el que más, en tan magna empresa de liberación del pueblo español?»

El 7 de enero de 1937, y también en la prensa roja, se publicó un manifiesto de la Gran Logia Regional del Nordeste de España, domiciliada en Barcelona, calle de Aviñó, 27, pral., intitulado: «La Masonería al pueblo catalán», en el que se afirma que los altos organismos de la Masonería han hecho patente su adhesión a la causa del pueblo y que esta adhesión no se ha limitado al platonismo de un manifiesto, sino que ha sido firmada en rojo con la sangre de valiosísimos elementos de la misma. Y añade, que lo mejor de los cuadros masónicos está luchando en los frentes de combate por la libertad del pueblo en armas, y que en todos los tiempos y en todas las épocas la Masonería ha figurado en la vanguardia de los movimientos libertarios.

El 19 de febrero del mismo año, la citada Gran Logia Nacional publicó otro manifiesto, con el título: «La Francmasonería de Cataluña, al Pueblo», del que damos una copia fotográfica.

por los Sindicatos. Gran parte de estos comités de control se convirtieron pronto en «comités de empresa»,¹ ésto es, en señores absolutos del taller, fábrica o comercio que regentaban.

Entonces empezó a verse que la función directiva era mucho más complicada de lo que con su criterio simplista habían imaginado los obreros. Una de sus sorpresas mayores fué la de descubrir que gran parte de negocios que ellos suponían prósperos, trabajaban con pérdidas o se desenvolvían en una verdadera penuria económica. Otra dificultad fué que ciertas industrias trabajaban para un medio social que la revolución quería precisamente abolir, como eran las suntuarias, bastante reducidas desde la instauración de la república, pero aun importantes. Dificultad no menor era para otras industrias el trabajar con poco o ningún capital y gracias únicamente al crédito del patrono y a los arbitrismos de éste, posibles sólo en virtud de su constante desvelo y a su experiencia en el negocio.

Otra manifestación del simplismo, por no decir simpleza, de ciertas categorías del peonaje, era el creer que el capital consistía en una masa metálica, siempre en estado de liquidez. Era risible la estupefacción con que se enteraban, en ciertos negocios, de que los millones del capital social no eran instantáneamente repartibles a tanto por barba, a pesar de que no existían los odiados «parásitos» que hasta aquel momento habían detentado lo que «en realidad pertenecía al personal obrero».

2. La Generalidad incrementa el caos económico

Para hacer frente a estas dificultades, con las que no se había contado, la Generalidad prometió su ayuda a los comités, ofreciéndoles créditos ilimitados y prácticamente sin garantía alguna, para que pudiesen mantener en marcha las actividades de las empresas. Al propio tiempo, realizando con ello el más desvergonzado saqueo, autorizaba a los aludidos comités a disponer de las cuentas corrientes de los patronos y aun de la propiedad de cualquier clase de bienes que éstos tuviesen, para satisfacer el importe de las nóminas.

Y no sólo a los comités de control o de empresa —y aun a otros comités revolucionarios que se arrogaban la facultad de imponer multas—, se les facilitaba la disposición del dinero ajeno, sino que a particulares audaces se favorecía con el acceso a las cuentas corrientes —incluso de las Cajas de Ahorros— de personas con las que no tenían la menor relación, desconociendo los titulares que a sus expensas se realizara semejante despojo. Como demos-

1. «En lugar del propietario, ente estéril en la economía, tendremos un Consejo de empresa de fábrica, de granja, de cualquier especialidad de trabajo, consejo constituido por los obreros, los empleados y los técnicos, que representa al personal de la empresa de la nave, de la mina, etc.» Así dice en su obra, *El organismo de la revolución*, el anarquista Diego A. de Santillán.

tración de este extremo, insertamos el facsímil de un volante de la Generalidad, a la presentación del cual el Banco tuvo que entregar 150,000 pesetas a un simple desconocido que no disponía de más medios de identificación que el carnet número 130 de las «Milicias Antifeixistas».



GENERALITAT DE CATALUNYA
COMISSARIA DELEGADA DE LA BANCA

Vist el comunicat del Comité Superior de Justicia de Catalunya, autoritzo al Banc Hispà Colonial perque faci efectives, del compte de la Llibreta d'estalvi a nom de Josep Pascual Galvez ó Carmen Morales Luna, la quantitat de 150.000 Pessetes, al Sr. Eulogio Lopez Ruibal, portador de la present.

Barcelona 19 de setembre del 1936

El Comissari Delegat de Banca



TRADUCCIÓN: Generalidad de Cataluña. — Comisaría Delegada de Banca. — Visto el comunicado del Comité Superior de Justicia de Cataluña, autorizo al Banco Hispano Colonial para que haga efectivas, de la cuenta de la libreta de ahorro a nombre de José Pascual Gálvez o Carmen Morales Luna, la cantidad de 150,000 pesetas, al Sr. Eulogio López Ruibal, portador de la presente. — Barcelona, 19 de septiembre de 1936. — El Comisario Delegado de Banca.